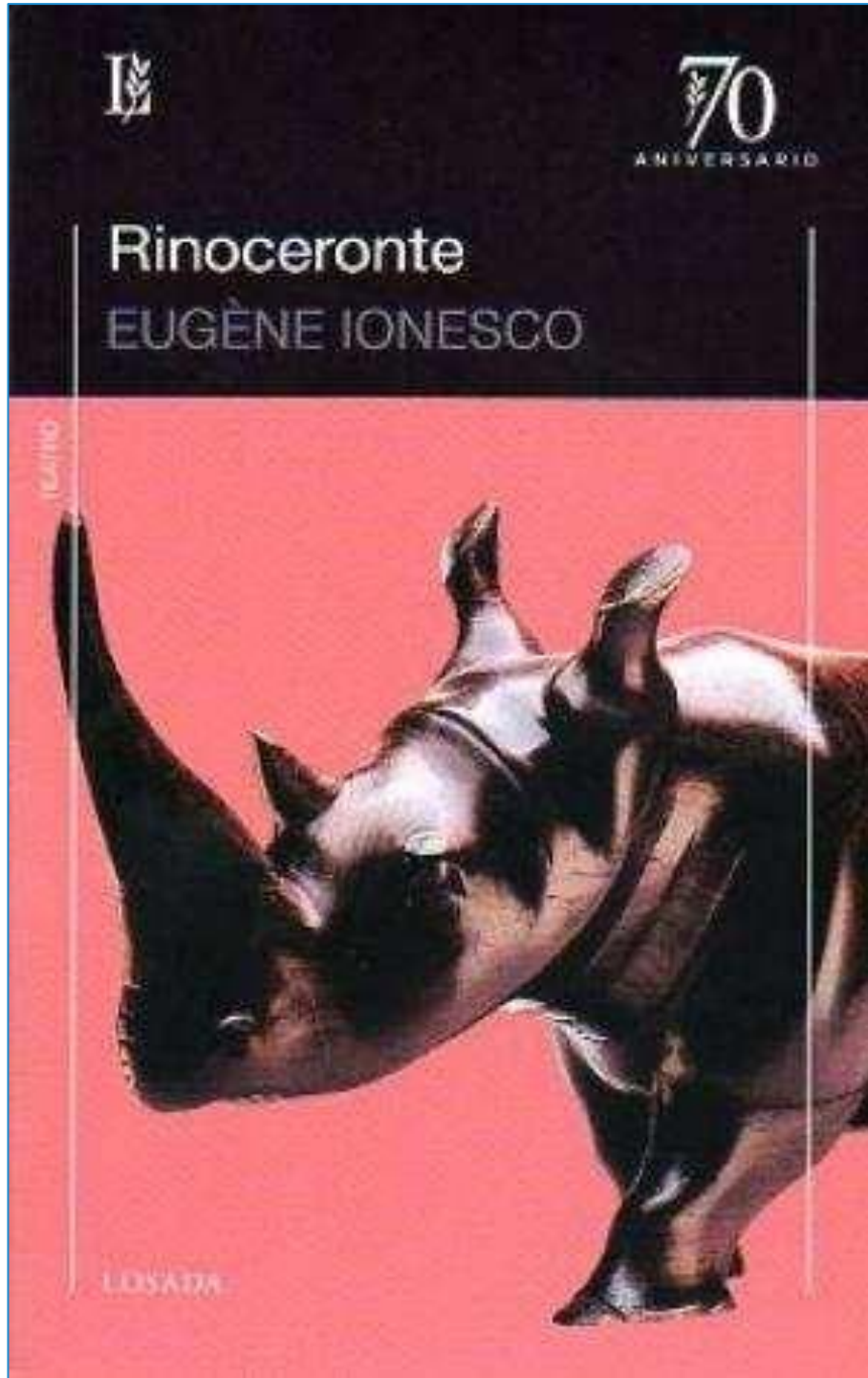


Rinoceronte

Eugène Ionesco

Pieza en tres actos
Traducción de Cristina Piña



*A Jean-Louis Barrault,
a Geneviève Serreau
y al doctor T. Fraenkel*

Personajes

Por orden de aparición

**El ama de casa
La almacenera
Juan
Berenguer
La camarera
El almacenero
El señor anciano
El lógico
El dueño del café
Daisy
El señor Papillon
Dudard
Botard
La señora Boeuf
Un bombero
El señor Juan
La mujer del señor Juan
Muchas cabezas de rinoceronte**

Acto I

Escenografía

Una plaza en una pequeña ciudad de provincia. Al fondo, una casa de planta baja y un piso. En la planta baja, el escaparate de un almacén. Se entra por una puerta de cristales a la que dan dos o tres escalones. Sobre el escaparate está escrito en caracteres muy visibles la palabra: "almacén". En el primer piso, dos ventanas que deben de ser las de la vivienda de los almaceneros. El almacén se encuentra entonces en el fondo del escenario, pero bastante a la izquierda, no lejos de bambalinas. Se ve, arriba del almacén, el campanario de una iglesia, en la lejanía. Entre el almacén y el costado derecho, la perspectiva de una calle pequeña. A la derecha, ligeramente al sesgo, el escaparate de un café. Sobre el café un piso con una ventana. Delante de la terraza de ese café muchas mesas y sillas avanzan hasta más o menos la mitad del escenario. Un árbol polvoriento cerca de las sillas de la terraza. Cielo azul, luz cruda, paredes muy blancas. Es domingo, no lejos de mediodía, en verano. Juan y Berenguer van a sentarse a una mesa de la terraza.

Antes de levantarse el telón se oye sonar las campanas. Las campanas cesarán algunos segundos antes de que se levante el telón. Cuando el telón se levanta, una mujer, llevando bajo el brazo una cesta de provisiones vacía y en el otro un gato, atraviesa en silencio la escena, de derecha a izquierda. A su paso, la Almacenera abre la puerta de la tienda y la mira pasar.

La almacenera: ¡Ah!, ¡esa!

(A su marido que está en la tienda). ¡Ah!, esa es una orgullosa. No quiere comprarnos a nosotros.

(La Almacenera desaparece, escenario vacío algunos segundos. Por la derecha, aparece Juan, al mismo tiempo, por la izquierda, aparece Berenguer. Juan está muy cuidadosamente vestido: traje marrón, corbata roja, falso cuello almidonado, sombrero marrón. Tiene la cara un poco colorada. Luce zapatos amarillos, bien lustrados; Berenguer no está afeitado, tiene la cabeza descubierta, los cabellos mal peinados, las ropas arrugadas; todo expresa en él negligencia; tiene un aire cansado, soñoliento; de tanto en tanto, bosteza).

Juan (viniendo de la derecha ha): De todos modos aquí estás, Berenguer.

Berenguer (viniendo de la izquierda): Buen día, Juan.

Juan: ¡Siempre atrasado, evidentemente!

(Mira su reloj pulsera). Teníamos cita a las once y media. Ya es mediodía.

Berenguer: Discúlpame. ¿Hace mucho que me esperas?

Juan: No. Estoy llegando, acabas de verlo.

(Van a sentarse a una de las mesas de la terraza del café).

Berenguer: Entonces, me siento menos culpable, porque... tú mismo...

Juan: En mi caso no es lo mismo, no me gusta esperar, no tengo tiempo que perder. Como tú no llegas jamás a horario, vengo a propósito tarde, en el momento en que supongo que tendré ocasión de encontrarte.

Berenguer: Es justo... es justo, sin embargo...

Juan: ¡No puedes afirmar que vienes a la hora convenida!

Berenguer: Evidentemente... no podría afirmarlo.

(Juan y Berenguer se sientan).

Juan: Lo ves bien.

Berenguer: ¿Qué vas a beber?

Juan: ¿Tienes sed desde la mañana?

Berenguer: Está tan cálido, tan seco.

Juan: Más se bebe, más sed se tiene, dice la ciencia popular...

Berenguer: Si estuviera menos seco; tendríamos menos sed si pudiéramos hacer venir a nuestro cielo las nubes científicas.

Juan (examinando a Berenguer): Eso no sería asunto tuyo. No es de agua de lo que tienes sed mi querido Berenguer...

Berenguer: ¿Qué quieres decir con eso, mi querido Juan?

Juan: Me comprendes muy bien. Hablo de la aridez de tu gaznate. Es una tierra insaciable.

Berenguer: Tu comparación me parece...

Juan (*interrumpiéndolo*): Estás en un triste estado, ¿???????????

Berenguer: ¿En un triste estado, te parece?

Juan: No soy cago, te caes de cansancio, has perdido la noche, bostezas, estás muerto de sueño...

Berenguer: Me duele un poco el cabello...

Juan: ¡Apesta a alcohol!

Berenguer: ¡Es cierto, tengo la boca un poco pastosa!

Juan: Todos los domingos a la mañana es lo mismo, sin contar los días de semana.

Berenguer: ¡Ah, no! En semana es menos frecuente, a causa de la oficina...

Juan: Y tu corbata, ¿dónde está? ¿La perdiste en tus frenesís?

Berenguer (*metiéndose la mano en el cuello*): Pero, es cierto, es raro, ¿qué habré podido hacer con ella?

Juan (*sacando una corbata del bolsillo de su saco*): Ten, ponte esta.

Berenguer: Oh, gracias, eres muy gentil.

(*Se pone la corbata al cuello*).

Juan (*mientras Berenguer se pone la corbata bastante descuidadamente*): ¡Estás todo despeinado!

(*Berenguer se pasa los dedos por el cabello*). ¡Aquí tienes un peine!

(*Saca un peine del otro bolsillo de su saco*).

Berenguer (*tomando el peine*): Gracias.

(*Se peina vagamente*). Juan: ¡No te afeitaste! Mira la cabeza que tienes.

(*Saca un pequeño espejo del bolsillo interior de su saco, se lo tiende a Berenguer quien se examina; merándose en el espejo saca la lengua*).

Berenguer: Tengo la lengua bien cargada.

Juan (*volviendo a tomar el espejo y poniéndolo de nuevo en su bolsillo*): ¡No es para asombrarse!...

(*También vuelve a tomar el peine que le dio a Berenguer*). La cirrosis te amenaza, amigo mío.

Berenguer (*inquieto*): ¿Te parece?...

Juan (*a Berenguer que quiere devolverle la corbata*): Quédate con la corbata, tengo de reserva.

Berenguer (*admirativo*): Sí que eres cuidadoso.

Juan (*siguiendo con su inspección de Berenguer*): Tus ropas están todas arrugadas, es

lamentable, tu camisa es de una suciedad repugnante, tus zapatos...

(Berenguer trata de ocultar sus pies bajo la mesa). Tus zapatos no están lustrados... ¡Qué desorden!... tus hombros...

Berenguer: ¿Qué tienen mis hombros?...

Juan: Date vuelta. Vamos, date vuelta. Te apoyaste contra una pared...

(Berenguer tiende blandamente su mano hacia Juan).

No, no tengo cepillo encima. Eso hincharía los bolsillos.

(Siempre blandamente, Berenguer da golpecitos sobre sus hombros para hacer salir el polvo blanco; Juan aparta la cabeza). Ay, ay, ay... ¿Dónde te agarraste eso?

Berenguer: No me acuerdo.

Juan: Es lamentable, ¡lamentable! Me da vergüenza ser amigo tuyo.

Berenguer: Eres muy severo...

Juan: ¡Y todavía lo soy poco!

Berenguer: Escucha, Juan. No tengo ninguna distracción, uno se aburre en esta ciudad, no estoy hecho para el trabajo que tengo... todos los días a la oficina, durante ocho horas, ¡sólo tres semanas de vacaciones en verano! El sábado por la noche casi siempre estoy cansado, entonces, me comprendes, para distenderme...

Juan: Mi querido, todo el mundo trabaja y yo también, yo también. Como todo el mundo, hago todos los días mis ocho horas de oficina, yo también tengo veintiún días de licencia por año y sin embargo, sin embargo aquí me ves. ¡Es cuestión de voluntad, qué diablos!...

Berenguer: ¡Oh!, la voluntad, no todo el mundo tiene la tuya. Yo no me acostumbro. No, no me acostumbro a la vida.

Juan: Todo el mundo debe acostumbrarse. ¿Serás acaso una naturaleza superior?

Berenguer: Yo no pretendo...

Juan *(interrumpiéndolo)*: Yo valgo lo mismo, e incluso, sin falsa modestia, valgo más que tú. El hombre superior es el que cumple su deber.

Berenguer: ¿Qué deber?

Juan: Su deber... su deber de empleado por ejemplo...

Berenguer: Ah, sí, su deber de empleado...

Juan: ¿Y dónde tuvieron lugar tus libaciones esta noche? ¡Si es que te acuerdas!

Berenguer: Festejamos el cumpleaños de Augusto, nuestro amigo Augusto...

Juan: ¿Nuestro amigo Augusto? A mí no me invitaron al cumpleaños de nuestro amigo Augusto...

(En ese momento se oye el ruido muy lejano, pero que se acerca muy rápidamente, del resoplido de una fiera y de su corrida precipitada, así como un largo berrido).

Berenguer: No pude negarme. No hubiera sido amable...

Juan: ¿Fui yo?

Berenguer: ¡Puede ser que no fueras justamente porque no te invitaron!...

La camarera (saliendo del café): Buen día, señores, ¿qué desean tomar?

(Los ruidos se han vuelto muy fuertes).

Juan (a Berenguer, casi gritando para hacerse oír por encima de los ruidos que no percibe conscientemente): No, es cierto, no me invitaron. No me hicieron ese honor... De todos modos, puedo asegurarte que incluso si mi hubieran invitado, no habría ido porque...

(Los ruidos se han vuelto tremendos). ¿Qué ocurre?

(Los ruidos del galope de un animal poderoso y pesado son muy cercanos, muy acelerados, se oye su jadeo). ¿Pero qué es eso?

La camarera: ¿Pero qué es eso?

(Berenguer, siempre indolente, sin tener aspecto de oír absolutamente nada, responde tranquilamente a Juan en relación con la invitación; mueve sus labios, no oímos lo que dice; Juan se levanta de un salto, hace caer su silla al levantarse, mira a los bastidores de izquierda, señalando con el dedo, mientras que Berenguer, siempre un poco en las nubes, se queda sentado).

Juan: ¡Oh!, ¡un rinoceronte!

(Los ruidos producidos por el animal se alejan a la misma velocidad, si bien ya se pueden distinguir las palabras que siguen; toda esta escena debe ser representada muy rápido, repitiendo). ¡Oh!, ¡un rinoceronte!

La camarera: ¡Oh!, ¡un rinoceronte!

La almacenera (que muestra su cabeza por la puerta del almacén): ¡Oh!, ¡un rinoceronte!

(A su marido, que se ha quedado en la tienda). ¡Ven a ver rápido, un rinoceronte!

(Todos siguen con la mirada, a la izquierda, la carrera de la fiera).

Juan: Se abalanza derecho hacia delante, ¡tropieza con los puestos!

La almacenera (en su tienda): ¿Dónde?

La camarera (poniéndose las manos en las caderas): ¡Oh!

La almacenera (a su marido, que está siempre dentro de la tienda): ¡Ven a ver!

(Justo en ese momento el Almacenero asoma la cabeza).

El almacenero (asomando la cabeza): ¡Oh!, ¡un rinoceronte!

El lógico (entrando rápidamente a escena por la izquierda): ¡Un rinoceronte, a toda velocidad por la vereda de enfrente!

(Todas las réplicas, a partir de: "¡Oh!, ¡un rinoceronte!" dicha por Juan son casi simultáneas. Se oye un "¡ah!" lanzado por una mujer. Esta aparece. Corre hasta el medio del escenario; es el Ama de casa con su cesta en el brazo; una vez que ha llegado al centro del escenario, deja caer la cesta; sus provisiones se desparraman por el escenario, una botella se rompe, pero ella no suelta el gato que tiene en el otro brazo).

El ama de casa: ¡Ah! ¡Oh!

(El elegante Señor anciano que viene de la izquierda, a continuación del Ama de casa, se precipita en la tienda de los almaceneros, se tropieza con ellos, entra, mientras que el Lógico irá a aplastarse contra la pared del fondo, a la izquierda de la entrada del almacén. Juan y la Camarera de pie, Berenguer sentado, siempre apático, forman otro grupo. Al mismo tiempo, se han podido oír, viniendo de la izquierda, muchas exclamaciones y pasos de gente que huye. El polvo, levantado por la fiera, se extiende sobre el escenario).

El dueño del café (asomando la cabeza por la ventana de la planta alta del café): ¿Qué pasa?

El señor anciano (desapareciendo detrás de los almaceneros): ¡Perdón!

(El elegante Señor anciano lleva botines blancos, sombrero flexible, un bastón con puño de marfil; el Lógico está aplastado contra la pared, tiene un pequeño bigote gris, quevedos, lleva un sombrero de paja).

La almacenera (tropezando y atropellando a su marido, al Señor anciano): ¡Cuidado, usted, con ese bastón!

El almacenero: No faltaba más que eso. ¡Cuidado!

(Se verá la cabeza del Señor anciano detrás de los almaceneros).

La camarera (al dueño del café): ¡Un rinoceronte!

El dueño del café (desde la ventana, a la camarera): ¡Está soñando!

(Viendo al rinoceronte). ¡Oh! ¡Esta sí que es buena!

El ama de casa: ¡Ah!

(Los "oh" y los "ah" de bastidores son como un trasfondo sonoro a su "ah"; el Ama de casa, que ha dejado caer su cesta de provisiones y la botella; no ha dejado caer, sin embargo, al gato que tiene en el otro brazo).

¡Pobre minino, tuvo miedo!

El dueño del café (mirando siempre hacia la izquierda, siguiendo con los ojos la corrida del animal mientras que los ruidos producidos por este van disminuyendo: patadas, berridos, etc. Berenguer, simplemente aparta un poco la cabeza a causa del polvo, levemente adormecido, sin decir nada; se limita a hacer una mueca): ¡Esta sí que es buena!

Juan (separando también él un poco la cabeza pero con vivacidad): ¡Esta sí que es buena!

(Estornuda).

El ama de casa (en medio del escenario, pero se ha vuelto hacia la izquierda, las provisiones están desparramadas por el suelo a su alrededor): ¡Esta sí que es buena!

(Estornuda).

El señor anciano, la almacenera, el almacenero (en el fondo, reabriendo la puerta de cristales del almacén, que el Señor anciano había cerrado tras de sí): ¡Esta sí que es buena!

Juan: ¡Esta sí que es buena!

(A Berenguer). ¿Lo viste?

(Los ruidos producidos por el rinoceronte, su berrido, se han alejado mucho; la gente sigue ahora al animal con la mirada, de pie, salvo Berenguer, siempre apático y sentado).

Todos (salvo Berenguer): ¡Esta sí que es buena!

Berenguer (a Juan): Me parece, sí, ¡era un rinoceronte! ¡Cuánto polvo que levantó!

(Saca su pañuelo, se suena).

El ama de casa: ¡Esta sí que es buena! ¡Qué miedo tuve!

La almacenera (al Ama de casa): Su cesta... sus provisiones...

(El Señor anciano, acercándose a la Señora e inclinándose para recoger las provisiones desparramadas por el suelo. La saluda galantemente, sacándose el sombrero).

El dueño del café: De todos modos, no tenemos idea...

La camarera: ¡Pero qué cosa!...

El señor anciano (a la Señora): ¿Me permitiría ayudarla a recoger sus provisiones?

El ama de casa (al Señor anciano): Gracias, señor. Cúbrase, se lo ruego. ¡Oh! ¡Qué miedo tuve!

El lógico: El miedo es irracional. La razón debe vencerlo.

La camarera: Ya no se lo ve más.

El señor anciano (al Ama de casa, mostrándole al Lógico): Mi amigo es lógico.

Juan (a Berenguer): ¿Qué me dice de esto?

La camarera: ¡Qué rápido van esos animales!

El ama de casa (al Lógico): Encantada, señor.

La almacenera (al Almacenero): Se lo merece. No compró en nuestro negocio.

Juan (al Dueño del café y a la Camarera): ¿Qué me dicen de esto?

El ama de casa: De todos modos no solté a mi gato.

El dueño del café (encogiéndose de hombros, en la ventana): ¡No se ve algo así seguido!

El ama de casa (al Lógico, mientras el Señor anciano recoge las provisiones): ¿Me lo podría tener un momento?

La camarera (a Juan): ¡Nunca había visto algo así!

El lógico (al Ama de casa, tomando el gato en sus brazos): ¿No es malo?

El dueño del café (a Juan): ¡Es como un cometa!

El ama de casa (al Lógico): Es de lo más cariñoso. (A los demás). Mi vino, ¡al precio que está!

La almacenera (al Ama de casa): Yo tengo, ¡no es precisamente lo que falta!

Juan *(a Berenguer)*: Dime, ¿qué es lo que me dices? La almacenera *(al Ama de casa)*: ¡Y del bueno!

El dueño del café *(a la Camarera)*: ¡No pierda el tiempo! ¡Ocúpese de esos señores!

(Señala a Berenguer y a Juan. Vuelve a entrar la cabeza).

Berenguer *(a Juan)*: ¿De qué hablas?

La almacenera *(al Almacenero)*: ¡Ve pues a traerle otra botella!

Juan *(a Berenguer)*: ¡Del rinoceronte, de qué va a ser, del rinoceronte!

El almacenero *(al Ama de casa)*: ¡Tengo buen vino, en botellas irrompibles!

(Desaparece en la tienda).

El lógico *(acariciando al gato en sus brazos)*: ¡Minino, minino, minino! La camarera *(a Berenguer y a Juan)*: ¿Qué quieren tomar?

Berenguer *(a la Camarera)*: Dos ajenjos. La camarera: Bien, señor.

(Se dirige hacia la entrada del café).

El ama de casa *(recogiendo sus provisiones ayudada por el Señor anciano)*: Usted es muy amable, señor.

La camarera: ¡Dos ajenjos entonces!

(Entra al café).

El señor anciano *(al Ama de casa)*: No tiene la menor importancia, querida señora.

(La Almacenera entra en su tienda).

El lógico *(al Señor y al Ama de casa, que están recogiendo las provisiones)*: Guárdenlas metódicamente.

Juan *(a Berenguer)*: Bueno, ¿qué me dices?

Berenguer *(a Juan, no sabiendo qué decir)*: Bueno... nada... Hay mucho polvo...

El almacenero *(saliendo de la tienda con una botella de vino, al Ama de casa)*: También tengo puerros.

El lógico *(siempre acariciando al gato que está en sus brazos)*: ¡Minino, minino, minino!

El almacenero *(al Ama de casa)*: Son cien francos el litro.

El ama de casa *(dándole dinero al Almacenero, después, dirigiéndose al Señor anciano que ha logrado volver a poner todo en la cesta)*: Usted es muy amable. ¡Ah!, ¡la gentileza francesa! ¡No es como los jóvenes de hoy!

El almacenero *(tomando el dinero del Ama de casa)*: Debería venir a comprar a nuestra tienda. Así no tendrá que cruzar la calle. ¡No se arriesgará más a malos encuentros!

(Vuelve a entrar en su tienda).

Juan (*que se ha sentado y sigue pensando en el rinoceronte*): ¡De todos modos es extraordinario!

El señor anciano (*se saca el sombrero, besa la mano del Ama de casa*): ¡Encantado de conocerla!

El ama de casa (*al Lógico*): Gracias, señor, por haber tenido a mi gato.

(*El Lógico le devuelve el gato al Ama de casa. La Camarera reaparece con los pedidos*).

La camarera: ¡Aquí están sus ajenjos, señores! Juan (*a Berenguer*): ¡Eres incorregible!

El señor anciano (*al Ama de casa*): ¿Puedo acompañarla un poco?

Berenguer (*a Juan, mostrándole a la Camarera que vuelve a entrar en la tienda*): Había pedido agua mineral. Se equivocó.

(*Juan se encoge de hombros, despectivo e incrédulo*).

El ama de casa (*al Señor anciano*): Me espera mi marido, querido señor. Gracias. ¡Quedará para otra vez!

El señor anciano (*al Ama de casa*): Lo espero de todo corazón, querida señora.

El ama de casa (*al Señor anciano*): ¡Yo también!

(*Ella pone ojos dulces, después sale por la izquierda*).

Berenguer: No hay más polvo...

(*Juan se vuelve a encoger de hombros*).

El señor anciano (*al Lógico, siguiendo al Ama de casa con la mirada*): ¡Deliciosa!...

Juan (*a Berenguer*): ¡Un rinoceronte! ¡No salgo de mi asombro!

(*El Señor anciano y el Lógico se dirigen hacia la derecha, despacito, por donde se disponen a salir. Conversan tranquilamente*).

El señor anciano (*al Lógico, después de haber echado una última mirada en dirección al Ama de casa*): Encantadora, ¿no es cierto?

El lógico (*al Señor anciano*): Voy a explicarle el silogismo.

El señor anciano: ¡Ah!, ¡sí, el silogismo!

Juan (*a Berenguer*): ¡No salgo de mi asombro! Es inadmisibile. (Berenguer bosteza).

El lógico (*al Señor anciano*): El silogismo comprende la proposición principal, la secundaria y la conclusión.

El señor anciano: ¿Qué conclusión?

(*El Lógico y el Señor anciano salen*).

Juan: No, no salgo de mi asombro.

Berenguer (*a Juan*): Se ve que no sales de tu asombro. Era un rinoceronte y bien, sí, ¡era un rinoceronte!... Está lejos... está lejos...

Juan: Pero, veamos, veamos... ¡Es inaudito! Un rinoceronte en libertad en la ciudad, ¿eso no te sorprende? ¡No deberían permitirlo!

(Berenguer *bosteza*). ¡Ponte la mano delante de la boca!...

Berenguer: Sí... sí... No deberían permitirlo. Peligroso. No lo había pensado. No te preocupes más, estamos fuera de alcance.

Juan: ¡Deberíamos protestar ante las autoridades municipales! ¿Para qué sirven las autoridades municipales?

Berenguer (*bostezando, después, poniéndose vivamente la mano delante de la boca*): ¡Oh!... perdón... ¡A lo mejor el rinoceronte se escapó del jardín zoológico!

Juan: ¡Sueñas de pie!

Berenguer: Estoy sentado.

Juan: Sentado o de pie, es lo mismo.

Berenguer: De todos modos hay una diferencia.

Juan: No se trata de eso.

Berenguer: Eres tú quien acaba de decir que es lo mismo, estar sentado o de pie...

Juan: Me entendiste mal. ¡Cuando soñamos es lo mismo estar sentado o de pie!...

Berenguer: Y sí, yo sueño ¡La vida es sueño!

Juan (*continuando*): ...Sueñas cuando dices que el rinoceronte se escapó del jardín zoológico...

Berenguer: Dije: tal vez...

Juan (*continuando*): ... porque no hay más jardín zoológico en nuestra ciudad desde que los animales fueron diezmados por la peste... hace mucho tiempo...

Berenguer (*con la misma indiferencia*): Entonces, ¿tal vez venga del circo?

Juan: ¿De qué circo hablas?

Berenguer: No sé... un circo ambulante.

Juan: Sabes bien que el alcalde prohibió a los nómades instalarse en el territorio de la comuna. No pasa ninguno desde nuestra infancia.

Berenguer (*tratando de no bostezar y sin lograrlo*): En ese caso, tal vez desde entonces se haya quedado escondido en los bosques pantanosos de los alrededores.

Juan (*levantando los brazos al cielo*): ¡Los bosques pantanosos de los alrededores! ¡Los bosques pantanosos de los alrededores! Mi pobre amigo, estás totalmente perdido en las espesas brumas del alcohol.

Berenguer (*ingenuo*): Eso es verdad... me suben del estómago...

Juan: Te envuelven el cerebro. ¿Dónde has visto bosques pantanosos en los alrededores?... A nuestra provincia la llaman "La pequeña Castilla" por ser tan desértica.

Berenguer (*excedido y bastante cansado*): ¿Y yo qué sé entonces? ¿A lo mejor buscó abrigo bajo una piedra?... ¿A lo mejor hizo su nido en una rama seca?...

Juan: ¡Si te crees ingenioso, te equivocas, para que lo sepas! ¡Eres aburrido con... con tus paradojas! ¡Considero que eres incapaz de hablar seriamente!

Berenguer: Hoy, sólo hoy... A causa de... porque yo...

(*Muestra su cabeza con un gesto vago*).

Juan: ¡Hoy igual que de costumbre!

Berenguer: No tanto, de todos modos.

Juan: ¡Tus chistes no valen nada!

Berenguer: No pretendo en absoluto...

Juan (*interrumpiéndolo*): ¡Detesto que me tomen el pelo!

Berenguer (*con la mano sobre el corazón*): No me lo permitiría nunca, mi querido Juan...

Juan (*interrumpiéndolo*): Mi querido Berenguer, te lo permites...

Berenguer: No, eso no, no me lo permito.

Juan: ¡Sí, acabas de permitirte!

Berenguer: ¿Cómo puedes pensar...?

Juan (*interrumpiéndolo*): ¡Pienso lo que es!

Berenguer: Te aseguro... Juan (*interrumpiéndolo*): ... ¡Que me tomas el pelo!

Berenguer: Verdaderamente eres cabeza dura.

Juan: Y encima de todo me tratas de borrico. Como bien puedes verlo, me insultas.

Berenguer: Eso ni se me pasa por la cabeza.

Juan: ¡No tienes cabeza!

Berenguer: Razón de más para que no me pase por la cabeza.

Juan: Hay cosas que les vienen a la cabeza hasta a aquellos que no la tienen.

Berenguer: Eso es imposible.

Juan. ¿Por qué es imposible?

Berenguer: Porque es imposible.

Juan: Explícame por qué es imposible, ya que pretendes ser capaz de explicarlo todo...

Berenguer: Jamás pretendí una cosa semejante.

Juan: Entonces, ¿por qué te das aires de hacerlo! Y una vez más, ¿por qué me insultas?

Berenguer: Yo no te insulto. Al contrario. Sabes hasta qué punto te estimo.

Juan: Si me estimas, por qué me contradices pretendiendo que no es peligroso dejar correr a un rinoceronte por pleno centro de la ciudad, sobre todo un domingo por la mañana, cuando las calles están llenas de niños... y también de adultos...

Berenguer: Muchos están en misa. Esos no se arriesgan a nada...

Juan (*interrumpiéndolo*): Permíteme... a la hora del mercado, además.

Berenguer: Yo nunca afirmé que no era peligroso dejar correr a un rinoceronte por la ciudad. Dije simplemente que no había reflexionado sobre ese peligro. No me planteé la cuestión.

Juan: ¡Nunca reflexionas sobre nada!

Berenguer. Bueno, de acuerdo. Un rinoceronte en libertad es algo que no está bien.

Juan: No debería existir.

Berenguer: Está claro. No debería existir. Incluso es una cosa insensata. Bueno, sin embargo, ese animalito es motivo para pelearme contigo. ¿Qué historia me haces a causa de un perisodáctilo cualquiera que viene a pasar, totalmente por azar, delante de nosotros? ¡Un cuadrúpedo estúpido que no merece siquiera que hablemos de él! Y feroz encima... Y que desapareció también, que no existe más. No nos vamos a preocupar por un animal que no existe. Hablemos de otra cosa, mi querido Juan, hablemos de otra cosa, los temas de conversación no faltan...

(*Bosteza, toma su vaso*). ¡A tu salud!

(*En ese momento el Lógico y el Señor anciano entran de nuevo, por la derecha; van a instalarse, siempre hablando, en una de las mesas de la terraza del café, bastante lejos de Berenguer y de Juan, detrás y a la derecha de ellos*).

Juan: Deja ese vaso sobre la mesa. No bebas.

(*Juan bebe un gran trago de su ajenjo y pone el vaso medio vacío sobre la mesa. Berenguer sigue teniendo su vaso en la mano, sin apoyarlo y sin atreverse tampoco a beberlo*).

Berenguer: ¡De todos modos no se lo voy a dejar al dueño!

(*Hace como que quiere beber*). Juan: Déjalo, te digo.

Berenguer: Bueno...

(*Se dispone a poner el vaso sobre la mesa. En ese momento pasa Daisy, joven dactilógrafa rubia, que atraviesa el escenario, de derecha a izquierda. Al ver a Daisy, Berenguer se levanta bruscamente y, al levantarse, hace un gesto torpe; el vaso cae y moja el pantalón de Juan*). ¡Oh! Daisy.

Juan: ¡Cuidado! Qué torpe eres.

Berenguer: Es Daisy...discúlpame...

(*Va a esconderse para que Daisy no lo vea*). No quiero que me vea... en el estado en el que estoy.

Juan: ¡Eres imperdonable, absolutamente imperdonable! *(Mira hacia Daisy que desaparece)*.
¿Esa jovencita te asusta?

Berenguer: Cállate, cállate.

Juan: ¡No tiene aspecto de mala, sin embargo!

Berenguer *(volviéndose a Juan una vez que Daisy ha desaparecido)*: Discúlpame una vez más,
por...

Juan: Eso es lo que implica beber, uno no es más dueño de sus movimientos, no tiene más fuerza en las manos, está atontado, derrengado. Se cava su propia tumba, mi querido amigo. Se pierde.

Berenguer: No me gusta tanto el alcohol. Y sin embargo, si no bebo, no funciona. Es como si tuviera miedo, entonces bebo para no tener más miedo.

Juan: ¿Miedo de qué?

Berenguer: No sé muy bien. Angustias difíciles de definir. No me siento a gusto en la existencia, entre la gente, entonces tomo un vaso. Eso me calma, me distiende, olvido.

Juan: ¡Olvidas!

Berenguer: Estoy cansado, cansado desde hace años. Me cuesta llevar el peso de mi propio cuerpo...

Juan: Eso es neurastenia alcohólica, la melancolía del bebedor de vino...

Berenguer *(continuando)*: Todo el tiempo siento mi cuerpo como si fuera de plomo o como si llevara a otro hombre sobre la espalda. No me he acostumbrado a mí mismo. No sé si soy yo. Desde el momento en que bebo un poco, el peso desaparece y me reconozco, me convierto en yo mismo.

Juan: ¡Elucubraciones! Berenguer, mírame. Peso más que tú. Sin embargo, me siento ¡ligero, ligero, ligero!

(Mueve los brazos como si fuera a volar. El Señor anciano y el Lógico, que de nuevo han entrado a escena, dan algunos pasos por el escenario conversando. Justo en ese momento, pasan al lado de Juan y de Berenguer. Un brazo de Juan golpea muy fuerte al Señor anciano que oscila entre los brazos del Lógico).

El lógico *(prosiguiendo la discusión)*: Un ejemplo de silogismo...

(Es golpeado). ¡Oh...!

El señor anciano *(a Juan)*: Cuidado.

(Al Lógico). Perdón.

Juan *(al Señor anciano)*: Perdón.

El lógico *(al Señor anciano)*: No hay de qué. El señor anciano *(a Juan)*: No hay de qué.

(El Señor anciano y el Lógico van a sentarse a una de las mesas de la terraza, un poco a la derecha y detrás de Juan y Berenguer).

Berenguer (*a Juan*): Tienes fuerza.

Juan: Sí, tengo fuerza, tengo fuerza por muchos motivos. Ante todo, tengo fuerza porque tengo fuerza, después tengo fuerza porque tengo fuerza moral. También tengo fuerza porque no estoy alcoholizado. No quiero molestarte, mi querido amigo, pero debo decirte que en realidad lo que pesa es el alcohol.

El lógico (*al Señor anciano*): Aquí tiene un silogismo ejemplar. El gato tiene cuatro patas. Isidoro y Fricot tienen cada uno cuatro patas. Por lo tanto Isidoro y Fricot son gatos.

El señor anciano (*al Lógico*): Mi perro también tiene cuatro patas.

El lógico (*al Señor anciano*): Entonces es un gato.

Berenguer (*a Juan*): Yo apenas tengo fuerza para vivir. Tal vez no tengo más ganas.

El señor anciano (*al Lógico, después de haber reflexionado largamente*): Entonces, lógicamente mi perro sería un gato.

El lógico (*al Señor anciano*): Lógicamente, sí. Pero lo contrario también es cierto.

Berenguer (*a Juan*): La soledad me pesa. La sociedad también.

Juan (*a Berenguer*): Te contradices. ¿Es la soledad lo que te pesa o es la multitud? Te tomas por un pensador y no tienes ninguna lógica.

El señor anciano (*al Lógico*): Es muy hermosa la lógica.

El lógico (*al Señor anciano*): A condición de no abusar de ella.

Berenguer (*a Juan*): Vivir es una cosa anormal.

Juan: Al contrario. Nada más natural. La prueba: todo el mundo vive.

Berenguer: Los muertos son más numerosos que los vivos. Su número aumenta. Los vivos son raros.

Juan: Los muertos no existen, ¡es preciso decirlo!... ¡Ja! ¡Ja!... (*Gran risa*). ¿Ellos también pesan? ¿Cómo pueden pesar las cosas que no existen?

Berenguer: ¡Yo mismo me pregunto si existo!

Juan (*a Berenguer*): Tú no existes, mi querido, porque no piensas. Piensa y existirás.

El lógico (*al Señor anciano*): Otro silogismo: todos los gatos son mortales. Sócrates es mortal. Por lo tanto Sócrates es un gato.

El señor anciano: Tiene cuatro patas. Es cierto, tengo un gato que se llama Sócrates.

El lógico: Usted ve...

Juan (*a Berenguer*): Eres un farsante en el fondo. Un mentiroso. Dices que la vida no te interesa. Sin embargo alguien te interesa.

Berenguer: ¿Quién?

Juan: Esa compañerita de oficina que acaba de pasar. ¡Estás enamorado!

El señor anciano (*al Lógico*): ¡Entonces Sócrates era un gato!

El lógico (*al Señor anciano*): La lógica nos lo acaba de revelar.

Juan (*a Berenguer*): No quieres que te vea en el triste estado en el que te encuentras.

(*Gesto de Berenguer*). Eso demuestra que no todo te es indiferente. Pero ¿cómo quieres que Daisy se sienta seducida por un borracho?

El lógico (*al Señor anciano*): Volvamos a nuestros gatos.

El señor anciano (*al Lógico*): Lo escucho.

Berenguer (*a Juan*): De todos modos creo que ella ya tiene a alguien en vista.

Juan (*a Berenguer*): ¿A quién?

Berenguer: A Dudard. Un colega de la oficina, es licenciado en derecho, jurista, con gran futuro en la casa y con futuro en el corazón de Daisy; yo no puedo rivalizar con él.

El lógico (*al Señor anciano*): El gato Isidoro tiene cuatro patas.

El señor anciano: ¿Cómo lo sabe?

El lógico: Surge por hipótesis.

Berenguer (*a Juan*): Es bien visto por el jefe. Yo no tengo futuro, no hice estudios, no tengo ninguna oportunidad.

El señor anciano (*al Lógico*): ¡Ah!, ¡por hipótesis!

Juan (*a Berenguer*): Y tú renuncias, cómo es eso...

Berenguer (*a Juan*): ¿Qué podría hacer?

El lógico (*al Señor anciano*): Fricot también tiene cuatro patas. ¿Cuántas patas tendrán Fricot e Isidoro?

El señor anciano (*al Lógico*): ¿Juntos o por separado?

Juan (*a Berenguer*): La vida es una lucha, quien no combate es un cobarde.

El lógico (*al Señor anciano*): Juntos o por separado, es según como se mire.

Berenguer (*a Juan*): Qué quieres, estoy desarmado.

Juan: Ármate, ármate mi querido.

El señor anciano (*al Lógico después de haber reflexionado penosamente*): Ocho, ocho patas.

El lógico: La lógica lleva al cálculo mental.

El señor anciano: ¡Tiene muchas facetas!

Berenguer (*a Juan*): ¿Dónde encuentro las armas?

El lógico (*al Señor anciano*): ¡La lógica no tiene límites!

Juan: En ti mismo. Por tu voluntad.

Berenguer (*a Juan*): ¿Qué armas?

El lógico (*al Señor anciano*): Usted va a ver...

Juan (*a Berenguer*): Las armas de la paciencia, de la cultura, las armas de la inteligencia.

(*Berenguer bosteza*). Vuélvete un ingenio vivo y brillante. Ponte a la última moda.

Berenguer (*a Juan*): ¿Cómo me pongo a la última moda?

El lógico (*al Señor anciano*): Les quito dos patas a esos gatos. ¿Cuántas le quedarán a cada uno?

El señor anciano: Es complicado.

Berenguer (*a Juan*): Es complicado.

El lógico (*al Señor anciano*): Por el contrario, es simple.

El señor anciano (*al Lógico*): Es fácil para usted, tal vez, no para mí.

Berenguer (*a Juan*): Es fácil para ti, tal vez, no para mí.

El lógico (*al Señor anciano*): Haga un esfuerzo de pensamiento, vamos. Esfuércese.

Juan (*a Berenguer*): Haz un esfuerzo de pensamiento, vamos. Esfuérzate.

El señor anciano (*al Lógico*): No veo.

Berenguer (*a Juan*): Verdaderamente no veo.

El lógico (*al Señor anciano*): Hay que decirle todo.

Juan (*a Berenguer*): Hay que decirte todo.

El lógico (*al Señor anciano*): Tome una hoja de papel, calcule. Les quitamos seis patas a los dos gatos, ¿cuántas patas le quedarán a cada gato?

El señor anciano: Espere...

(*Calcula en una hoja de papel que saca de su bolsillo*).

Juan: Esto es lo que hay que hacer: te vistes correctamente, te afeitas todos los días, te pones una camisa limpia.

Berenguer (*a Juan*): Es cara la lavandería...

Juan (*a Berenguer*): Ahorra en el alcohol. Esto para el exterior: sombrero, corbata como esta, traje elegante, zapatos bien lustrados.

(*Al hablar de las prendas de vestir, Juan muestra con fatuidad su propio sombrero, su propia corbata, sus propios zapatos*).

El señor anciano (*al Lógico*): Hay muchas soluciones posibles.

El lógico (*al Señor anciano*): Dígame.

Berenguer (*a Juan*): Y después, ¿qué hago? Dime...

El lógico (*al Señor anciano*): Lo escucho.

Berenguer (*a Juan*): Te escucho.

Juan *(a Berenguer)*: Eres tímido, pero tienes dotes.

Berenguer *(a Juan)*: ¿Que yo tengo dotes?

Juan: Dale su valor. Hay que estar en onda. Ponte al corriente de los acontecimientos literarios y culturales de nuestra época.

El señor anciano *(al Lógico)*: Una primera posibilidad: un gato puede tener cuatro patas, el otro dos.

Berenguer *(a Juan)*: Tengo tan poco tiempo libre.

El lógico: Usted tiene dotes, bastaría que les diera su valor.

Juan: Aprovecha, pues, el poco tiempo libre que tienes. No te dejes ir a la deriva.

El señor anciano: No he tenido nada de tiempo. He sido funcionario.

El lógico *(al Señor anciano)*: Siempre se encuentra tiempo para instruirse.

Juan *(a Berenguer)*: Siempre se tiene tiempo.

Berenguer *(a Juan)*: Es demasiado tarde.

El señor anciano *(al Lógico)*: Es un poco tarde para mí.

Juan *(a Berenguer)*: Nunca es demasiado tarde.

El lógico *(al Señor anciano)*: Nunca es demasiado tarde.

Juan *(a Berenguer)*: Tienes ocho horas de trabajo, como yo, como todo el mundo, ¿pero y el domingo y la noche y las tres semanas de vacaciones de verano? Eso basta con método.

El lógico *(al Señor anciano)*: ¿Y las otras soluciones? Con método, con método...

(El Señor anciano se pone a calcular de nuevo).

Juan *(a Berenguer)*: Mira, en lugar de beber y de estar enfermo, ¿no vale más estar fresco y dispuesto, incluso en la oficina? Y puedes pasar tus momentos disponibles de manera inteligente.

Berenguer *(a Juan)*: ¿Es decir?...

Juan *(a Berenguer)*: Visita museos, lee revistas literarias, ve a escuchar conferencias. Estote sacará de tus angustias, te formará el espíritu. En cuatro semanas eres un hombre culto.

Berenguer *(a Juan)*: ¡Tienes razón!

El señor anciano *(al Lógico)*: Puede haber un gato con cinco patas...

Juan *(a Berenguer)*: Tú mismo lo dices.

El señor anciano *(al Lógico)*: Y el otro gato con una pata. ¿Pero entonces seguirían siendo gatos?

El lógico *(al Señor anciano)*: ¿Por qué no?

Juan (*a Berenguer*): En lugar de gastar todo tu dinero disponible en bebidas espirituosas, ¿no es preferible comprar entradas de teatro para ver un espectáculo interesante? ¿Conoces el teatro de vanguardia, del que tanto hablan? ¿Viste las piezas de Ionesco?

Berenguer (*a Juan*): ¡No, caramba! Sólo he oído hablar de ellas.

El señor anciano (*al Lógico*): Al sacar dos patas sobre ocho, de dos gatos...

Juan (*a Berenguer*): Están dando una en este momento. Aprovecha.

El señor anciano: Podemos tener un gato con seis patas.

Berenguer: Será una excelente iniciación a la vida artística de nuestro tiempo.

El señor anciano (*al Lógico*): Y un gato sin ninguna pata.

Berenguer: Tienes razón, tienes razón. Voy a ponerme a la última moda, como dices tú.

El lógico (*al Señor anciano*): En ese caso, habría un gato privilegiado.

Berenguer (*a Juan*): Te lo prometo.

Juan: Sobre todo promételo a ti mismo.

El señor anciano: ¿Y un gato alienado de todas sus patas, desclasado?

Berenguer: Me lo prometo solemnemente. Me mantendré la palabra a mí mismo.

El lógico: Eso no sería justo. Entonces no sería lógico.

Berenguer (*a Juan*): En lugar de beber, decido cultivar mi espíritu. Ya me siento mejor. Ya tengo la cabeza más clara.

Juan: ¡Lo ves bien!

El señor anciano (*al Lógico*): ¿No sería lógico?

Berenguer: Esta tarde iré al museo municipal. Para la noche, compro dos entradas de teatro. ¿Me acompañarías?

El lógico (*al Señor anciano*): Porque la justicia es la lógica.

Juan (*a Berenguer*): Tendrás que perseverar. Es preciso que tus buenas intenciones duren.

El señor anciano (*al Lógico*): Lo capto. La justicia...

Berenguer (*a Juan*): Te lo prometo, me lo prometo. ¿Me acompañas al museo esta tarde?

Juan (*a Berenguer*): Esta tarde duermo la siesta, está en mi programa.

El señor anciano (*al Lógico*): La justicia es otra faceta de la lógica.

Berenguer (*a Juan*): ¿Pero quieres venir conmigo esta noche al teatro?

Juan: No, esta noche no.

El lógico (*al Señor anciano*): ¡Se le ilumina el espíritu!

Juan (*a Berenguer*): Quiero que perseveres en tus buenas intenciones. Pero esta noche debo encontrarme con amigos en la cervecería.

Berenguer: ¿En la cervecería?

El señor anciano (*al Lógico*): Por otra parte, un gato sin ninguna pata...

Juan (*a Berenguer*): Prometí ir. Yo cumplo mis promesas.

El señor anciano (*al Lógico*): ...no podría correr bastante rápido como para atraparratones.

Berenguer: (*a Juan*): ¡Ah!, ¡mi querido, ahora te toca a ti dar el mal ejemplo! Te irás a emborrachar.

El lógico (*al Señor anciano*): ¡Ya hace progresos en lógica!

(De vuelta se empieza a oír, acercándose siempre muy rápido, un galope veloz, un berrido, los ruidos precipitados de los cascos de un rinoceronte, su aliento ardiente, pero esta vez, en sentido inverso, desde el fondo de la escena hacia delante, siempre por los bastidores de la izquierda).

Juan (*furioso, a Berenguer*): Mi querido amigo, una vez no es costumbre. Ninguna relación contigo. Pero tú... tú... no es lo mismo...

Berenguer (*a Juan*): ¿Por qué no sería lo mismo?

Juan (*gritando para dominar el ruido que viene de la tienda*): ¡Yo no soy un borracho!

El lógico (*al Señor anciano*): Incluso sin patas, el gato debe atrapar ratones. Está en su naturaleza.

Berenguer (*gritando muy fuerte*): No quiero decir que seas un borracho. Pero ¿por qué lo sería yo, más que tú, en un caso similar?

El señor anciano (*gritándole al Lógico*): ¿Qué está en la naturaleza del gato?

Juan (*a Berenguer, también gritando*): Porque todo es cuestión de medida. Contrariamente a ti, yo soy un hombre medido.

El lógico (*al Señor anciano, con las manos haciendo corneta en la oreja*): ¿Qué dice usted?

(Fuertes ruidos cubren las palabras de los cuatro personajes).

Berenguer (*manos haciendo corneta en la oreja, a Juan*): Mientras que yo, ¿qué?, ¿qué dices?

Juan (*aullando*): Digo que...

El señor anciano (*aullando*): Digo que...

Juan (*tomando conciencia de los ruidos que están muy cercanos*): ¿Pero qué pasa?

El lógico: ¿Pero qué ocurre?

Juan (*se levanta, hace caer su silla al levantarse, mira hacia el bastidor de la izquierda de donde vienen los ruidos de un rinoceronte que pasa en sentido inverso*): ¡Oh!, ¡un rinoceronte!

El lógico (*se levanta, hace caer su silla*): ¡Oh!, ¡un rinoceronte!

El señor anciano (*se levanta, hace caer su silla*): ¡Oh!, ¡un rinoceronte!

Berenguer (*sigue sentado, pero más despierto esta vez*): ¡Un rinoceronte! En sentido inverso.

La camarera (*saliendo con una bandeja y vasos*): ¿Qué ocurre? ¡Oh!, ¡un rinoceronte!

(*Deja caer la bandeja, los vasos se rompen*).

El dueño del café (*saliendo de la tienda*): ¿Qué ocurre?

La camarera (*al Dueño del café*): ¡Un rinoceronte!

El lógico: ¡Un rinoceronte a toda velocidad por la vereda de enfrente!

El almacenero (*saliendo de la tienda*): ¡Oh!, ¡un rinoceronte!

Juan: ¡Oh!, ¡un rinoceronte!

La almacenera (*sacando la cabeza por la ventana de encima de la tienda*): ¡Oh!, ¡un rinoceronte!

El dueño del café (*a la Camarera*): No es motivo para romper los vasos.

Juan: Arremete hacia adelante y se abalanza sobre los puestos.

Daisy (*viniendo de la izquierda*): ¡Oh!, ¡un rinoceronte!

Berenguer (*distinguiendo a Daisy*): ¡Oh! ¡Daisy!

(*Se oyen pasos precipitados que huyen, exclamaciones como la vez anterior*).

La camarera: ¡No faltaba más que eso!

El dueño del café (*a la Camarera*): ¡Usted me pagará los vasos rotos!

(*Berenguer trata de disimular, para que no lo vea Daisy. El Señor anciano, el Lógico, el Almacenero, la Almacenera se dirigen hacia el centro del escenario y dicen:*)

Juntos: ¡No faltaba más que eso!

Juan y Berenguer: ¡No faltaba más que eso!

(*Se oye un maullido desgarrador, después, el grito, también desgarrador, de una mujer*).

Todos: ¡Oh!

(*Casi en el mismo momento y mientras los ruidos se alejan rápidamente, aparece el Ama de casa de antes, sin su cesta, pero teniendo en sus brazos un gato muerto y ensangrentado*).

El ama de casa (*lamentándose*): ¡Aplastó a mi gato, aplastó a mi gato!

La camarera: ¡Aplastó a su gato!

(*El Almacenero, la Almacenera, en la ventana; el Señor anciano, Daisy y el Lógico rodean al Ama de casa y dicen:*)

Juntos: ¡Pero qué desgracia, pobre animalito!

El señor anciano: ¡Pobre animalito!

Daisy y la camarera: ¡Pobre animalito!

El Almacenero, la Almacenera, en la ventana, el Señor anciano, el Lógico: ¡Pobre animalito!

El dueño del café (a la Camarera, mostrándole los vasos rotos, las sillas caídas): ¿Qué hace ahora? ¡Recójame eso!

(A su vez, Juan y Berenguer se precipitan, rodean al Ama de casa que se sigue lamentando, con el gato muerto entre los brazos).

La camarera (dirigiéndose hacia la terraza del café para recoger los restos de vidrios y las sillas dadas vuelta, mirando hacia atrás, hacia el Ama de casa): ¡Oh! ¡Pobre animalito!

El dueño del café (indicándole con el dedo, a la Camarera, las sillas y los vasos rotos): Ahí, ahí.

El señor anciano (al Almacenero): ¿Qué me dice usted?

Berenguer (al Ama de casa): No llore, señora, ¡nos rompe el corazón!

Daisy (a Berenguer): Señor Berenguer... ¿Estaba ahí? ¿Lo vio?

Berenguer (a Daisy): Buen día, señorita Daisy, no tuve tiempo de afeitarme, discúlpeme por...

El dueño del café (controlando cómo se recogen los restos, después, echándole una mirada al Ama de casa): ¡Pobre animalito!

La camarera (recogiendo los restos, de espaldas al Ama de casa): ¡Pobre animalito!

(Evidentemente, todas estas réplicas deben ser dichas muy rápido, casi simultáneamente).

La almacenera (a la ventana): ¡Es demasiado fuerte!

Juan: ¡Es demasiado fuerte!

El ama de casa (lamentándose y meciendo el gato muerto entre sus brazos): ¡Mi pobre Misú, mi pobre Misú!

El señor anciano (al Ama de casa): ¡Me hubiera encantado volver a verla en otras circunstancias!

El lógico (al Ama de casa): ¡Qué quiere, señora, todos los gatos son mortales! Hay que resignarse.

El ama de casa (lamentándose): ¡Mi gato, mi gato, mi gato!

El dueño del café (a la Camarera, que tiene el delantal lleno de astillas de vidrio): ¡Vamos, lleve eso al tacho de basura!

(Ha levantado las sillas). **¡Me debe mil francos!**

La camarera (volviendo a entrar en la tienda, al Dueño): No piensa más que en su plata.

La almacenera (al Ama de casa, desde la ventana): Cálmese, querida señora.

El señor anciano (*al Ama de casa*): Cállese, querida señora.

El almacenero (*desde la ventana*): ¡De todos modos da pena!

El ama de casa: ¡Mi gato, mi gato, mi gato!

Daisy: ¡Ah!, sí, de todos modos da pena.

El señor anciano (*sosteniendo al Ama de la casa y digiriéndose con ella a una mesa de la terraza; lo siguen todos los demás*): Siéntese aquí, señora.

Juan (*al Señor anciano*): ¿Qué me dice de esto?

El almacenero (*al Lógico*): ¿Qué me dice de esto?

La almacenera (*a Daisy, desde la ventana*): ¿Qué me dice de esto?

El dueño del café (*a la Camarera que reaparece, mientras hacen sentar, en una de las mesas de la terraza, al Ama de casa llorando, que sigue meciendo al gato muerto*): Un vaso de agüapara la señora.

El señor anciano (*a la Señora*): ¡Siéntese, querida señora!

Juan: ¡Pobre mujer!

La almacenera (*desde la ventana*): ¡Pobre animalito!

Berenguer (*a la Camarera*): Tráigale más bien un coñac.

El dueño del café (*a la Camarera*): ¡Un coñac! (*Señalando a Berenguer*). ¡El señor paga!

(*La Camarera entra en la tienda diciendo:*)

La camarera: Entendido, un coñac.

El ama de casa (*sollozando*): ¡No quiero un coñac, no quiero un coñac!

El almacenero: Acababa de pasar delante de la tienda.

Juan (*al Almacenero*): ¡No era el mismo!

El almacenero (*a Juan*): Sin embargo...

La almacenera: ¡Oh! Sí, era el mismo.

Daisy: ¿Es la segunda vez que pasa?

El dueño del café: Me parece que era el mismo.

Juan: No, no era el mismo rinoceronte. El de hace un rato tenía dos cuernos sobre la nariz, era un rinoceronte de Asia; este no tenía más que uno, era un rinoceronte de África.

(*La Camarera sale con una copa de coñac, se la lleva a la Señora*).

El señor anciano: Aquí tiene un coñac para reanimase.

El ama de casa (*llorando*): No...

Berenguer (*de pronto enervado, a Juan*): ¡Dices tonterías!... ¿Cómo pudiste distinguir los cuernos? El animal pasó a semejante velocidad que apenas lo pudimos ver.

Daisy (*al Ama de casa*): Pero sí, ¡le hará bien!

El señor anciano (*a Berenguer*): En efecto, iba rápido.

El dueño del café (*al Ama de casa*): Pruébelo, es rico.

Berenguer (*a Juan*): No tuviste tiempo de contar sus cuernos...

La almacenera (*a la Camarera, desde la ventana*): Hájala beber.

Berenguer (*a Juan*): Además, estaba envuelto en una nube de polvo...

Daisy (*al Ama de casa*): Beba, señora.

El señor anciano (*al Ama de casa*): Un traguito, mi querida dama... valor...

(*La Camarera hace beber al Ama de casa, llevándole la copa a los labios; esta hace gesto de negarse y bebe de todos modos*).

La camarera: ¡Ahí está!

La almacenera (*desde su ventana*) y Daisy: ¡Ahí está!

Juan (*a Berenguer*): Yo no estoy en las nubes. Calculo rápido, tengo la mente clara.

El señor anciano (*al Ama de casa*): ¿Se siente mejor?

Berenguer (*a Juan*): Se abalanzaba con la cabeza baja, veamos.

El dueño del café (*al Ama de casa*): ¿No es cierto que es rico?

Juan (*a Berenguer*): Justamente, se veía mejor.

El ama de casa (*después de haber bebido*): ¡Mi gato!

Berenguer (*irritado, a Juan*): ¡Tonterías! ¡Tonterías!

La almacenera (*desde su ventana, al Ama de casa*): Tengo otro gato para usted.

Juan (*a Berenguer*): ¿Yo? ¿Te atreves a pretender que digo tonterías?

El ama de casa (*a la Almacenera*): ¡No quiero otro! (*Solloza, meciendo a su gato*).

Berenguer (*a Juan*): Por supuesto que sí, tonterías.

El dueño del café (*al Ama de casa*): ¡Entre en razón!

Juan (*a Berenguer*): ¡Yo nunca digo tonterías!

El señor anciano (*al Ama de casa*): ¡Actúe con filosofía!

Berenguer (*a Juan*): ¡Y tú no eres más que un pretencioso! (*Levantando la voz*). Un pedante...

El dueño del café (*A Juan y a Berenguer*): ¡Señores, señores!

Berenguer *(a Juan, prosiguiendo)*: ...un pedante que no está seguro de sus conocimientos porque, ante todo, es el rinoceronte de Asia el que tiene un cuerno sobre la nariz, el rinoceronte de África tiene dos.

(Los otros personajes dejan al Ama de casa y van a rodear a Juan y a Berenguer que discuten muy fuerte).

Juan *(a Berenguer)*: ¡Te equivocas, es al contrario!

El ama de casa *(sola)*: ¡Era tan lindo!

Berenguer. ¿Quieres apostar?

La camarera: ¡Quieren apostar!

Daisy *(a Berenguer)*: No se enerve, señor Berenguer.

Juan *(a Berenguer)*: Yo no apuesto contigo. ¡Tú eres el que tiene dos cuernos! ¡Pedazo de asiático!

La camarera: ¡Oh!

La almacenera *(desde la ventana, al Almacenero)*: Van a pelearse.

El almacenero *(a la Almacenera)*: Te parece, es una apuesta.

El dueño del café *(a Juan y Berenguer)*: Nada de escándalos aquí.

El señor anciano: Veamos... ¿Qué clase de rinoceronte no tiene más que un cuerno sobre la nariz?

(Al Almacenero). ¡Usted que es comerciante debería saberlo!

La almacenera *(desde la ventana, al Almacenero)*: ¡Deberías saberlo!

Berenguer *(a Juan)*: Yo no tengo ningún cuerno. ¡No lo llevaría jamás!

El almacenero *(al Señor anciano)*: ¡Los comerciantes no pueden saberlo todo!

Juan *(a Berenguer)*: ¡Sí!

Berenguer *(a Juan)*: Tampoco soy asiático. Por otra parte, los asiáticos son hombres como todo el mundo.

La camarera: Sí, los asiáticos son hombres como usted y yo...

El señor anciano *(al Dueño del café)*: ¡Es justo!

El dueño del café *(a la Camarera)*: ¡Nadie le pide su opinión!

Daisy *(al Dueño del café)*: Ella tiene razón. Son hombres como nosotros.

(El Ama de casa sigue lamentándose durante toda esta discusión).

El ama de casa: Era tan dulce, era como nosotros.

Juan *(fuera de sí)*: ¡Son amarillos!

(El Lógico, apartado, entre el Ama de casa y el grupo que se formó alrededor de Juan y de Berenguer sigue la controversia atentamente sin participar en ella).

Juan: Adiós, señores.

(A Berenguer). ¡A ti no te saludo!

El ama de casa (lamentándose): ¡Nos quería tanto! (Solloza).

Daisy: Veamos, señor Berenguer, veamos, señor Juan...

El señor anciano: He tenido amigos asiáticos. Tal vez no eran verdaderos asiáticos...

El dueño del café: Yo conocí asiáticos verdaderos.

La camarera (a la Almacenera): Yo tuve un amigo asiático.

El ama de casa (lamentándose): ¡Lo tuve desde pequeñito!

Juan (siempre fuera de sí): ¡Son amarillos! ¡Amarillos! ¡Muy amarillos!

Berenguer (a Juan): En todo caso, ¡tú eres escarlata!

La almacenera (desde la ventana) y la camarera: ¡Oh!

El dueño del café: ¡Esto se pone mal!

El ama de casa (lamentándose): ¡Era tan limpito! ¡Hacía en el aserrín!

Juan (a Berenguer): ¡Ya que es así, no me verás más! Pierdo mi tiempo con un imbécil de tu clase.

El ama de casa (lamentándose): ¡Se hacía entender!

(Juan sale hacia la derecha, muy rápido, furioso. De todos modos se da vuelta antes de irse definitivamente).

El señor anciano (al Almacenero): También hay asiáticos blancos, negros, azules, otros, como nosotros.

Juan (a Berenguer): ¡Borracho!

(Todos lo miran consternados).

Berenguer (en dirección a Juan): ¡No te lo permito!

Todos (en dirección a Juan): ¡Oh!

El ama de casa (lamentándose): No le faltaba más que la palabra. ¡Ni eso!

Daisy (a Berenguer): No tendría que haberlo hecho enojar.

Berenguer (a Daisy): No es mi culpa...

El dueño del café (a la Camarera): Vaya a buscar un pequeño ataúd para este pobre animal...

El señor anciano (a Berenguer): Considero que tiene razón. El rinoceronte de Asia tiene dos cuernos, el rinoceronte de África tiene uno...

El almacenero: El señor sostenía lo contrario.

Daisy (*a Berenguer*): ¡Se equivocan los dos!

El señor anciano (*a Berenguer*): De todos modos usted tuvo razón.

La camarera (*al Ama de casa*): Venga, señora, lo vamos a meter en una caja.

El ama de casa (*sollozando perdidamente*): ¡Jamás! ¡Jamás!

El almacenero: Pido disculpas; yo opino que el señor Juan es quien tenía razón.

Daisy (*volviéndose hacia el Ama de casa*): ¡Sea razonable, señora!

(*Daisy y la Camarera llevan al Ama de casa con su gato muerto, hacia la entrada del café*).

El señor anciano (*a Daisy y a la Camarera*): ¿Quieren que las acompañe?

El almacenero: El rinoceronte de Asia tiene un cuerno, el rinoceronte de África, dos. Y viceversa.

Daisy (*al Señor anciano*): No vale la pena.

(*Daisy y la Camarera entran en el café, llevando al Ama de casa, siempre inconsolable*).

La almacenera (*al Almacenero, desde su ventana*): ¡Oh! Siempre con tus ideas que son diferentes de las de todo el mundo.

Berenguer (*aparte, mientras los otros siguen discutiendo el tema de los cuernos de rinoceronte*): Daisy tiene razón, hice mal en contradecirlo.

El dueño del café (*al Almacenero*): Su marido tiene razón, el rinoceronte de Asia tiene dos cuernos, el de África tiene que tener dos, y viceversa.

Berenguer (*aparte*): No soporta la contradicción. La menor objeción lo hace echar espuma por la boca.

El señor anciano (*al Dueño del café*): Usted se equivoca, amigo mío.

El dueño del café (*al Señor anciano*): ¡Pues le pido perdón!...

Berenguer (*aparte*): La cólera es su único defecto.

La almacenera (*desde su ventana, al Señor anciano, al Dueño del café y al Almacenero*): A lo mejor los dos son iguales.

Berenguer (*aparte*): En el fondo, tiene un corazón de oro, me ha hecho innumerables favores.

El dueño del café (*al Almacenero*): El otro no puede tener más que uno si el uno tiene dos.

El señor anciano: A lo mejor el uno es el que tiene uno y el otro el que tiene dos.

Berenguer (*aparte*): Lamento no haber sido más conciliador. ¿Pero por qué se empecina? No quería sacharlo de sus casillas. (*A los demás*). ¡Siempre sostiene enormidades! Siempre quiere dejar estupefacto a todo el mundo con susaber. No admite nunca que podría equivocarse.

El señor anciano (*a Berenguer*): ¿Tiene usted pruebas?

Berenguer: ¿De qué?

El señor anciano: De su afirmación de hace un momento que provocó la lamentable controversia con su amigo.

El almacenero (*a Berenguer*): Sí, ¿tiene usted pruebas?

El señor anciano (*a Berenguer*): ¿Cómo sabe que uno de los dos rinocerontes tiene dos cuernos y el otro uno? ¿Y cuál?

El almacenero: No lo sabe más que nosotros.

Berenguer: Ante todo, no sabemos si hubo dos. Incluso creo que no hubo más que un rinoceronte.

El dueño del café: Admitamos que hubo dos. ¿Cuál es unicornio, el rinoceronte de Asia?

El señor anciano: No, el rinoceronte de África es el bicorne. Así lo creo.

El dueño del café: ¿Cuál es bicorne? El almacenero: No es el de África.

La almacenera: No es fácil ponerse de acuerdo.

El señor anciano: De todos modos hay que elucidar ese problema.

El lógico (*saliendo de su reserva*): Señores, discúlpeme por intervenir. Allí no está la cuestión. Permítanme presentarme...

El ama de casa (*llorando*): ¡Es un lógico!

El dueño del café: ¡Oh! ¡Es lógico!

El señor anciano (*presentando al Lógico a Berenguer*): ¡Mi amigo el lógico!

Berenguer: Encantado, señor.

El lógico (*continuando*): ...Lógico profesional: aquí tiene mi cédula de identidad.

(*Muestra su cédula*).

Berenguer: Muy honrado, señor.

El almacenero: Estamos muy honrados.

El dueño del café: Quisiera decirnos ahora, señor lógico, si el rinoceronte africano es unicornio...

El señor anciano: O bicorne...

La almacenera: Y si el rinoceronte asiático es bicorne.

El almacenero: O bien unicornio.

El lógico: Justamente, esa no es la cuestión. Es esto lo que debo precisar.

El almacenero: Sin embargo es lo que hubiéramos querido saber.

El lógico: Déjenme hablar, señores.

El señor anciano: Dejémoslo hablar.

La almacenera (*al Almacenero, desde la ventana*): Déjenlo pues hablar.

El dueño del café: Lo escuchamos, señor.

El lógico (*a Berenguer*): Es a usted, sobre todo, a quien me dirijo. A las otras personas presentes también.

El almacenero: A nosotros también...

El lógico: Vea usted, al comienzo el debate versaba sobre un problema del cual se apartaron a pesar de ustedes mismos. Al comienzo se preguntaban si el rinoceronte que acaba de pasar es el mismo de hace un momento o si es otro. Es eso lo que se debe responder.

Berenguer: ¿De qué forma?

El lógico: Así: pueden haber visto dos veces un mismo rinoceronte que tiene un solo cuerno...

El almacenero (*repetiendo como para comprender mejor*): Dos veces el mismo rinoceronte.

El dueño del café (*con la misma actitud*): Llevando un solo cuerno...

El lógico (*continuando*): ...como pueden haber visto dos veces un mismo rinoceronte con dos cuernos.

El señor anciano (*repetiendo*): Un solo rinoceronte con dos cuernos, dos veces...

El lógico: Eso es. Pueden incluso haber visto un primer rinoceronte con un cuerno, después otro, que tuviera igualmente un solo cuerno.

La almacenera (*desde la ventana*): Aja, aja...

El lógico: Y también un primer rinoceronte con dos cuernos y luego un segundo rinoceronte con dos cuernos.

El dueño del café: Es exacto.

El lógico: Ahora: si hubieran visto...

El almacenero: Si hubiéramos visto...

El señor anciano: Sí, si hubiéramos visto...

El lógico: Si hubieran visto la primera vez un rinoceronte con dos cuernos...

El dueño del café: Con dos cuernos...

El lógico: ...La segunda vez un rinoceronte con un cuerno...

El almacenero: Con un cuerno.

El lógico: ...eso tampoco sería concluyente.

El señor anciano: Todo eso no sería concluyente.

El dueño del café: ¿Por qué?

La almacenera: ¡Ay, ay, ay!... No entiendo nada.

El almacenero: ¡Sí! ¡Sí!

(La Almacenera, encogiéndose de hombros, desaparece de su ventana).

El lógico: En efecto, es posible que desde hace un momento el rinoceronte haya perdido uno de sus cuernos y que el de ahora mismo sea el de recién.

Berenguer: Comprendo, pero...

El señor anciano *(interrumpiendo a Berenguer)*: No interrumpa.

El lógico: También puede ser que dos rinocerontes con dos cuernos hayan perdido los dos uno de sus cuernos.

El señor anciano: Es posible.

El dueño del café: Sí, es posible.

El almacenero: ¡Por qué no!

Berenguer: Sí, pero...

El señor anciano *(a Berenguer)*: No interrumpa.

El lógico: Si pudieran probar que la primera vez vieron un rinoceronte con un cuerno, fuera asiático o africano...

El señor anciano: asiático o africano.

El lógico: ...la segunda vez, un rinoceronte con dos cuernos...

El señor anciano: ¡Con dos cuernos!

El lógico: ...fuera, poco importa, africano o asiático...

El almacenero: Africano o asiático...

El lógico *(continuando la demostración)*:... En ese momento podríamos llegar a la conclusión de que nos enfrentamos con dos rinocerontes diferentes, porque es poco probable que un segundo cuerno pueda salir en algunos minutos, de manera visible, sobre la nariz de un rinoceronte...

El señor anciano: Es poco probable.

El lógico *(encantado con su razonamiento)*: ...eso haría de un rinoceronte asiático o africano...

El señor anciano: asiático o africano.

El lógico: ...un rinoceronte africano o asiático.

El dueño del café: africano o asiático.

El almacenero: Sí, sí.

El lógico: ...Ahora bien, eso no es posible en buena lógica, una misma criatura no puede haber nacido en dos lugares a la vez...

El señor anciano: Ni tampoco sucesivamente.

El lógico (al Señor anciano): Eso es lo que hay que demostrar.

Berenguer (al Lógico): Eso me parece claro, pero no resuelve la cuestión.

El lógico (a Berenguer, sonriendo con aire competente): Evidentemente, querido señor, sólo de esta forma el problema está planteado de manera correcta.

El señor anciano: Es totalmente lógico.

El lógico (levantándose el sombrero): Hasta pronto, señores.

(Se da vuelta y sale por la izquierda, seguido del Señor anciano).

El señor anciano: Hasta pronto, señores.

(Se levanta el sombrero y sale a continuación del Lógico).

El almacenero: Tal vez sea lógico...

(En ese momento, desde el café, el Ama de casa, en actitud de profundo duelo, sale, llevando una caja, la siguen Daisy y la Almacenera, como para un entierro. El cortejo se dirige hacia la salida de la derecha).

El almacenero (continuando): ...Tal vez sea lógico, sin embargo, ¿podemos admitir que nuestros gatos sean aplastados ante nuestros ojos por rinocerontes con un cuerno o con dos cuernos, sean asiáticos o sean africanos?

(Muestra, con gesto teatral, el cortejo que está por salir).

El dueño del café: ¡Tiene razón, es justo! ¡No podemos permitir que nuestros gatos sean aplastados por rinocerontes o por cualquier otra cosa!

El almacenero: ¡No podemos permitirlo!

La almacenera (sacando la cabeza por la puerta de la tienda, al Almacenero): ¡Vamos, vuelve a entrar! ¡Van a venir los clientes!

El almacenero (dirigiéndose hacia la tienda): ¡No, no podemos permitirlo!

Berenguer: ¡No tendría que haberme peleado con Juan!

(Al Dueño del café). ¡Tráigame una copa de coñac!, ¡una grande!

El dueño del café: ¡Se la traigo!

(Va a buscar la copa de coñac al café).

Berenguer (solo): ¡No tendría que haberlo hecho, no tendría que haberme encolerizado!

(El Dueño del café sale con una gran copa de coñac en la mano).

Me siento demasiado apenado para ir al museo. Cultivaré mi espíritu en otra ocasión.

(Toma la copa de coñac y la bebe).

TELÓN

Acto II

Primer cuadro

Escenografía

Una oficina de la administración pública o de una empresa privada, una gran casa de publicaciones jurídicas, por ejemplo. En el fondo, al centro, una gran puerta de dos batientes, sobre la cual un cartel indica Jefe de servicio. Al fondo a la izquierda, cerca de la puerta del Jefe, la mesita de Daisy, con una máquina de escribir. Contra la pared de la izquierda, entre una puerta que da a la escalera y a la mesita de Daisy, otra mesa sobre la cual se ponen hojas de presencia, que los empleados deben firmar al llegar. Después, a la izquierda, siempre en primer plano, la puerta que da a la escalera. Se ven los últimos peldaños de la escalera, la parte alta de la rampa, un pequeño palier. En primer plano, una mesa con dos sillas. Sobre la mesa, pruebas de imprenta, un tintero, portaplumas; es la mesa donde trabajan Botard y Berenguer; este último se sentará en la silla de la izquierda, el primero en la de la derecha. Cerca de la pared de la derecha, otra mesa, más grande, rectangular, igualmente recubierta de papeles, de pruebas de imprenta, etc. También hay dos sillascerca de esta mesa (más lindas, más "importantes") puestas frente a frente. Es la mesa de Dudará y del señor Boeuf. Dudard se sentará en la silla que está contra la pared, teniendo a los otros empleados frente a él. Cumple la función de subjefe. Entre la puerta del fondo y la pared de la derecha, una ventana. En caso de que el teatro tuviera un foso de orquesta, será preferible no poner más que el simple marco de una ventana, en primerísimo plano, frente al público. En el rincón de la derecha, al fondo, un perchero, del cual están colgados guardapolvos grises o sacos viejos. Eventualmente, el perchero podría estar ubicado también sobre el proscenio, cerca de la pared de la derecha.

Contra las paredes, estantes de libros y de carpetas polvorientos. Al fondo, a la izquierda, sobre los estantes hay carteles: Jurisprudencia, Códigos; contra la pared de la derecha, que puede ser ligeramente oblicua, los carteles indican: El diario oficial, Leyes fiscales. Sobre la puerta del Jefe de servicio, un reloj indica: 9 horas 3 minutos.

Al levantarse el telón, vemos a Dudard, de pie, cerca de la silla de su escritorio, con el perfil derecho hacia la sala; del otro lado del escritorio, con el perfil izquierdo hacia la sala, Botard; entre ellos, igualmente cerca del escritorio y de frente al público, el Jefe de servicio; Daisy un poco más atrás, cerca del Jefe de servicio, a su izquierda. Ella tiene hojas de papel dactilografiadas en la mano. Sobre la mesa, a la que rodean los tres personajes, y encima de las pruebas de imprenta, está extendido un gran diario abierto.

Al levantarse el telón, durante algunos segundos, los personajes se quedan inmóviles, en la posición en que se dirá la primera réplica. Deben dar la impresión de un cuadro vivo. Al comienzo del primer acto, se habrá hecho lo mismo.

El Jefe de servicio, de unos cincuenta años, está vestido correctamente: traje azul marino, roseta de la Legión de honor, falso cuello almidonado, corbata negra, gran bigote marrón. Se llama Señor Papillon¹.

Dudard²: treinta y cinco años. Luce un traje gris, tiene mangas de lustrina negra para preservar el saco. Puede llevar anteojos. Es bastante alto, empleado (cuadro) con futuro. Si el jefe pasara a ser Subdirector, él sería quien tomara su lugar; Botard no lo quiere.

¹ El apellido quiere decir "mariposa". (N. del T.).

² En este caso también el apellido tiene un sentido: del dardo.

Botard: maestro de escuela jubilado; aspecto orgulloso, pequeño bigote blanco; tiene unos sesenta años que lleva muy bien. (Sabe todo, comprende todo). Lleva una boina vasca en la cabeza; está vestido con un largo guardapolvo gris para el trabajo, tiene anteojos sobre una nariz bastante grande; un lápiz en la oreja; mangas de lustrina.

Daisy: joven, rubia.

Más tarde, señora Boeuf³ una mujer gorda, como de cuarenta o cincuenta años, desolada, sofocada.

Los personajes están de pie al levantarse el telón, inmóviles alrededor de la mesa de la derecha; el Jefe tiene la mano y el índice tendidos hacia el diario. Dudard, la mano tendida en dirección a Botard, con aspecto de decirle: "¡Ya lo ve usted!". Botard, con las manos en los bolsillos de su guardapolvo, una sonrisa incrédula en los labios, parece decir: "A mí no me la venden". Daisy, con sus hojas dactilografiadas en la mano, tiene aspecto de apoyar a Dudard con la mirada. Al cabo de algunos breves segundos, Botard ataca.

³ Nuevamente el apellido tiene un sentido: buey.

Botard: Cuentos, cuentos chinos.

Daisy: ¡Yo vi, yo vi el rinoceronte!

Dudard: Está escrito en el diario, es claro, usted no puede negarlo.

Botard (*con aspecto del más profundo desprecio*): ¡Pst!

Dudard: Si está escrito es porque está escrito, ¡preste atención al título **gatos aplastados!** ¡Lea la noticia, señor Jefe!

Señor Papillon: "Ayer domingo, en nuestra ciudad, en la plaza de la Iglesia, a la hora del aperitivo, un gato fue aplastado por un paquidermo".

Daisy: ¡No fue exactamente en la plaza de la Iglesia!

Señor Papillon: Es todo. No dan otros detalles.

Botard: ¡Pst!

Dudard: Eso basta, es claro.

Botard: No les creo a los periodistas. Los periodistas son todos mentirosos, sé a qué atenerme, no creo más que lo que veo con mis propios ojos. En mi carácter de antiguo maestro, me gustan las cosas precisas, científicamente probadas, soy un espíritu metódico, exacto.

Dudard: ¿Qué tiene que ver aquí el espíritu metódico?

Daisy (*a Botard*): Me parece, señor Botard, que la noticia es muy precisa.

Botard: ¿Llama a eso precisión? Veamos. ¿De qué paquidermo se trata? ¿Qué es lo que el redactor de la noticia sobre gatos aplastados entiende por un paquidermo? No nos lo dice. ¿Y qué entiende por gato?

Dudard: Todo el mundo sabe lo que es un gato.

Botard: ¿Se trata de un gato o de una gata? ¿Y de qué color? ¿De qué raza? No soy racista, incluso soy antirracista.

Señor Papillon: Veamos, señor Botard, no se trata de eso, ¿qué tiene que ver aquí el racismo?

Botard: Señor Jefe, le pido sinceramente perdón. No puede negar que el racismo es uno de los grandes errores del siglo.

Dudard: Por cierto, todos estamos de acuerdo, pero aquí no se trata de...

Botard: Señor Dudard, no se trata ese tema a la ligera. Los acontecimientos históricos nos han demostrado claramente que el racismo...

Dudard: Le digo que no se trata de eso.

Botard: No estaría tan seguro.

Señor Papillon: El racismo no está en cuestión.

Botard: No debemos perder ninguna ocasión de denunciarlo.

Daisy: Pero le están diciendo que aquí nadie es racista. Desplaza usted la pregunta, se trata simplemente de un gato aplastado por un paquidermo, un rinoceronte en este caso.

Botard: Yo no soy del mediodía. Los meridionales tienen mucha imaginación. Tal vez, simplemente se trató de una pulga aplastada por un ratón. Han hecho de nada una montaña.

Señor Papillon (*a Dudard*): Intentemos poner las cosas en su punto. ¿Usted habría visto, visto con sus propios ojos, al rinoceronte paseándose por las calles de la ciudad?

Daisy: No se paseaba, corría.

Dudard: Personalmente, yo no lo vi. Sin embargo, gente digna de fe...

Botard (*interrumpiéndolo*): ¡Ya ve usted que son cuentos, se fía de periodistas que no saben qué inventar para que se vendan sus despreciables periódicos, para servir a sus amos, de los que son sirvientes! Usted cree eso, señor Dudard, usted, un jurista, un licenciado en derecho. ¡Permítame que me ría! ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!

Daisy: Pero yo, yo vi, yo vi al rinoceronte. Pongo mis manos en el fuego.

Botard: ¡Pero vamos! La creía una chica seria.

Daisy: ¡Señor Botard, yo no veo visiones! Y no estaba sola, había gente a mi alrededor que miraba.

Botard: ¡Pst! ¡Sin duda miraban otra cosa!... Paseantes, gente que no tiene nada que hacer, que no trabaja, ociosos.

Dudard: Ayer era domingo.

Botard: Yo trabajo también el domingo. No escucho a los curas que lo hacen ir a uno a la iglesia para impedirle hacer su trabajo y ganarse el pan con el sudor de su frente.

Señor Papillon (*indignado*): ¡Oh!

Botard: Discúlpeme, no quisiera ofenderlo. No porque desprecie las religiones puede decirse que no las estimo.

(*A Daisy*). Ante todo, ¿sabe usted lo que es un rinoceronte?

Daisy: Es un... es un animal muy grandey feo.

Botard: ¡Y usted se jacta de tener un pensamiento preciso! El rinoceronte, señorita...

Señor Papillon: Aquí no nos va a dar una clase sobre el rinoceronte. No estamos en la escuela.

Botard: Es una gran pena.

(*Desde las últimas réplicas, se ha podido ver a Berenguer subir con precaución los últimos peldaños de la escalera, entreabrir prudentemente la puerta de la oficina que, al abrirse, deja ver el cartel en el cual se puede leer: "Ediciones de Derecho"*).

Señor Papillon (*a Daisy*): ¡Bien! Son más de las nueve, señorita, retire la hoja de presencia. ¡Tanto peor para los retrasados!

(Daisy se dirige hacia la mesita de la izquierda donde se encuentra la hoja de presencia en el momento en que entra Berenguer).

Berenguer *(entrando, mientras los demás siguen discutiendo, a Daisy):* Buenos días, señorita Daisy. ¿No estoy atrasado?

Botard *(a Dudard y al señor Papillon):* ¡Lucho contra la ignorancia donde la encuentro!...

Daisy *(a Berenguer):* ¡Señor Berenguer, apúrese!

Botard: ...¡en los palacios, en las chozas!

Daisy *(a Berenguer):* ¡Firme rápido la hoja de presencia!

Berenguer: ¡Oh! ¡Gracias! ¿Ya llegó el Jefe?

Daisy *(a Berenguer, con un dedo sobre los labios):* ¡Shhh! Sí, está ahí.

Berenguer: ¿Ya? ¿Tan temprano?

(Se precipita a firmar la hoja de presencia).

Botard *(continuando):* ¡No importa dónde! Incluso en las editoriales.

Señor Papillon *(a Botard):* Señor Botard, creo que...

Berenguer *(firmando la hoja; a Daisy):* Sin embargo, no son las nueve y diez...

Señor Papillon *(a Botard):* Creo que supera los límites de la cortesía.

Dudard *(al señor Papillon):* Yo también lo pienso, señor.

Señor Papillon *(a Botard):* No va a decir que mi colaborador y su colega, el señor Dudard, que es licenciado en derecho y excelente empleado, es un ignorante.

Botard: No llegaría a afirmar semejante cosa, por más que las Facultades, la Universidad, no valen lo que la escuela municipal.

Señor Papillon *(a Daisy):* ¡Vamos esa hoja de presencia!

Daisy *(al señor Papillon):* Aquí la tiene, señor. *(Se la tiende).*

Señor Papillon *(a Berenguer):* ¡Ah, aquí está el señor Berenguer!

Botard *(a Dudard):* Lo que les falta a los universitarios son ideas claras, espíritu de observación, sentido práctico.

Dudard *(a Botard):* ¡Pero vamos!

Berenguer *(al señor Papillon):* Buenos días, señor Papillon.

(Berenguer justamente pasaba detrás de la espalda del jefe, contorneando el grupo de tres personajes, hacia el perchero; tomará su guardapolvo de trabajo o su saco gastado, colgando en su lugar su saco de calle; ahora, cerca del perchero, se quita un saco, se pone el otro, después va a su mesa de trabajo, en cuyo cajón encontrará sus mangas de lustrina, etc., saluda). Buenos días, señor Papillon, discúlpeme, casi llegué tarde. Buenos días, Dudard. Buenos días, señor Botard.

Señor Papillon: Díganos, pues, Berenguer, ¿usted también vio al rinoceronte?

Botard (*a Dudard*): Los universitarios son espíritus abstractos que no saben nada de la vida.

Dudard (*a Botard*): ¡Tonterías!

Berenguer (*continúa disponiendo sus cosas para el trabajo, con un empeño excesivo, como para hacerse excusar su retraso; al señor Papillon, con un tono natural*): Pero sí, por supuesto que lo vi.

Botard (*dándose vuelta*): ¡Pst! Daisy: ¡Ah!, ve, no soy loca.

Botard (*irónico*): ¡Oh!, el señor Berenguer dice eso por galantería, porque es un galán a pesar de que no tiene el aspecto.

Dudard: ¿Es galantería decir que uno ha visto un rinoceronte?

Botard: Por cierto, cuando es para apoyar las afirmaciones de la señorita Daisy. Todo el mundo es galante con la señorita Daisy, es comprensible.

Señor Papillon: No tenga mala fe, señor Botard. El señor Berenguer no ha tomado parte de la controversia. Acaba de llegar.

Berenguer (*a Daisy*): ¿No es cierto que usted lo vio? Nosotros lo vimos.

Botard: ¡Pst! Es posible que el señor Berenguer haya creído ver un rinoceronte.

(*Detrás de la espalda de Berenguer hace señal de que este bebe*). ¡Tiene tanta imaginación! Con él todo es posible.

Berenguer: No estaba solo cuando vi el rinoceronte, o tal vez los dos rinocerontes.

Botard: ¡Ni siquiera sabe cuántos vio!

Berenguer: Estaba con mi amigo Juan... Había otra gente.

Botard (*a Berenguer*): Usted dice pavadas, palabra de honor.

Daisy: Era un rinoceronte unicornio.

Botard: ¡Pst! Se pusieron de acuerdo los dos para tonarnos el pelo.

Dudard (*a Daisy*): Me parece más bien que tenía dos cuernos, según lo que he oído decir.

Botard: Miren eso, tendrían ustedes que entenderse.

Señor Papillon (*mirando la hora*): Terminémosla, señores, la hora avanza.

Botard: Usted, señor Berenguer, ¿vio un rinoceronte o dos rinocerontes?

Berenguer: ¡Oh!, es decir...

Botard: No sabe. La señorita Daisy vio un rinoceronte unicornio. Su rinoceronte, señor Berenguer, si había tal rinoceronte, ¿era unicornio o bicorne?

Berenguer: Ve usted, todo el problema está justamente allí.

Botard: Todo eso es muy inconsistente.

Daisy: ¡Oh!

Botard: No quisiera molestarla. Pero no creo en su historia. Rinocerontes en esta región, eso no se ha visto nunca.

Dudard: ¡Basta de una vez!

Botard: ¡Eso no se ha visto nunca! Salvo en las imágenes, en los manuales escolares. Sus rinocerontes no han florecido más que en el cerebro de las pobres mujeres.

Berenguer: La expresión "florecido" aplicada a rinocerontes me parece bastante impropia.

Dudard: Eso es.

Botard (*continuando*): ¡Su rinoceronte es un mito!

Daisy: ¿Un mito?

Señor Papillon: Señores, creo que es hora de ponerse a trabajar.

Botard (*a Daisy*): Un mito, como los platos voladores.

Dudard: De todos modos hay un gato aplastado, ¡es innegable!

Berenguer: Yo soy testigo.

Dudard (*mostrando a Berenguer*): ¡Y hay testigos!

Botard: ¡Semejante testigo!

Señor Papillon: ¡Señores, señores!

Botard (*a Dudard*): ¡Psicosis colectiva, señor Dudard, psicosis colectiva! Es como la religión que es el opio de los pueblos.

Daisy: Y bueno, ¡yo creo en los platos voladores!

Botard: ¡Pst!

Señor Papillon (*con firmeza*): Ya basta, es una exageración. ¡Suficiente charla! ¡Rinocerontes o no, platos voladores o no, hay que hacer el trabajo! La casa no les paga para perder el tiempo entreteniéndose con animales reales o fabulosos.

Botard: ¡Fabulosos!

Dudard: ¡Reales!

Daisy: Muy reales.

Señor Papillon: Señores, les llamo una vez más la atención: están en sus horas de trabajo. Permítanme cortar de cuajo esta polémica estéril...

Botard (*herido, irónico*): De acuerdo, señor Papillon. Usted es el jefe. Ya que usted lo ordena, debemos obedecer.

Señor Papillon: Señores, apúrense. No quiero verme en la triste obligación de tener que aplicarles una multa sobre sus sueldos. Señor Dudard, ¿dónde está su comentario acerca de la ley sobre la represión alcohólica?

Dudard: Ya pongo eso a punto, señor Jefe.

Señor Papillon: Intente terminar. Es urgente. Ustedes, señor Berenguer y señor Botard, ¿terminaron de corregir las pruebas de la reglamentación de vinos llamados "de apelación

controlada”?

Berenguer: Todavía no, señor Papillon. Pero está muy adelantada.

Señor Papillon: Terminen de corregirla juntos. La imprenta espera. Usted, señorita, vendrá a mi oficina a hacerme firmar el correo. Apresúrese a pasarlo a máquina.

Daisy: Entendido, señor Papillon.

(Daisy va a su escritorio y se pone a escribir a máquina. Dudard se sienta ante su escritorio y comienza a trabajar. Berenguer y Botard van a su mesita, los dos de perfil a la sala; Botard, de espaldas a la puerta de la escalera. Botard tiene aspecto de estar de mal humor; Berenguer, apático y sin ganas, instala las pruebas sobre la mesa, pasa el manuscrito a Botard; Botard se sienta gruñendo, mientras que el Señor Papillon sale, dando un portazo).

Señor Papillon: ¡Hasta pronto, señores! *(Sale)*.

Berenguer *(leyendo y corrigiendo, mientras Botard sigue el manuscrito, con un lápiz)*. Reglamentación de caldos de origen llamados "de apelación"... *(Corrige)*. Con C, apelación. *(Corrige)*. Controlada... con una sola 1, controlada... Los vinos de apelación controlada de la región bordelesa, región inferior de las vertientes superiores...

Botard *(a Berenguer)*: ¡No tengo eso! Se han saltado una línea.

Berenguer: Retomo: los vinos de apelación controlada...

Dudard *(a Berenguer y a Botard)*: Lean más bajo, se los ruego. No se los oye más que a ustedes, me impiden fijar la atención en mi trabajo.

Botard *(a Dudard por encima de la cabeza de Berenguer, retomando la discusión de antes, mientras Berenguer durante unos instantes, corrige solo; mueve los labios sin ruido, leyendo)*: ¡Es una mistificación!

Dudard: ¿Qué es una mistificación?

Botard: ¡Su historia del rinoceronte, pardiez! ¡Es su propaganda la que hace correr esos rumores!

Dudard *(interrumpiendo su trabajo)*: ¿Qué propaganda?

Berenguer *(interviniendo)*: No es propaganda...

Daisy *(dejando de escribir a máquina)*: Porque le repito que yo lo vi... yo lo vi... lo vimos.

Dudard *(a Botard)*: ¡Usted me hace reír!... ¡Propaganda! ¿Con qué fin?

Botard *(a Dudard)*: ¡Pero vamos!... Lo sabe mejor que yo. No se haga el inocente.

Dudard *(enojándose)*: En todo caso, señor Botard, a mí no me pagan los montenegrinos.

Botard *(rojo de cólera, golpeando la mesa con el puño)*: Es un insulto. No permitiría que... *(El señor Botard se levanta)*.

Berenguer *(suplicándole)*: Señor Botard, vamos...

Daisy: Señor Botard, vamos...

Botard: Digo que es un insulto...

(La puerta del despacho del Jefe se abre súbitamente: Botard y Dudard se vuelven a sentar muy rápidamente; el Jefe de Servicio tiene en la mano la hoja de presencia, ante su aparición, se ha hecho silencio súbitamente).

Señor Papillon: ¿Hoy no vino el señor Boeuf?

Berenguer *(mirando a su alrededor):* En efecto, está ausente.

Señor Papillon: ¡Precisamente hoy me hacía falta! *(A Daisy).* ¿Avisó que estaba enfermo o que tenía algún impedimento para venir?

Daisy: No me dijo nada.

Señor Papillon *(abriendo de inmediato su puerta y entrando):* Si esto continúa, lo voy a poner de patitas en la calle. No es la primera vez que me deja en banda. Hasta ahora, cerré los ojos, pero eso no va más... ¿Quién de ustedes tiene la llave del cajón de su escritorio?

(Justo en ese momento, la Señora Boeuf hace su entrada. Hemos podido verla, durante esta última réplica, subir lo más rápido que le es posible los últimos peldaños de la escalera; ha abierto bruscamente la puerta. Está toda sofocada, asustada).

Berenguer: Miren, aquí está la señora Boeuf.

Daisy: Buenos días, señora Boeuf.

Señora Boeuf: ¡Buenos días, señor Papillon! Buenos días, señores y señoras.

Señor Papillon: Bueno, ¿y su marido? ¿Qué le ocurrió, no quiere molestarse más?

Señora Boeuf *(jadeante):* Le ruego que lo disculpe, disculpe a mi marido... Fue a casa de su familia por el fin de semana. Tiene una ligera gripe.

Señor Papillon: ¡Ah! ¡Tiene una ligera gripe!

Señora Boeuf *(tendiéndole un papel al Jefe):* Tenga, lo dice en su telegrama. Espera estar de vuelta el miércoles... *(Casi desfalleciente).* Me darían un vaso de agua... y una silla...

(Berenguer viene a llevarle, al centro del escenario, su propia silla, sobre la cual ella se desploma).

Señor Papillon *(a Daisy):* Dele un vaso de agua.

Daisy: ¡De inmediato!

(Va a traerle un vaso de agua y se lo hace beber durante las réplicas que siguen).

Dudard *(al Jefe):* Debe de ser cardíaca.

Señor Papillon: Es una gran perturbación que el señor Boeuf esté ausente. ¡Pero no es motivo para alterarse a tal punto!

Señora Boeuf *(con esfuerzo):* Es que... es que... me persiguió un rinoceronte desde mi casa hasta aquí...

Berenguer: ¿Unicornio o de dos cuernos?

Botard (*echándose a reír*): ¡Usted me hace reír!

Dudard (*indignándose*): ¡Pero déjela hablar!

Señora Boeuf (*haciendo un gran esfuerzo para precisar y señalando con el dedo en dirección a la escalera*): Está ahí, abajo, en la entrada. Tiene aspecto de querer subir las escaleras.

(En el mismo instante, se oye un ruido. Se ven hundirse los peldaños de la escalera bajo un peso sin duda formidable. Se oyen, viniendo de abajo, berridos angustiados. El polvo, provocado por el hundimiento de la escalera, al disiparse, dejará ver el palier de la escalera suspendido en el vacío).

Daisy: ¡Dios mío!...

Señora Boeuf (*en su silla, con la mano en el corazón*): ¡Oh! ¡Ah!

(Berenguer se afana solícito alrededor de la señora Boeuf, le da palmaditas en las mejillas, le da agua de beber).

Berenguer: ¡Cálmese!

(Entre tanto, el Señor Papillon, Dudard y Botard se precipitan a la izquierda, abren la puerta empajándose unos a otros y se encuentran en el palier de la escalera envueltos de polvo; continúan oyéndose los berridos).

Daisy (*a la señora Boeuf*): ¿Se siente mejor, señora Boeuf?

Señor Papillon (*en el palier*): Ahí está. ¡Abajo! ¡Es verdad!

Botard: Yo no veo nada. Es una ilusión.

Dudard: Pero sí, allá, abajo, da vueltas en redondo.

Señor Papillon: Señores, no hay duda. Da vueltas en redondo.

Dudard: No podrá subir. No hay más escalera.

Botard: Es muy raro. No hay más escalera.

Dudard (*dándose vuelta hacia donde está Berenguer*): Venga a verlo. Venga a ver a su rinoceronte.

Berenguer: Ya voy.

(Berenguer se precipita en dirección al palier, seguido de Daisy, abandonando ambos a la señora Boeuf).

Señor Papillon (*a Berenguer*): Vamos, usted, el especialista en rinocerontes, mírelo.

Berenguer: No soy especialista en rinocerontes...

Daisy: ¡Oh!... miren... cómo da vueltas en redondo. Parecería que sufre... ¿qué quiere?

Dudard: Parecería que busca a alguien.

(A Botard). ¿Lo ve ahora?

Botard (*molesto*): En efecto, lo veo.

Daisy (*a Botard*): ¿Es posible que todos veamos visiones? Y usted también...

Botard: Nunca vi visiones. Pero ahí abajo hay algo.

Dudard (*a Botard*): ¿Qué algo?

Señor Papillon (*a Berenguer*): Es un rinoceronte, ¿no es así? ¿Es el que usted ya había visto?

(*A Daisy*). ¿Y usted también?

Daisy: Sin duda.

Berenguer: Tiene dos cuernos. Es un rinoceronte africano o más bien asiático. ¡Ah! Ya no sé si el rinoceronte africano tiene dos cuernos o un cuerno.

Señor Papillon: Nos derribó la escalera, ¡pues mejor, algo así debía ocurrir! Hace tanto tiempo que le pido a la Dirección general que nos construya peldaños de cemento para reemplazar a esa vieja escalera apolillada.

Dudard: Hace una semana, envié un informe, señor Jefe.

Señor Papillon: Esto debía ocurrir, esto debía ocurrir. Era previsible. Yo tenía razón.

Daisy (*al señor Papillon, irónica*): Como de costumbre.

Berenguer (*a Dudard y al señor Papillon*): Veamos, veamos, ¿la bicornidad caracteriza al rinoceronte de Asia o al de África? ¿La unicornidad caracteriza al de África? ¿O al de Asia?...

Daisy: Pobre animal, no deja de berrear y de dar vueltas en redondo. ¿Qué quiere? ¡Oh!, nos mira.

(*En dirección al rinoceronte*). Minino, minino, minino.

Dudard: No va a acariciarlo, sin duda no está domesticado...

Señor Papillon: De todos modos, está fuera de alcance.

(*El rinoceronte barrita horriblemente*).

Daisy: ¡Pobre animal!

Berenguer (*continuando, a Botard*): Usted que sabe un montón de cosas, ¿no le parece que al contrario, es la bicornidad la que...?

Señor Papillon: Usted dice pavadas, mi querido Berenguer, todavía está en las nubes. El señor Botard tiene razón.

Botard: Cómo es posible, en un país civilizado...

Daisy (*a Botard*): De acuerdo. Sin embargo, ¿existe o no?

Botard: ¡Es una maquinación infame! (*Con un gesto de orador de tribuna, apuntando el dedo hacia Dudard y fulminándolo con la mirada*). Es culpa suya.

Dudard: ¿Por qué mía y no suya?

Botard (*furioso*): ¿Culpa mía? Las cosas siempre recaen sobre los pequeños. Si no fuera más que cosa mía...

Señor Papillon: En qué lindo aprieto estamos, sin escalera.

Daisy (*a Botard y a Dudard*): ¡Cálmense, no es el momento, señores!

Señor Papillon: Es culpa de la Dirección general.

Daisy: Puede ser. ¿Pero cómo vamos a bajar?

Señor Papillon (*bromeando cariñosamente y acariciando la mejilla de la dactilógrafa*): ¡La tomaré en mis brazos y saltaremos juntos!

Daisy (*rechazando la mano del Jefe de Servicio*): ¡No me ponga en la cara su mano rugosa, pedazo de paquidermo!

Señor Papillon: ¡Era una broma!

(*Entre tanto, mientras el rinoceronte no ha dejado de barritar, la Señora Boeuf se ha levantado y se ha unido al grupo. Durante unos instantes, mira atentamente al rinoceronte que da vueltas en redondo abajo y bruscamente pega un grito terrible*).

Señora Boeuf: ¡Dios mío! ¡Es posible!

Berenguer (*a la señora Boeuf*): ¿Qué le pasa?

Señora Boeuf: ¡Es mi marido! Boeuf, mi pobre Boeuf, ¿qué te ha pasado?

Daisy (*a la señora Boeuf*): ¿Está segura?

Señora Boeuf: Lo reconozco, lo reconozco.

(*El rinoceronte responde con un berrido violento pero tierno*).

Señor Papillon: ¡Qué me dicen! ¡Esta vez lo pongo de patitas en la calle definitivamente!

Dudard: ¿Está asegurado?

Botard (*aparte*): Yo comprendo todo...

Daisy: ¿Cómo pagar el seguro en un caso semejante?

Señora Boeuf (*desvaneciéndose en los brazos de Berenguer*): ¡Ah! ¡Dios mío!

Berenguer: ¡Oh!

Daisy: Transportémosla.

(*Berenguer, ayudado por Dudard y Daisy, arrastran a la Señora Boeuf hasta su silla y la instalan*).

Dudard (*mientras la transportan*): No se preocupe, señora Boeuf.

Señora Boeuf: ¡Ah! ¡Oh!

Daisy: Eso tal vez se arregle.

Señora Boeuf: ¡No! ¡Pobrecito! No es el momento, no debo abandonar a mi marido en ese estado.

Botard: Usted es una gran mujer.

Dudard (*a la señora Boeuf*): ¿Pero qué va a hacer?

(Corriendo hacia la izquierda, la Señora Boeuf se precipita hacia el palier).

Berenguer: ¡Cuidado!

Señora Boeuf: No puedo abandonarlo, no puedo abandonarlo.

Dudard: Reténganla.

Señora Boeuf: ¡Yo lo llevo a casa!

Señor Papillon: ¿Qué quiere hacer?

Señora Boeuf *(preparándose para saltar; al borde del palier):* Aquí voy, mi querido, aquí voy.

Berenguer: Va a saltar.

Botard: Es su deber.

Dudard: No se va a morir.

(Todos, salvo Daisy, que sigue en el teléfono, se encuentran cerca de ella en el palier; la Señora Boeuf salta; Berenguer, que de todos modos intenta retenerla, se queda con su falda en las manos).

Berenguer: No pude retenerla.

(Se oye, viniendo de abajo, que el rinoceronte barrita tiernamente).

Señora Boeuf: Aquí estoy, mi querido, aquí estoy.

Dudard: Le aterrizó sobre el lomo, a horcajadas.

Botard: Es una amazona.

Voz de la señora Boeuf: A casa, mi querido, volvamos.

Dudard: Parten al galope.

(Dudard, Berenguer, Botard y el Señor Papillon vuelven al escenario, se asoman a la ventana).

Berenguer: Van rápido.

Dudard *(al señor Papillon):* ¿Usted ha hecho equitación?

Señor Papillon: En otra época... un poco...

(Volviéndose hacia el lado de la puerta del fondo, a Dudard). ¡No ha terminado con el teléfono!...

Berenguer *(siguiendo al rinoceronte con la mirada):* Ya están lejos. No los veo más.

Daisy *(saliendo):* ¡Me costó comunicarme con los bomberos!...

Botard *(como conclusión a un monólogo interior):* ¡Es lo que debe ser!

Daisy: ...Me costó comunicarme con los bomberos.

Señor Papillon: ¿Hay incendios por todas partes?

Berenguer: Soy de la opinión del señor Botard. La actitud de la señora Boeuf es verdaderamente conmovedora, tiene corazón.

Señor Papillon: Tengo un empleado de menos que debo reemplazar.

Berenguer: ¿Cree verdaderamente que ya no puede sernos útil?

Daisy: No, no hay incendios, han llamado a los bomberos por otros rinocerontes.

Berenguer: ¿Por otros rinocerontes?

Dudard: ¿Cómo, por otros rinocerontes?

Daisy: Sí, por otros rinocerontes. Se los encuentra por toda la ciudad. Esta mañana, había siete, ahora hay diecisiete.

Botard: ¡Qué es lo que dice!

Daisy (*continuando*): Habrían visto hasta treinta y dos. Todavía no es oficial, pero seguramente se confirmará.

Botard (*menos convencido*): ¡Pst! ¡Exageran!

Señor Papillon: ¿Van a venir a sacarnos de aquí?

Berenguer: ¡Yo tengo hambre!...

Daisy: Sí van a venir, los bomberos están en camino.

Señor Papillon: ¡Y el trabajo!

Dudard: Creo que es un caso de fuerza mayor.

Señor Papillon: Habrá que reponer las horas de trabajo perdidas.

Dudard: Veamos, señor Botard, ¿sigue negando la evidencia rinocerónica?

Botard: Nuestra delegación se opone a que despida al señor Boeuf sin preaviso.

Señor Papillon: No me corresponde a mí decidir, veremos las conclusiones de la investigación.

Botard (*a Dudard*): No, señor Dudard, no niego la evidencia rinocerónica. Jamás la negué.

Dudard: Usted tiene mala fe.

Daisy: ¡Ah sí!, usted tiene mala fe.

Botard: Repito que jamás la negué. Simplemente quería saber hasta dónde podía llegar esto. Pero sé a qué atenerme. No compruebo simplemente el fenómeno. Lo comprendo y lo explico. Al menos, podría explicarlo si...

Dudard: Pero explíquenoslo.

Daisy: Explíquelo, señor Botard.

Señor Papillon: Explíquelo ya que sus colegas se lo piden.

Botard: Les explicaré...

Dudard: Lo escuchamos.

Daisy: Me da mucha curiosidad.

Botard: Se los explicaré... un día...

Dudard: ¿Por qué no ahora mismo?

Botard (*al señor Papillon, amenazante*): Usted y yo, entre nosotros, nos explicaremos. (*A todos*). Conozco el porqué de las cosas, las entretelas de la historia...

Daisy: ¿Qué entretelas?

Berenguer: ¿Qué entretelas?

Dudard: Me gustaría mucho conocer las entretelas...

Botard (*continuando, terrible*): Y conozco también los nombres de todos los responsables. Los nombres de los traidores. No soy tonto. Les haré conocer el fin y la significación de esta provocación. Desenmascararé a los instigadores.

Berenguer: ¿Quién tendría interés...?

Dudard (*a Botard*): No divaguemos.

Botard: ¿Divago yo, divago yo?

Daisy: Hace un momento nos acusaba de tener alucinaciones.

Botard: Hace un momento sí. Ahora, la alucinación se ha convertido en provocación.

Dudard: ¿Cómo se realizó ese paso, según usted?

Botard: Es el secreto de polichinela, señores. Sólo los niños no comprenden nada. Sólo los hipócritas fingen no comprender.

(Se oye el ruido y la sirena del carro de los bomberos que llega. Se oyen los frenos del carro, que se detiene bruscamente bajo la ventana).

Daisy: ¡Llegaron los bomberos!

Botard: Esto tiene que cambiar, no pasará así como así.

Dudard: Esto no tiene ninguna significación especial, señor Botard. Los rinocerontes existen, es todo. Eso no quiere decir ninguna otra cosa.

Daisy (*en la ventana, mirando hacia abajo*): Por aquí, señores bomberos.

(Se oye barullo abajo, un revuelo general, los ruidos del carro).

Voz de un bombero: Instalen la escalera.

Botard (*a Dudard*): Tengo la clave de los acontecimientos, un sistema de interpretación infalible.

Señor Papillon: De todos modos habrá que volver a la oficina esta tarde.

(Se ve la escalera de los bomberos apoyarse contra la ventana).

Botard: Mala suerte para los negocios, señor Papillon.

Señor Papillon: ¿Qué va a decir la Dirección general?

Dudard: Es un caso excepcional.

Botard (*mostrando la ventana*): No nos pueden obligar a tomar de nuevo el mismo camino. Hay que esperar a que reparen la escalera.

Dudard: Si alguien se rompe una pierna, podría crearle problemas a la Dirección.

Señor Papillon: Es cierto.

(*Vemos aparecer el casco de un Bombero, después, al Bombero*).

Berenguer (*a Daisy, mostrándole la ventana*): Después de usted, señorita Daisy.

El bombero: Vamos, señorita.

(*El Bombero toma a la señorita Daisy en sus brazos, por la ventana, a la cual ella se ha encaramado y desaparece con ella*).

Dudard: Adiós, señorita Daisy. Hasta pronto.

Daisy (*desapareciendo*): ¡Hasta pronto, señores!

Señor Papillon (*en la ventana*): Llámeme por teléfono mañana por la mañana, señorita. Vendrá a mi casa a pasar a máquina el correo.

(*A Berenguer*). Señor Berenguer, le llamo la atención sobre el hecho de que no estamos de vacaciones y que retomaremos el trabajo lo antes posible.

(*A los otros dos*). ¿Me oyeron, señores?

Dudard: De acuerdo, señor Papillon.

Botard: ¡Evidentemente nos explotan hasta la última gota de sangre!

El bombero (*reapareciendo por la ventana*): ¿De quién es el turno?

Señor Papillon (*dirigiéndose a los tres*): Vayan.

Dudard: Después de usted, señor Papillon.

Berenguer: Después de usted, señor Jefe.

Botard: Después de usted, por cierto.

Señor Papillon (*a Berenguer*): Tráigame el correo de la señorita.

Daisy. Ahí, sobre la mesa. (*Berenguer va a buscar el correo y se lo lleva al señor Papillon*).

Señor Papillon (*a los bomberos*): Cuidado con las carpetas. (*Volviéndose hacia Dudard, Botard y Berenguer*). Señores, hasta pronto.

Dudard: Hasta pronto, señor Papillon.

Berenguer: Hasta pronto, señor Papillon.

Señor Papillon (*ha desaparecido, se lo oye decir*): ¡Cuidado con los papeles!

Voz del Señor Papillon: ¡Dudard! ¡Cierre los escritorios con llave!

Dudard (*gritando*): No se preocupe, señor Papillon.

(*A Botard*). Después de usted, señor Botard.

Botard: Señores, bajo. Y de inmediato voy a ponerme en contacto con las autoridades competentes. Elucidaré este falso misterio.

(*Se dirige a la ventana para subirse a ella*).

Dudard (*a Botard*): ¡Creía que ya estaba claro para usted!

Botard (*encaramándose a la ventana*): Su ironía no me toca en absoluto. Lo que quiero es mostrarles las pruebas, los documentos, sí, las pruebas de su felonía.

Dudard: Es absurdo...

Botard: Su insulto...

Dudard (*interrumpiéndolo*): Usted es el que me insulta...

Botard (*desapareciendo*): Yo no insulto. Yo demuestro.

Voz del bombero: Vamos, vamos...

Dudard (*a Berenguer*): ¿Qué hace esta tarde? Podríamos tomar una copa.

Berenguer: Me excuso. Voy a aprovechar esta tarde libre para ir a ver a mi amigo Juan. Quiero reconciliarme con él, de todos modos. Nos enojamos. Yo tuve la culpa.

(*La cabeza del Bombero reaparece en la ventana*).

El bombero: Vamos... vamos...

Berenguer (*mostrando la ventana*): Después de usted.

Dudard (*a Berenguer*): Después de usted.

Berenguer (*a Dudard*): ¡Oh!, no, después de usted.

Dudard (*a Berenguer*): En absoluto, después de usted.

Berenguer (*a Dudard*): Se lo ruego, después de usted, después de usted.

El bombero: Rapidito, rapidito.

Dudard (*a Berenguer*): Después de usted, después de usted.

Berenguer (*a Dudard*): Después de usted, después de usted.

(*Se encaraman a la ventana al mismo tiempo. El Bombero los ayuda a descender, mientras cae el telón*).

FIN DEL CUADRO

Segundo cuadro

Escenografía

La casa de Juan. La estructura del dispositivo es más o menos la misma que para el primer cuadro de este segundo acto. Es decir que el escenario está dividido en dos. A la derecha, ocupando las tres cuartas o las cuatro quintas partes del escenario, según su ancho, se ve el cuarto de Juan. Al fondo, contra la pared, la cama de Juan, en la que este está acostado. En el centro del escenario, una silla o un sillón, en el cual Berenguer vendrá a instalarse. A la derecha, en el centro, una puerta que da al cuarto de baño de Juan. Cuando Juan vaya a asearse, se oirá el ruido del agua de la canilla, la de la ducha. A la izquierda del cuarto, un tabique divide el escenario en dos. En el centro, la puerta que da a la escalera. Si se quiere hacer una escenografía menos realista, un decorado estilizado, se puede poner simplemente la puerta sin tabique. A la izquierda del escenario, se ve la escalera, los últimos peldaños que llevan al departamento de Juan, la rampa, la parte alta del palier. En el fondo, a la altura de ese palier, la puerta del departamento de los vecinos. Más bajo, en el fondo, la parte alta de una puerta de cristales en la cuales se ve escrito Portera.

Al levantarse el telón, Juan, en su cama, está acostado bajo la colcha, de espaldas al público. Se lo oye toser. Al cabo de algunos instantes, vemos aparecer a Berenguer, subiendo los últimos peldaños de la escalera. Golpea la puerta. Juan no responde. Berenguer golpea de nuevo.

Berenguer: ¡Juan! *(Vuelve a golpear)*. ¡Juan!

(Se entreabre la puerta del fondo del palier, aparece un viejito de barbita blanca).

El viejito: ¿Qué pasa?

Berenguer: Vengo a ver a Juan, el señor Juan, mi amigo.

El viejito: Creí que era para mí, yo también me llamo Juan, pero es el otro.

Voz de la mujer del viejo *(desde el fondo de la pieza)*: ¿Es para nosotros?

El viejito *(volviéndose hacia su mujer, a quien no vemos)*: Es para el otro.

Berenguer *(golpeando)*: Juan.

El viejito: No lo vi salir. Lo vi ayer a la noche. No tenía aspecto de buen humor.

Berenguer: Sé por qué, es culpa mía.

El viejito: A lo mejor no quiere abrir. Intente de nuevo.

Voz de la mujer del viejo: ¡Juan! No charles, Juan.

Berenguer *(golpeando)*: ¡Juan!

El viejito *(a su mujer)*: Un segundo. ¡Ay, ay, ay!...

(Vuelve a cerrar la puerta y desaparece).

Juan *(siempre acostado, de espaldas al público, con voz ronca)*: ¿Qué pasa?

Berenguer: Vine a verte, mi querido Juan.

Juan: ¿Quién es?

Berenguer: Yo, Berenguer. ¿No te molesto?

Juan: ¡Ah! Eres tú. Entra.

Berenguer *(tratando de abrir)*: La puerta está cerrada.

Juan: Un segundo. ¡Ay, ay, ay!...

(Juan se levanta de bastante mal humor, en efecto. Tiene un pijama verde, los cabellos revueltos). Un segundo.

(Da vuelta la llave en la cerradura). Un segundo.

(Va a acostarse de nuevo, se cubre con la colcha, como antes). Entra.

Berenguer *(entrando)*: Buenos días, Juan.

Juan *(en su cama)*: ¿Qué hora es? ¿No estás en la oficina?

Berenguer: Todavía estás acostado, ¿no fuiste a la oficina? Discúlpame, tal vez te molesto.

Juan *(siempre de espaldas)*: Es curioso, no reconocía tu voz.

Berenguer: Yo tampoco reconocía tu voz.

Juan (*siempre de espaldas*): **Siéntate.**

Berenguer: ¿Estás enfermo? (Juan responde con un gruñido). Sabes, Juan, fui un estúpido alenojarme contigo por semejante historia.

Juan: ¿Qué historia?

Berenguer: Ayer...

Juan: ¿Ayer cuándo? ¿Ayer dónde?

Berenguer: ¿Te olvidaste? Era a propósito de ese rinoceronte, de ese rinoceronte desgraciado.

Juan: ¿Qué rinoceronte?

Berenguer: El rinoceronte, o si quieres, esos dos rinocerontes desgraciados que vimos.

Juan: ¡Ah!, sí, me acuerdo... ¿Quién te dijo que esos dos rinocerontes eran desgraciados?

Berenguer: Es una forma de decir.

Juan: Bueno. No digamos nada más de eso.

Berenguer: Eres muy amable.

Juan: ¿Yentonces?

Berenguer: De todos modos quiero decirte que lamento haber sostenido... encarnizadamente, obstinadamente... con rabia... sí, en fin, en fin... Fui un estúpido.

Juan: Eso no me asombra de ti.

Berenguer: Discúlpame.

Juan: No me siento muy bien.

(Tose).

Berenguer: Sin duda por ese motivo estás en cama. (Cambiando de tono). Sabes, Juan, tenemos razón los dos.

Juan: ¿En relación con qué?

Berenguer: En relación con... la misma cosa. Una vez más, discúlpame por volver al tema, no me extenderé mucho. Quiero decirte, mi querido Juan, que cada uno a su manera, los dos tenemos razón. Ahora está probado. En la ciudad hay rinocerontes con dos cuernos tanto como rinocerontes con un cuerno.

Juan: ¡Eso es lo que yo te decía! Y bien, tanto peor.

Berenguer: Sí, tanto peor.

Juan: O tanto mejor, según como se mire.

Berenguer (continuando): De dónde vienen unos, de dónde vienen los otros, o de dónde vienen los otros, de dónde vienen los unos, importa poco en el fondo. Lo único que cuenta a mis ojos es la existencia de los rinocerontes en sí, porque...

Juan (dándose vuelta y sentándose en la cama deshecha, de frente a Berenguer): ¡No me siento muy bien, no me siento muy bien!

Berenguer: ¡Lo lamento muchísimo! ¿Qué tienes, pues?

Juan: No lo sé bien, una enfermedad, enfermedades...

Berenguer: ¿Desfallecimientos?

Juan: En absoluto. Por el contrario, hiervo.

Berenguer: Quiero decir... un desfallecimiento pasajero. Eso le puede pasar a todo el mundo.

Juan: A mí, jamás.

Berenguer: Tal vez un exceso de salud, entonces. Demasiada energía, eso también a veces es malo. Desequilibra el sistema nervioso.

Juan: Tengo un equilibrio perfecto.

(La voz de Juan se hace cada vez más ronca). Estoy sano de mente y de cuerpo. Mi herencia...

Berenguer: Seguro, seguro. Tal vez de todos modos tomaste frío. ¿Tienes fiebre?

Juan: No lo sé. Sí, sin duda un poco de fiebre. Me duele la cabeza.

Berenguer: Una pequeña jaqueca. Te dejo, si quieres.

Juan: Quédate. No me molestas.

Berenguer: También estás ronco.

Juan: ¿Ronco?

Berenguer: Un poco ronco, sí. Por eso no reconocía tu voz.

Juan: ¿Por qué estaré ronco? Mi voz no ha cambiado, es más bien la tuya la que cambió.

Berenguer: ¿La mía?

Juan: ¿Por qué no?

Berenguer: Es posible. No me había dado cuenta.

Juan: ¿Acaso eres capaz de darte cuenta de algo?

(Poniéndose la mano en la frente). Más precisamente es la frente lo que me duele. Sin duda me di un golpe. *(Su voz es todavía más ronca).*

Berenguer: ¿Cuándo te golpeaste?

Juan: No sé. No me acuerdo.

Berenguer: Te habría dolido.

Juan: A lo mejor me golpeé durmiendo.

Berenguer: El choque te hubiera despertado. Seguro que simplemente soñaste que te golpeabas.

Juan: Nunca sueño...

Berenguer *(continuando)*: El dolor de cabeza debió venirte durante el sueño, ahora olvidaste haber soñado o más bien te acuerdas inconscientemente.

Juan: ¿Yo, inconscientemente? Soy dueño de mis pensamientos, no me dejo ir a la deriva. Voy siempre derecho, siempre derecho.

Berenguer: Lo sé. No me hice entender.

Juan: Sé más claro. No vale la pena decirme cosas desagradables.

Berenguer: A menudo tenemos la impresión de que nos hemos golpeado cuando nos duele la cabeza.

(Acercándose a Juan). Si te hubieras golpeado, deberías tener un chichón.

(Mirando a Juan). Sí, mira, tienes uno, en efecto tienes un chichón.

Juan: ¿Un chichón?

Berenguer: Uno pequeño.

Juan: ¿Dónde?

Berenguer *(mostrando la frente de Juan)*: Mira, justo encima de la nariz.

Juan: No tengo ningún chichón. En mi familia, jamás tuvimos uno.

Berenguer: ¿Tienes un espejo?

Juan: ¡Ahora eso!

(Tocándose la frente). Sin embargo parecería. Voy a ver, en el baño.

(Se levanta bruscamente y se dirige hacia el cuarto de baño. Berenguer lo sigue con la mirada. Desde el cuarto de baño:) Es verdad, tengo un chichón.

(Vuelve, su tez se ha puesto más vercosa). Puedes ver que me golpeé.

Berenguer: Tienes mala cara. Te has puesto vercoso.

Juan: Te encanta decirme cosas desagradables. Y tú, ¿te has mirado?

Berenguer: Discúlpame, no quiero causarte disgustos.

Juan *(muy disgustado)*: No se diría.

Berenguer: Tu respiración es muy ruidosa. ¿Te duele la garganta?

(Juan de nuevo va a sentarse en la cama). ¿Te duele la garganta?, a lo mejor es una angina.

Juan: ¿Por qué tendría yo una angina?

Berenguer: No es algo infamante, yo también he tenido angina. Permíteme tomarte el pulso.

(Berenguer se levanta y le va a tomar el pulso a Juan).

Juan *(con una voz todavía más ronca)*: ¡Oh!, ya pasará.

Berenguer: El pulso te late a un ritmo totalmente regular. No te asustes.

Juan: No estoy para nada asustado, ¿por qué lo estaría?

Berenguer: Tienes razón. Unos días de descanso y se terminará.

Juan: No tengo tiempo de hacer reposo. Tengo que buscar mi comida.

Berenguer: Si tienes hambre, no se trata de nada grave. Sin embargo, de todos modos deberías descansar unos días. Sería más prudente. ¿Llamaste al médico?

Juan: No me hace falta un médico.

Berenguer: Sí, hay que llamar al médico.

Juan: No vas a llamar al médico porque no quiero llamar al médico. Me curo solo.

Berenguer: Te equivocas al no creer en la medicina.

Juan: Los médicos inventan enfermedades que no existen.

Berenguer: Eso parte de un buen sentimiento. Es por el placer de curar a la gente.

Juan: ¡Inventan las enfermedades, inventan las enfermedades!

Berenguer: A lo mejor las inventan. Pero curan las enfermedades que inventan.

Juan: Sólo tengo confianza en los veterinarios.

Berenguer (*que había soltado la muñeca de Juan, la toma nuevamente*): Parece que se te hinchan las venas. Las tienes salientes.

Juan: Es señal de fuerza.

Berenguer: Evidentemente es una señal de salud y de fuerza. Sin embargo... (*Observa más de cerca el antebrazo de Juan, quien logra retirarlo violentamente*).

Juan: ¿Qué tienes que hacer examinándome como a un animal curioso?

Berenguer: Tu piel...

Juan: ¿Qué te importa mi piel? ¿Acaso yo me ocupo de tu piel?

Berenguer: Parecería... sí, parecería que cambia de color a ojos vista. Se pone verde.

(*Quiere volver a tomar la mano de Juan*). También se endurece.

Juan (*retirando de nuevo su mano*): No me toquetees así. ¿Qué te dio? Me molestas.

Berenguer (*para sí mismo*): A lo mejor es más grave de lo que yo creía.

(*A Juan*). Hay que llamar al médico.

(*Se dirige al teléfono*).

Juan: Deja ese aparato tranquilo.

(*Se precipita hacia Berenguer y lo empuja. Berenguer pierde el equilibrio*).

No te metas en lo que no te importa.

Berenguer: Bueno, bueno. Era para tu bien.

Juan (*tosiendo y respirando ruidosamente*): Sé lo que es mi bien mucho mejor que tú.

Berenguer: No respiras con facilidad.

Juan: ¡Uno respira como puede! A ti no te gusta mi respiración, a mí no me gusta la tuya. Tú respiras muy débilmente, ni siquiera se te oye, parecería que vas a morir de un momento a otro.

Berenguer: Sin duda no tengo tu fuerza.

Juan: ¿Acaso te mando a ti al médico para que te la dé? ¡Cada uno hace lo que quiere!

Berenguer: No te enojas conmigo. Bien sabes que soy tu amigo.

Juan: La amistad no existe. No creo en tu amistad.

Berenguer: Me ofendes.

Juan: No tienes por qué ofenderte.

Berenguer: Mi querido Juan...

Juan: Yo no soy tu querido Juan.

Berenguer: Hoy estás de lo más misántropo.

Juan: Sí, soy misántropo, misántropo, misántropo, me gusta ser misántropo.

Berenguer: Sin duda sigues guardándome rencor por la tonta discusión de ayer, fue culpa mía, lo reconozco. Y justamente vine para disculparme...

Juan: ¿De qué discusión hablas?

Berenguer: Acabo de recordártela. Ya sabes, el rinoceronte.

Juan (*sin escuchar a Berenguer*): A decir verdad, no detesto a los hombres, me son indiferentes o me disgustan, pero que no se me crucen en el camino porque los aplastaría.

Berenguer: Sabes bien que yo nunca sería un obstáculo...

Juan: Yo tengo un fin. Me lanzo hacia él.

Berenguer: Por cierto que tienes razón. Sin embargo, creo que estás pasando por una crisis moral.

(*Desde hace un instante, Juan recorre el cuarto, como una bestia enjaulada, de una pared a la otra. Berenguer lo observa, se aparta de tanto en tanto, ligeramente, para evitarlo. La voz de Juan sigue poniéndose cada vez más ronca*). No te enerves, no te enerves.

Juan: ¡Me sentía incómodo con la ropa, ahora también me molesta el pijama!

(*Entreabre y vuelve a cerrar el saco de su pijama*).

Berenguer: ¡Ah!, pero ¿qué tiene tu piel?

Juan: ¿De nuevo con mi piel? Es mi piel, por cierto que no la cambiaría por la tuya.

Berenguer: Parece cuero.

Juan: Es más sólida. Resisto a la intemperie.

Berenguer: Estás cada vez más verde.

Juan: Hoy tienes la manía de los colores. Ves visiones, de nuevo has bebido.

Berenguer: Bebí ayer, hoy no.

Juan: Es el resultado de todo un pasado de excesos.

Berenguer: Bien sabes que te prometí enmendarme, porque yo escucho los consejos de amigos como tú. No me siento humillado por eso, al contrario.

Juan: Me importa un pito. Brrr...

Berenguer: ¿Qué dices?

Juan: No digo nada. Hago brrr... me divierte.

Berenguer (*mirando a Juan a los ojos*): ¿Sabes lo que le ocurrió a Boeuf? Se convirtió en rinoceronte.

Juan: ¿Qué le pasó a Boeuf?

Berenguer: Se convirtió en rinoceronte.

Juan (*apantallándose con los faldones del saco*): Brrr...

Berenguer: No bromees más, vamos.

Juan: Déjame resoplar. Tengo todo el derecho. Estoy en mi casa.

Berenguer: No digo lo contrario.

Juan: Haces bien en no contradecirme. Tengo calor, tengo calor. Brrr... Un segundo. Voy a refrescarme.

Berenguer (*mientras Juan se precipita en el cuarto de baño*): Es la fiebre.

(*Juan está en el baño, se lo oye resoplar y se oye también correr el agua de una canilla*).

Juan (*adentro*): Brrr...

Berenguer: Tiene escalofríos. Tanto peor, yo llamo al médico.

(*Vuelve a dirigirse al teléfono, después se retira bruscamente, cuando oye la voz de Juan*).

Juan: Así que el bueno de Boeuf se convirtió en rinoceronte. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!... Se burló de ustedes, se disfrazó. (*Saca la cabeza por el resquicio de la puerta del baño. Está muy verde. Su chichón está más grande, sobre la nariz*). Se disfrazó.

Berenguer (*paseándose en la pieza, sin mirar a Juan*): Te aseguro que tenía un aspecto muy serio.

Juan: Y bueno, eso es cuestión suya.

Berenguer (*volviéndose hacia Juan que desaparece en el cuarto de baño*): Sin duda que no lo hizo a propósito. El cambio se produjo contra su voluntad.

Juan (*adentro*): ¿Y qué sabes tú de eso?

Berenguer: Al menos, todo lo hace suponer.

Juan: ¿Y si lo hubiera hecho a propósito? Sí, ¿si lo hubiera hecho a propósito?

Berenguer: Me asombraría. Al menos, la señora Boeuf no tenía para nada aspecto de estaral corriente...

Juan (*con voz ronca*): ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Esa gorda de la señora Boeuf! ¡Ay, ay, ay! Es una idiota.

Berenguer: Idiota o no...

Juan (*entra rápidamente, se quita el saco que arroja sobre la cama, mientras que Berenguerse da vuelta discretamente. Juan, que tiene el pecho y la espalda verdes, vuelve a entrar en el cuarto de baño. Entrando y saliendo*): Boeuf nunca ponía a su mujer al corriente de sus proyectos...

Berenguer: Te equivocas, Juan. Por el contrario, es una pareja muy unida.

Juan: ¿Muy unidos?, ¿estás seguro? Hum, hum. Brrr...

Berenguer (*dirigiéndose hacia el cuarto de baño, cuya puerta le cierra Juan en las narices*): Muy unido. La prueba es que...

Juan (*del otro lado*): Boeuf tenía su vida personal. Se había reservado un rincón secreto, en el fondo de su corazón.

Berenguer: No debería hacerte hablar, parece que te hace mal.

Juan: Por el contrario, me desahoga.

Berenguer: Déjame llamar al médico de todos modos, te lo ruego.

Juan: Te lo prohíbo absolutamente. No me gusta la gente obstinada.

(*Juan entra en el cuarto. Berenguer recula un poco asustado, porque Juan está todavía más verde y habla con mucha dificultad. Su voz está desconocida*).

Y además, si se convirtió en rinoceronte de buen grado o contra su voluntad, tal vez es mejor para él.

Berenguer: ¿Qué dices, querido amigo? Cómo puedes pensar...

Juan: Todo te parece mal. ¡Porque le da placer coinvertirse en rinoceronte, porque le da placer! No hay nada extraordinario en eso.

Berenguer: Evidentemente no hay nada extraordinario en eso. Sin embargo, dudo de que le dé tanto placer.

Juan: ¿Y por qué?

Berenguer: Es difícil decir por qué. Se comprende.

Juan: ¡Te digo que no es tan malo! Después de todo, los rinocerontes son criaturas igual que nosotros, que tienen tanto derecho a la vida como nosotros.

Berenguer: A condición de que no destruyan la nuestra. ¿Te das cuenta de la diferencia de mentalidad?

Juan (*yendo y viniendo por la pieza, entrando y saliendo del baño*): ¿Piensas que la nuestra es preferible?

Berenguer: De todos modos, nosotros tenemos nuestra propia moral que juzgo incompatible con la de los animales.

Juan: ¡La moral! Hablemos de la moral. ¡Estoy harto de la moral! Qué linda es la moral. Hay que ir más allá de la moral.

Berenguer: ¿Qué pondrías en su lugar?

Juan (*siempre yendo y viniendo*): ¡La naturaleza!

Berenguer: ¿La naturaleza?

Juan (*siempre yendo y viniendo*): La naturaleza tiene sus leyes. La moral es antinatural.

Berenguer: ¡Si te comprendo bien, quieres reemplazar la ley moral por la ley de la selva!

Juan: En ella viviré, en ella viviré.

Berenguer: Eso se dice. Pero en el fondo, nadie...

Juan (*interrumpiéndolo y yendo y viniendo*): Hay que reconstruir los fundamentos de nuestra vida. Hay que volver a la integridad primordial.

Berenguer: No estoy para nada de acuerdo contigo.

Juan (*resoplando ruidosamente*): Quiero respirar.

Berenguer: Reflexiona, veamos, tú te das perfecta cuenta de que tenemos una filosofía que esos animales no tienen, un sistema de valores irremplazable. ¡Siglos de civilización humana lo construyeron!...

Juan (*siempre en el cuarto de baño*): Derribemos todo eso, nos irá mucho mejor.

Berenguer: No te tomo en serio. Estás bromeando, haces poesía.

Juan: Brrr...

(*Casi da un berrido*).

Berenguer: No sabía que eras poeta.

Juan (*sale del baño*): Brrr...

(*Vuelve a barritar*).

Berenguer: Te conozco demasiado bien como para creer que ese es tu pensamiento profundo. Porque, lo sabes tan bien como yo, el hombre...

Juan (*interrumpiéndolo*): El hombre... ¡No pronuncies más esa palabra!

Berenguer: Quiero decir el ser humano, el humanismo...

Juan: ¡El humanismo está perimido! Eres un viejo sentimental ridículo.

(*Entra en el baño*).

Berenguer: En fin, de todos modos, el espíritu...

Juan *(en el baño)*: ¡Clisés! Me dices puras tonterías.

Berenguer: ¡Tonterías!

Juan *(desde el baño, con una voz muy ronca difícilmente comprensible)*: Absolutamente.

Berenguer: ¡Me deja estupefacto oírte decir eso, mi querido Juan! ¿Estás perdiendo la cabeza? En fin, ¿te gustaría ser rinoceronte?

Juan: ¿Por qué no? No tengo tus prejuicios.

Berenguer: Habla con más claridad. No te entiendo. Estás articulando mal.

Juan *(siempre desde el cuarto de baño)*: ¡Abre tus orejas!

Berenguer: ¿Cómo?

Juan: Abre tus orejas. He dicho, ¿por qué no ser un rinoceronte? Me encantan los cambios.

Berenguer: Que tales afirmaciones vengan de tu parte...

(Berenguer se interrumpe, porque Juan ha hecho una aparición aterradora. En efecto, Juan se ha vuelto completamente verde. El chichón de su frente casi se ha vuelto un cuerno de rinoceronte). Oh, ¡parece que verdaderamente pierdes la cabeza! (Juan se precipita hacia su cama, arroja las colchas al suelo, pronuncia palabras furiosas e incomprensibles, hace oír sonidos insólitos). Pero no te pongas tan furioso, ¡cálmate! No te reconozco.

Juan *(apenas se le entiende)*: Calor... demasiado calor. Derribar todo esto, la ropa, araña, la ropa... araña.

(Deja caer los pantalones de su pijama).

Berenguer: ¿Qué haces? ¡No te reconozco! Tú, siempre tan púdico.

Juan: ¡Los pantanos!, ¡los pantanos!...

Berenguer: ¡Mírame! ¡Parece que ya no me ves! ¡Parece que ya no me oyes!

Juan: ¡Te oigo de lo más bien! ¡Te veo de lo más bien!

(Se abalanza hacia Berenguer con la cabeza baja. Este se aparta).

Berenguer: ¡Cuidado!

Juan *(resoplando ruidosamente)*: ¡Perdón!

(Después se precipita a toda velocidad en el cuarto de baño).

Berenguer *(hace gesto de huir hacia la puerta de la izquierda, después pega media vuelta y entra en el cuarto de baño siguiendo a Juan, mientras dice)*: De todos modos no puedo dejarlo así, es un amigo.

(Desde el cuarto de baño). ¡Voy a llamar al médico! Es indispensable, indispensable, créeme.

Juan *(en el cuarto de baño)*: No.

Berenguer (*en el cuarto de baño*): Sí. ¡Cálmate, Juan! Eres ridículo. ¡Oh! Tu cuerno se alarga a ojos vista... Eres un rinoceronte.

Juan (*en el cuarto de baño*): Te voy a pisotear, te voy a pisotear.

(*Gran ruido en el cuarto de baño, berridos, ruidos de objetos y de un espejo que cae y se rompe; después vemos aparecer a Berenguer aterrado, quien cierra con dificultad la puerta del cuarto de baño, a pesar del empujón en sentido contrario que se adivina*).

Berenguer (*empujando la puerta*): ¡Es un rinoceronte, es un rinoceronte!

(*Berenguer ha logrado cerrar la puerta. El cuerno le ha atravesado la chaqueta. En el momento en el que Berenguer logra cerrar la puerta, el cuerno del rinoceronte la atraviesa. Mientras la puerta se mueve bajo el empuje constante del animal, continúa el escándalo en el cuarto de baño y se oyen berridos mezclados con palabras apenas comprensibles como: "estoy furioso", "cretino", etc. Berenguer se precipita hacia la puerta de la derecha*).

¡Jamás hubiera creído eso de él!

(*Abre la puerta que da a la escalera y va a la otra puerta del palier a la que le dapanetazos*).

¡Tienen un rinoceronte en el edificio! ¡Llamen a la policía!

El viejito (*sacando la cabeza*): ¿Qué le pasa a usted?

Berenguer: Llame a la policía. ¡Tienen un rinoceronte en la casa!...

Voz de la mujer del viejito: ¿Qué pasa, Juan? ¿Por qué haces ruido?

El viejito (*a su mujer*): No sé qué dice. Vio un rinoceronte.

Berenguer: Sí, en la casa. ¡Llame a la policía!

El viejito: ¿Cómo se le ocurre venir a molestar a la gente de esta manera? ¡Vaya qué modales!

(*Le cierra la puerta en las narices*).

Berenguer (*precipitándose por la escalera*): ¡Portera, portera, tienen un rinoceronte en la casa, llamen a la policía! ¡Portera!

(*Vemos que se abre la parte alta de la puerta de la portería; aparece una cabeza de rinoceronte*).

¡Otro más!

(*Berenguer vuelve a subir a toda prisa los peldaños de la escalera. Quiere entrar en el cuarto de Juan, duda, después se dirige nuevamente hacia la puerta del Viejito. En ese momento la puerta del Viejo se abre y aparecen dos cabecitas de rinoceronte*). ¡Dios mío! ¡Cielos!

(*Berenguer entra en el cuarto de Juan mientras la puerta del cuarto de baño sigue sacudiéndose. Berenguer se dirige hacia la ventana, que está indicada por un simple marco, sobre la parte delantera del proscenio, frente al público. Está al término de sus fuerzas, a punto de desfallecer, balbucea*). ¡Ah, Dios mío! ¡Ah, Dios mío!

(*Hace un gran esfuerzo, empieza a trepar la ventana, pasa casi del otro lado, es decir a la sala, y vuelve a subir vivamente, porque en el mismo instante vemos aparecer, desde el foso de orquesta, recorriéndolo a toda velocidad, una gran cantidad de cuernos de rinocerontes*

en fila. Berenguer sube lo más rápido que puede y mira un instante por la ventana). ¡Ahora hay todo un rebaño en calle! ¡Un ejército de rinocerontes baja la cuesta de la avenida!...

(Mira hacia todos los costados). ¡Por dónde salgo, por dónde salgo!... ¡Si al menos se conformaran con el centro de la calle! Desbordan sobre la vereda, ¡por dónde salgo, por dónde salgo!

(Enloquecido, se dirige sucesivamente a todas las puertas y a la ventana, mientras que la puerta del cuarto de baño sigue sacudiéndose y oímos a Juan barritar y proferir injurias incomprensibles. Esto continúa durante unos instantes: cada vez que en sus tentativas desordenadas de huida Berenguer se encuentra delante de la puerta de los Viejos o sobre los peldaños de la escalera, es recibido por cabezas de rinocerontes que barritan y lo hacen recular. Va por última vez hacia la ventana, mira por ella). ¡Todo un rebaño de rinocerontes! ¡Y dicen que es un animal solitario! Es mentira, hay que revisar esa concepción. Han derribado todos los bancos de la avenida.

(Se retuerce las manos). ¿Cómo hago?

(Se dirige de nuevo hacia las diferentes salidas, pero la visión de los rinocerontes le impide tomarlas. Cuando se encuentra de nuevo delante de la puerta del cuarto de baño, esta amenaza con ceder. Berenguer se arroja contra la pared del fondo que cede; se ve la calle al fondo. Huye gritando). ¡Rinocerontes! ¡Rinocerontes!

(Ruidos, la puerta del cuarto de baño está a punto de ceder).

TELÓN

Acto III

Escenografía

Más o menos la misma planta escénica que en el cuadro precedente. Es el cuarto de Berenguer, que se parece asombrosamente al de Juan. Algunos detalles solamente, uno o dos muebles más indicarán que se trata de otro cuarto. La escalera a la izquierda, el palier. Puerta al fondo del palier. No hay portería. Diván al fondo. Berenguer está tendido sobre su diván, de espaldas al público. Un sillón, una mesita con el teléfono. Una mesa suplementaria, tal vez, y una silla. Una ventana al fondo, abierta. Marco de una ventana en el proscenio. Berenguer está tendido, vestido, en su diván. Tiene la cabeza vendada. Debe detener malos sueños porque se agita dormido.

Berenguer: No.

(Pausa).

¡Los cuernos, cuidado con los cuernos!

(Pausa. Se oyen los ruidos de una cantidad bastante grande de rinocerontes que pasan bajo la ventana del fondo).

¡No!

(Cae al suelo, debatiéndose contra lo que ve ensueños y se despierta. Se pone la mano sobre la frente, con cara de susto, después se dirige hacia el espejo, levanta su vendaje mientras que los ruidos se alejan. Da un suspiro de alivio porque se da cuenta de que no tiene un chichón. Duda, va hacia el diván, se tiende pero se levanta de inmediato. Se dirige hacia la mesa de donde toma una botella de coñac y una copa, hace gesto de servirse para beber. Después, tras un corto debate mudo, pone de nuevo la botella y el vaso en su lugar).

¡Voluntad, voluntad!

(Quiere dirigirse una vez más hacia su diván pero se oye de nuevo la corrida de rinocerontes bajo la ventana del fondo. Berenguer se pone la mano sobre el corazón).

¡Oh!

(Se dirige hacia la ventana del fondo, mira un instante, después, enervado, cierra la ventana del fondo. Los ruidos cesan, Berenguer se dirige hacia la mesita, duda un instante, después, con un gesto que significa: "tanto peor", se sirve una gran copa de coñac que bebe de un trago. Vuelve a poner la botella y la copa en su lugar. Tose. Su propia tos parece inquietarlo, tose de nuevo y se escucha toser. Se vuelve a mirar un segundo en el espejo, tosiendo, abre la ventana, los resoplidos de los animales se oyen más fuerte, tose de nuevo). No. ¡No es lo mismo!

(Se calma, cierra la ventana, se tantea la frente por debajo del vendaje, va hacia el diván, parece dormirse. Vemos a Dudard subir los últimos peldaños de la escalera, llegar al palier y golpear la puerta de Berenguer).

Berenguer (sobresaltado): ¿Qué ocurre?

Dudard: Vine a verlo, Berenguer, vine a verlo.

Berenguer: ¿Quién es?

Dudard: Soy yo, soy yo.

Berenguer: ¿Yo quién?

Dudard: Yo, Dudard.

Berenguer: Ah, es usted, entre.

Dudard: ¿No lo molesto?

(Intenta abrir). La puerta está cerrada.

Berenguer: Un segundo. ¡Ay, ay, ay! (Va a abrir, Dudard entra).

Dudard: Buenos días, Berenguer.

Berenguer: Buenos días, Dudard, ¿qué hora es?

Dudard: Así que siempre aquí, encerrado en su casa. ¿Anda mejor, mi querido?

Berenguer: Discúlpeme, no reconocía su voz.

(Berenguer va a abrir la ventana). Sí, sí, ando un poco mejor, espero.

Dudard: Mi voz no cambió. Yo reconocí en seguida la suya.

Berenguer: Discúlpeme, me había parecido... en efecto, su voz es la misma. Mi voz tampoco ha cambiado, ¿no es cierto?

Dudard: ¿Por qué habría de cambiar?

Berenguer: ¿No estoy un poco... un poco ronco?

Dudard: No me da para nada esa impresión.

Berenguer: Tanto mejor. Me tranquiliza.

Dudard: ¿Qué le pasa?

Berenguer: No sé, uno nunca sabe. Una voz puede cambiar, eso ocurre, ¡ay!

Dudard: ¿Se habrá pescado un enfriamiento?

Berenguer: Espero que no, pero siéntese, Dudard, instálese. Siéntese en el sillón.

Dudard (*instalándose en el sillón*): ¿Sigue sin sentirse bien? ¿Sigue con dolor de cabeza?

(*Señala el vendaje de Berenguer*).

Berenguer: Y sí, me sigue doliendo la cabeza. Pero no tengo un chichón, no me he golpeado... ¿no es cierto? (*Se levanta el vendaje, le muestra la frente a Dudard*).

Dudard: No, no tiene un chichón. No lo veo.

Berenguer: Espero no tenerlo jamás. Jamás.

Dudard: Si no se golpea, ¿cómo va a tenerlo?

Berenguer: Si uno verdaderamente no se quiere golpear, no se golpea.

Dudard: Evidentemente. Se trata de poner atención. ¿Qué es lo que le pasa entonces? Está nervioso, agitado. Sin duda es a causa de su jaqueca. No se mueva más, le va a doler menos.

Berenguer: ¿Una jaqueca? ¡Yo no hablo de jaquecas! No me hable de eso.

Dudard: Es comprensible que tenga una jaqueca después de la emoción.

Berenguer: Me cuesta reponerme.

Dudard: Entonces no tiene nada de extraordinario que le duela la cabeza.

Berenguer (*precipitándose delante del espejo, levantándose el vendaje*): No, nada... Sabe, es así como puede comenzar.

Dudard: ¿Qué puede comenzar?

Berenguer: Tengo miedo de convertirme en otro.

Dudard: Tranquilícese, vamos, siéntese. Recorrer la pieza de un extremo al otro sólo va a enervarlo más.

Berenguer: Sí, tiene razón. Calma.

(Va a sentarse). No salgo de mi asombro, sabe.

Dudard: Por lo de Juan, ya lo sé.

Berenguer: Sí, por lo de Juan, sin duda, pero por lo de los otros también.

Dudard: Comprendo que le haya resultado chocante.

Berenguer: ¡Es lo mínimo que se puede sentir, usted lo admite!

Dudard: En fin, de todos modos, no hay que exagerar, no es motivo para que lo haga.

Berenguer: Hubiera querido verlo a usted. Juan era mi mejor amigo. ¡Y esa transformación que se produjo ante mis ojos, esa furia!

Dudard: De acuerdo. Se sintió decepcionado, se entiende. No piense más en eso.

Berenguer: ¡Cómo podría no pensar en eso! Ese muchacho tan humano, un gran defensor del humanismo. ¡Quién lo hubiera creído! ¡Él, él! Nos conocíamos desde hacía... desde siempre. Jamás hubiera pensado que evolucionaría de esa forma. ¡Estaba más seguro de él que de mí mismo!... Hacerme eso, a mí.

Dudard: ¡Seguro que no estuvo dirigido especialmente contra usted!

Berenguer: Sin embargo lo parecía. Si usted hubiera visto en qué estado... la expresión de su cara...

Dudard: Es porque usted se encontraba por casualidad en su casa. Con cualquier otro hubiera pasado de la misma forma.

Berenguer: Delante de mí, dado nuestro pasado común, podría haberse contenido.

Dudard: Usted se cree el centro del mundo, cree que todo lo que ocurre le concierne personalmente ¡Usted no es el blanco universal!

Berenguer: Tal vez sea así. Voy a intentar entrar en razón. Sin embargo el fenómeno en sí es inquietante. A decir verdad, me trastorna. ¿Cómo explicarlo?

Dudard: Por ahora, todavía no he encontrado una explicación satisfactoria. Compruebo los hechos, los registro. Existe, por lo tanto, debe poder explicarse. Curiosidades de la naturaleza, rarezas, extravagancias, un juego, ¿quién sabe?

Berenguer: Juan era muy orgulloso. Yo no tengo ambición. Me contento con lo que soy.

Dudard: A lo mejor él amaba el aire puro, el campo, el espacio... tal vez tenía necesidad de distenderse. No digo eso para disculparlo...

Berenguer: Lo comprendo a usted, en fin, intento hacerlo. Sin embargo, incluso si me acusaran de no tener espíritu deportivo o de ser un pequeño burgués fijado en su universo cerrado, me quedaría en mi posición.

Dudard: Nosotros seguiremos siendo los mismos, seguro. ¿Entonces por qué se inquieta por algunos casos de rinoceritis? También puede ser una enfermedad.

Berenguer: Justamente, tengo miedo del contagio.

Dudard: ¡Oh! No piense más en eso. En serio, le atribuye demasiada importancia al asunto. El ejemplo de Juan no es sintomático, no es representativo, usted mismo dijo que Juan era orgulloso. En mi opinión, discúlpenme por hablar mal de su amigo, era un excitado, un poco salvaje, un excéntrico. No se deben tomar en consideración las personas originales. Es la media lo que cuenta.

Berenguer: Así se aclara la cuestión. Ve usted, antes no podía explicar el fenómeno. Y bien, pues ahora acaba de darme una explicación plausible. Sí, para haberse puesto en ese estado, sin duda debió tener una crisis, un acceso de locura... Y sin embargo, tenía argumentos, parecía haber reflexionado sobre la cuestión, haber madurado su decisión... Pero Boeuf, Boeuf, ¿también él estaba loco?... ¿y los otros, los otros?...

Dudard: Queda la hipótesis de la epidemia. Es como la gripe. Antes se han visto epidemias.

Berenguer: Aquellas nunca se parecieron a esta. ¿Y si viniera de las colonias?

Dudard: En todo caso, no puede pretender que Boeuf y los otros hicieron lo que hicieron o se convirtieron en lo que se convirtieron a propósito para molestarlo a usted. No se habrían tomado ese trabajo.

Berenguer: Es cierto, es sensato lo que usted dice, es una palabra tranquilizadora... o tal vez, al contrario, ¿será todavía más grave?

(Se oye a los rinocerontes galopar debajo de la ventana del fondo).

Fíjese, ¿oye?

(Se precipita hacia la ventana).

Dudard: ¡Déjelos tranquilos! *(Berenguer vuelve a cerrar la ventana)*. ¿En qué lo molestan? Verdaderamente, lo obsesionan. Eso no está bien. Se agota desde el punto de vista nervioso. Tuvo una conmoción, entendido. No busque otras. Ahora, empéñese simplemente en restablecerse.

Berenguer: Me pregunto si estoy bien inmunizado.

Dudard: De todos modos, no es una enfermedad mortal. Hay enfermedades que son sanas. Estoy convencido de que uno se cura si quiere. Ya se les pasará.

Berenguer: ¡Seguro que eso debe de dejar rastros! Semejante desequilibrio orgánico no puede no dejar...

Dudard: Es pasajero, no se preocupe.

Berenguer: ¿Está convencido?

Dudard: Eso creo, sí, lo supongo.

Berenguer: ¡Pero si uno verdaderamente no quiere, no es cierto, si uno verdaderamente no quiere pescarse esa afección, que es una afección nerviosa, no se la pesca, no se la pesca!... ¿Quiere una copa de coñac?

(Se dirige hacia la mesa donde se encuentra la botella).

Dudard: No se moleste, no voy a beber, gracias. Pero no le dé importancia, si usted quiere beber, adelante, no se prive por mí, pero cuidado, después le va a doler más la cabeza.

Berenguer: El alcohol es bueno contra las epidemias. Inmuniza. Por ejemplo, mata los microbios de la gripe.

Dudard: A lo mejor no mata a todos los microbios de todas las enfermedades. En el caso de la rinoceritis, todavía no podemos saberlo.

Berenguer: Juan no bebía nunca alcohol. Lo proclamaba. Quizás por eso él... tal vez sea eso lo que explique su actitud.

(Le tiende una copa llena a Dudard). ¿De veras que no quiere?

Dudard: No, no, nunca antes del almuerzo. Gracias.

(Berenguer vacía su copa, la sigue teniendo en la mano al igual que la botella, tose).

Dudard: Ve, ve, no lo soporta. Lo hace toser.

Berenguer *(inquieto)*: Sí, me hace toser. ¿Cómo tosi?

Dudard: Como todo el mundo cuando bebe algo un poco fuerte.

Berenguer *(yendo a depositar la copa y la botella sobre la mesa)*: ¿No era una tos extraña? ¿Era una verdadera tos humana?

Dudard: ¿Qué está buscando? Era una tos humana. ¿Qué otro tipo de tos podría haber sido?

Berenguer: No sé... Una tos de animal, tal vez... ¿Tosen los rinocerontes?

Dudard: Vamos, Berenguer, es usted ridículo, se inventa problemas, plantea preguntas sin sentido... Le recuerdo que usted mismo afirmaba que la mejor manera de defenderse contra esta cosa es teniendo voluntad.

Berenguer: Claro que sí.

Dudard: Y bien, demuestre que la tiene.

Berenguer: Le aseguro que tengo...

Dudard: ...Demuéstrelo a usted mismo, vamos, no beba más coñac... estará más seguro de usted.

Berenguer: No quiere comprenderme. Le repito que bebo simplemente porque me preserva de contraer cosas peores, sí, es algo calculado. Cuando se acabe la epidemia, no beberé más. Ya había tomado esa decisión antes de los acontecimientos. ¡La retraso provisoriamente!

Dudard: Usted se pone excusas.

Berenguer: ¿Ah sí, eso cree?... En todo caso, no tiene nada que ver con lo que ocurre.

Dudard: No se puede saber.

Berenguer *(asustado)*: ¿Lo piensa de verdad? ¡Cree que beber prepara el terreno! Yo no soy alcohólico.

(Se dirige hacia el espejo; se observa). Acaso por casualidad...

(Pone la mano sobre su rostro, tantea su frente por debajo del vendaje). Nada cambió, no me ha hecho mal, eso demuestra que es bueno... o al menos que es inofensivo.

Dudard: Bromeaba, Berenguer, vamos. Lo decía para hacerlo rabiar. Usted ve todo negro, va a volverse neurasténico, cuidado. Cuando se haya restablecido totalmente de su conmoción, de su depresión y pueda salir, tomar un poco de aire, andará mejor, ya va a ver. Sus ideas sombrías se desvanecerán.

Berenguer: ¿Salir? Habrá que hacerlo. Me da miedo pensar en ese momento. Seguro que voy a encontrar...

Dudard: ¿Y qué? Sólo tiene que evitar ponerse en su camino. No son tantos, por otra parte.

Berenguer: Sólo veo a ellos. Va a decir que es morboso de mi parte.

Dudard: No lo atacarán. Si uno los deja tranquilos, lo ignoran. En el fondo, no son malos. Incluso entre ellos hay una cierta inocencia natural, sí; candor. Por otra parte, yo mismo recorrí a pie toda la avenida para venir a su casa. Como ve, estoy sano y salvo, no tuve ningún contratiempo.

Berenguer: Sólo verlos me trastorna. Es nervioso. No me pongo furioso, no, uno no debe ponerse furioso, porque la furia puede llevar lejos y yo me preservo, pero me produce algo aquí (*muestra su corazón*), me aprieta el corazón.

Dudard: Hasta un cierto punto, tiene razón de estar impresionado. Sin embargo, lo está demasiado. Le falta humor, ese es su defecto, le falta humor. Hay que tomar las cosas a la ligera, con distancia.

Berenguer: Me siento solidario con todo lo que ocurre. Tomo parte, no puedo mantenerme indiferente.

Dudard: No juzgue a los otros si no quiere ser juzgado. Y además, si uno se preocupara por todo lo que pasa, no podría vivir.

Berenguer: Si esto hubiera ocurrido en otra parte, en otro país, y nos hubiéramos enterado por los diarios, podríamos discutir apaciblemente el asunto, estudiar la cuestión en todas sus facetas, sacar conclusiones objetivas. Se organizarían debates académicos, se haría venir a sabios, a escritores, a hombres de leyes, a mujeres sabias, a artistas. También a hombres de la calle, sería interesante, apasionante, instructivo. Pero cuando uno mismo queda preso en el acontecimiento, cuando de golpe a uno lo ponen delante de la realidad brutal de los hechos, es imposible no sentirse directamente implicado, uno se siente sorprendido con demasiada violencia como para conservar toda su sangre fría. ¡Yo, estoy sorprendido, estoy sorprendido, estoy sorprendido! No salgo de mi asombro.

Dudard: Yo también he estado sorprendido, como usted. O más bien lo estuve. Ya empiezo a acostumbrarme.

Berenguer: Usted tiene un sistema nervioso más equilibrado que el mío. Lo felicito. Pero no le parece que es una desgracia...

Dudard (*interrumpiéndolo*): Por cierto no digo que sea un bien. Y no crea que en el fondo tomo partido por los rinocerontes...

(Nuevos ruidos de rinocerontes pasando, esta vez, debajo del marco de la ventana del proscenio).

Berenguer (*sobresaltándose*): ¡Ahí están de vuelta! ¡Ahí están de vuelta! ¡Ah!, no, nada que hacer, yo no puedo acostumbrarme. Tal vez esté equivocado. Me preocupan tanto a pesar de mí mismo que me impiden dormir. Tengo insomnio. Me adormilo durante el día, cuando estoy muerto de cansancio.

Dudard: Tome somníferos.

Berenguer: Eso no es una solución. Si duermo, es peor. De noche sueño, tengo pesadillas.

Dudard: Eso es lo que pasa por tomarse las cosas muy a pecho. A usted bien que le gusta torturarse. Confíeselo.

Berenguer: Le juro que no soy masoquista.

Dudard: Entonces asimile el asunto y supérela. Dado que es así no puede ser de otra manera.

Berenguer: Eso es fatalismo.

Dudard: Es sabiduría. Cuando se produce un fenómeno semejante, sin duda tiene un motivo para producirse. Ese motivo es lo que hay que discernir.

Berenguer (*levantándose*): Y bueno, yo no quiero aceptar esta situación.

Dudard: ¿Qué puede hacer? ¿Qué se propone hacer?

Berenguer: Por ahora, no sé. Reflexionaré. Enviaré cartas a los diarios, escribiré manifiestos, solicitaré una audiencia con el alcalde o con su adjunto si el alcalde está demasiado ocupado.

Dudard: ¡Deje que las autoridades reaccionen por sí mismas! Después de todo, me pregunto si, moralmente, tiene derecho a mezclarse en el asunto. Por otra parte, sigo pensando que no es grave. En mi opinión, es absurdo enloquecerse por algunas personas que han querido cambiar de piel. No se sentían bien en la propia. Son libres de hacerlo, eso les compete.

Berenguer: Hay que cortar el mal de raíz.

Dudard: ¡El mal, el mal! ¡Palabra vacía! ¿Podemos saber dónde está el mal y dónde está el bien? Tenemos preferencias, evidentemente. Usted teme sobre todo por usted mismo. Esa es la verdad, pero usted no se convertirá jamás en rinoceronte, de veras... usted no tiene vocación.

Berenguer: ¡Y así estamos, y así estamos! Si los dirigentes y nuestros conciudadanos piensan como usted, no se decidirán a actuar.

Dudard: De todos modos no va a pedir ayuda al extranjero. Este es un asunto interno, concierne únicamente a nuestro país.

Berenguer: Creo en la solidaridad internacional...

Dudard: ¡Usted es un Quijote! ¡Ah! no lo digo con mala intención, no quiero ofenderlo. Es por su bien, usted lo sabe, porque, decididamente, debe calmarse.

Berenguer: No lo dudo, discúlpeme. Soy demasiado ansioso. Me corregiré. Me disculpo también por retenerlo, por obligarlo a escuchar mis divagaciones. Sin duda usted tiene trabajo. ¿Recibió mi pedido de licencia por enfermedad?

Dudard: No se preocupe. Es una orden. Por otra parte, la oficina no ha retomado su actividad.

Berenguer: ¿Todavía no repararon la escalera? ¡Qué negligencia! Por eso todo anda mal.

Dudard: Están reparándola. No va rápido. No es fácil encontrar obreros. Vienen, los contratan, trabajan uno o dos días y después se van. No se los ve más. Hay que buscar otros.

Berenguer: ¡Y se quejan de la falta de trabajo! Espero que al menos tengamos una escalera de cemento.

Dudard: No, de madera, como siempre, pero de madera nueva.

Berenguer: ¡Ah!, la rutina de las administraciones. Derrochan dinero y cuando se trata de un gasto útil, pretenden que no hay fondos suficientes. El señor Papillon no ha de estar nada contento. Le importaba mucho su escalera de cemento. ¿Qué piensa de esto?

Dudard: No tenemos más jefe. El señor Papillon presentó su renuncia.

Berenguer: ¡No es posible!

Dudard: Como se lo digo.

Berenguer: Me asombra... ¿Es a raíz de esta historia de la escalera?

Dudard: No me parece. En todo caso, no es el motivo que dio.

Berenguer: ¿Entonces por qué? ¿Qué idea se le cruzó?

Dudard: Quiere retirarse al campo.

Berenguer: ¿Se va a jubilar? Sin embargo no tiene edad, todavía podría llegar a director.

Dudard: Renunció. Adujo que tenía necesidad de descanso.

Berenguer: La Dirección general estará muy preocupada de no contar más con él, habrá que reemplazarlo. Mejor para usted, con sus diplomas tiene la posibilidad.

Dudard: Para no ocultarle nada... es bastante gracioso: se convirtió en rinoceronte.

(Ruidos lejanos de rinocerontes).

Berenguer: ¡Rinoceronte! ¡El señor Papillon se convirtió en rinoceronte! ¡Ah! ¡Cómo es posible! ¡Cómo es posible!... ¡A mí no me parece gracioso! ¿Por qué no me lo dijo antes?

Dudard: Ve que usted no tiene humor. No se lo quería decir... no se lo quería decir porque, como lo conozco, sabía que no lo encontraría gracioso y que sería un golpe para usted. ¡Con lo impresionable que es!

Berenguer *(levantando los brazos al cielo)*: ¡Ah!, esto, ¡ah!, esto... ¡El señor Papillon!... Y tenía una situación tan buena.

Dudard: De todos modos eso prueba la sinceridad de su metamorfosis.

Berenguer: No debe de haberlo hecho a propósito, estoy convencido de que se trata de un cambio involuntario.

Dudard: ¿Qué sabemos nosotros? Es difícil conocer los motivos secretos de las decisiones de la gente.

Berenguer: Debe ser un acto fallido. Tenía complejos ocultos. Tendría que haberse hecho psicoanalizar.

Dudard: Incluso si es una transferencia puede ser revelador. Cada uno encuentra la sublimación que puede.

Berenguer: Se dejó arrastrar, estoy seguro.

Dudard: ¡Eso puede pasarle a cualquiera!

Berenguer (*asustado*): ¿A cualquiera? ¡Ah!, no, a usted no, ¿no es cierto?, a usted no. ¡A mí no!

Dudard: Espero.

Berenguer: Porque no queremos... no es cierto... no es cierto... dígame, ¿no es cierto?, ¿no es cierto?

Dudard. Pero sí, pero sí...

Berenguer (*calmándose un poco*): De todos modos, hubiera creído que el señor Papillon tendría la fuerza necesaria para resistir mejor. Creía que tenía un poco más de carácter... Más aún cuando no veo cuál es su interés, su interés material, su interés moral...

Dudard: Su gesto es desinteresado. Es evidente.

Berenguer: Por cierto. Es una circunstancia atenuante... ¿o agravante? Más bien agravante, me parece, porque si lo hizo por gusto... Sabe, estoy convencido de que Botard ha debido juzgar su comportamiento con severidad; ¿qué piensa él de eso, qué piensa de su jefe?

Dudard: El pobre señor Botard, estaba indignado, irritado. Nunca vi a alguien más exasperado.

Berenguer: Y bien, esta vez no le niego razón. ¡Ah! Botard de todos modos es alguien. Un hombre sensato. Y yo que lo juzgaba mal.

Dudard: Él también lo juzgaba mal a usted.

Berenguer: Eso prueba mi objetividad en el asunto actual. Por otra parte, usted mismo tenía mala opinión de él.

Dudard: Mala opinión... no es la palabra. Debo decir que a menudo no estaba de acuerdo con él. Su escepticismo, su incredulidad, su desconfianza me desagradaban. Esta vez tampoco le he dado toda mi aprobación.

Berenguer: Ahora por razones opuestas.

Dudard: No. No es exactamente eso, mi razonamiento, mi juicio de todos modos es un poco más matizado de lo que usted parece creer. Es porque de hecho Botard no tenía argumentos precisos y objetivos. Le repito que tampoco apruebo a los rinocerontes, no, para nada, no piense eso. Solamente que la actitud de Botard era como siempre demasiado apasionada y por lo tanto simplista. Su toma de posición me parece únicamente dictada por el odio a sus superiores. Por lo tanto, complejo de inferioridad, resentimiento. Y además, habla con clisés, los lugares comunes no me conmueven.

Berenguer: Y bien, esta vez estoy totalmente de acuerdo con Botard, no se disguste. Es un buen tipo. Eso es.

Dudard: No lo niego, pero eso no quiere decir nada.

Berenguer: Sí, ¡un buen tipo! No se encuentran a menudo buenos tipos y que no estén en las nubes. Un buen tipo con los cuatro pies sobre la tierra, perdón, los dos pies quiero decir. Me alegra estar perfectamente de acuerdo con él. Cuando lo vea, lo felicitaré. Condeno al señor Papillon. Tenía el deber de no sucumbir.

Dudard: ¡Qué intolerante es usted! A lo mejor Papillon sintió la necesidad de un desahogo después de tantos años de vida sedentaria.

Berenguer (*irónico*): ¡Usted es demasiado tolerante, demasiado amplio de espíritu!

Dudard: Mi querido Berenguer, siempre hay que intentar comprender. Y cuando se quiere comprender un fenómeno y sus efectos, hay que remontarse hasta sus causas por medio de un esfuerzo intelectual honesto. Pero hay que intentar hacerlo, porque somos seres pensantes. Yo no lo he logrado, no sé si lo lograré. De todos modos, debemos tener, de entrada, un prejuicio favorable o si no, al menos, una neutralidad, una apertura de espíritu que es lo propio de la mentalidad científica. Todo es lógico. Comprender es justificar.

Berenguer: Pronto se va a convertir en un simpatizante de los rinocerontes.

Dudard: Pero no, pero no. No llegaré a eso. Soy simplemente alguien que trata de ver las cosas de frente, friamente. Quiero ser realista. Me dije también que no hay verdaderos vicios en lo que es natural. Pobre del que ve vicios por todas partes. Es propio de los inquisidores.

Berenguer: ¿A usted le parece que es natural?

Dudard: ¿Qué más natural que un rinoceronte?

Berenguer: Sí, pero un hombre que se convierte en rinoceronte es indiscutiblemente anormal.

Dudard: ¡Oh!, ¡indiscutiblemente!... sabe usted...

Berenguer: ¡Sí, indiscutiblemente anormal, absolutamente anormal!

Dudard: Usted me parece muy seguro de sí mismo. ¿Podemos saber dónde termina lo normal y dónde comienza lo anormal? ¿Puede usted definir esas nociones: normalidad, anormalidad? Filosófica y médicamente, nadie ha podido resolver el problema. Debería estar al corriente de la cuestión.

Berenguer: A lo mejor no podemos zanjar filosóficamente esta cuestión. Pero prácticamente, es fácil. Nos demuestran que el movimiento no existe... y uno camina, camina, camina...

(Se pone a caminar de un extremo al otro de la pieza).

...camina o se dice a sí mismo, como Galileo: "Eppur si muove...".

Dudard: ¡Usted se hace una mezcolanza en la cabeza! Veamos, no confunda. En el caso de Galileo era lo contrario: el pensamiento teórico y científico es el que tenía razón frente al sentido común y el dogmatismo.

Berenguer (*perdido*): ¡Qué son estas historias! ¡El sentido común, el dogmatismo, palabras, palabras! A lo mejor mezcló todo en mi cabeza, pero usted la pierde. Ya no sabelo que es normal y lo que no lo es. Usted me abrumba con su Galileo... Me río de Galileo.

Dudard: Fue usted quien lo citó y quien planteó la cuestión, pretendiendo que la práctica siempre tenía la última palabra. Tal vez la tiene, pero cuando procede de la teoría. La historia del pensamiento y de la ciencia bien que lo prueban.

Berenguer (*cada vez más furioso*): ¡Eso no prueba nada de nada! ¡Es un galimatías, es una locura!

Dudard: Habría que saber qué es la locura...

Berenguer: ¡La locura es la locura, tome! ¡La locura es la locura y punto! Todo el mundo sabe qué es la locura. Y los rinocerontes, ¿son práctica o son teoría?

Dudard: La una y la otra.

Berenguer: ¡Cómo la una y la otra!

Dudard: La una y la otra o la una o la otra. ¡Hay que discutirlo!

Berenguer: Entonces, yo... ¡me niego a pensar!

Dudard: Usted se pone fuera de sí. No tenemos en absoluto las mismas opiniones, discutamos apaciblemente, entonces. Se debe discutir.

Berenguer (*enloquecido*): ¿Usted cree que estoy fuera de mí? Se diría que soy Juan. ¡Ah!, no, no, no quiero volverme como Juan. ¡Ah!, no, no quiero parecerme a él. (*Se calma*).

La filosofía no es mi fuerte. No he hecho estudios, usted tiene diplomas. Por eso está más cómodo en la discusión, yo no sé qué responder, soy torpe.

(*Ruidos más fuertes de rinocerontes que pasan primero bajo la ventana del fondo, después bajo la ventana de adelante*). Pero siento que usted está equivocado... lo siento instintivamente o más bien no, el rinoceronte es el que tiene instinto, yo lo siento intuitivamente, esa es la palabra, intuitivamente.

Dudard: ¿Qué entiende usted por intuitivamente?

Berenguer: Intuitivamente quiere decir: ...¡eso y punto! Siento, porque sí, que su tolerancia excesiva, su indulgencia generosa... en realidad, créame, es debilidad... ceguera...

Dudard: Usted es quien lo pretende, ingenuamente.

Berenguer: Conmigo, usted siempre ganaría. Pero escuche, voy a intentar encontrar al Lógico...

Dudard: ¿Qué lógico?

Berenguer: El Lógico, el filósofo, un lógico que... usted sabe mejor que yo lo que es un lógico. Un lógico que conocía, que me explicó...

Dudard: ¿Qué le explicó?

Berenguer: Explicó que los rinocerontes asiáticos eran africanos y que los rinocerontes africanos eran asiáticos.

Dudard: Me cuesta captarlo.

Berenguer: No... No. Nos demostró lo contrario, es decir, que los africanos eran asiáticos y que los asiáticos... yo me entiendo. No es eso lo que quería decir. En fin, usted se entenderá bien con él. Es uno de su clase, un hombre de bien, un intelectual sutil, erudito.

(Ruidos crecientes de rinocerontes. Las palabras de los dos personajes quedan cubiertas por los ruidos de los animales que pasan bajo las dos ventanas; durante un breve instante, vemos moverse los labios de Dudard y Berenguer sin que podamos oírlos). ¡De vuelta ellos! ¡Ah!, ¡no terminará nunca!

(Corre a la ventana del fondo). ¡Basta! ¡Basta! ¡Cretinos!

(Los rinocerontes se alejan. Berenguer sacude el puño en dirección a ellos).

Dudard *(sentado)*: Me gustaría conocer a su lógico. Si quiere esclarecerme sobre esos puntos delicados, delicados y oscuros... A fe mía, no pido otra cosa.

Berenguer *(corriendo a la ventana del proscenio)*: Sí, se lo traeré, hablará con usted. Ya verá, es una personalidad distinguida.

(En dirección a los rinocerontes, en la ventana). ¡Cretinos!

(Las mismas amenazas que hace un momento).

Dudard: Déjelos correr. Y sea más educado. No se les habla de esa forma a esas criaturas...

Berenguer *(siempre en la ventana)*: ¡Ahí están de vuelta!

(Del foso de orquesta, bajo la ventana, se ve emerger un sombrero de paja atravesado por un cuerno de rinoceronte que, desde la izquierda, desaparece muy rápidamente hacia la derecha). ¡Un sombrero de paja empalado en el cuerno del rinoceronte! ¡Ay!, ¡es el sombrero del Lógico! ¡El sombrero del Lógico! ¡Mil veces mierda, el Lógico se convirtió en rinoceronte!

Dudard: ¡No es motivo para ser grosero!

Berenguer: ¡En quién confiar, Dios mío, en quien confiar! ¡El Lógico es un rinoceronte!

Dudard *(yendo hacia la ventana)*: ¿Dónde está?

Berenguer *(mostrando con el dedo)*: ¡Allá, ese, ahí!

Dudard: Es el único rinoceronte con sombrero. Es para quedarse perplejo. ¡Sin duda es su Lógico!

Berenguer: ¡El Lógico... rinoceronte!

Dudard: ¡De todos modos conservó un vestigio de su antigua individualidad!

Berenguer *(sacude de nuevo el puño en dirección del rinoceronte con sombrero que ha desaparecido)*: ¡No lo seguiré! ¡No lo seguiré!

Dudard: Si usted dice que era un pensador auténtico, seguramente no se dejó arrastrar. Habrá pesado el pro y el contra antes de elegir.

Berenguer *(siempre gritando en la ventana en dirección al ex Lógico y a los otros rinocerontes que se han alejado)*: ¡No los seguiré!

Dudard (*instalándose en su sillón*): ¡Sí, eso hace reflexionar!

(*Berenguer cierra la ventana de adelante, se dirige hacia la ventana del fondo, por donde pasan otros rinocerontes que, aparentemente, dan vueltas alrededor de la casa. Abre la ventana, les grita*).

Berenguer: ¡No, no los seguiré!

Dudard (*aparte, en su sillón*): Dan vueltas alrededor de la casa. ¡Juegan! ¡Niños grandes!

(*Desde hace unos instantes se ha podido ver a Daisy subir los últimos peldaños de la escalera, a la izquierda. Golpea la puerta de Berenguer. Lleva una cesta bajo el brazo*).

Golpean, Berenguer, hay alguien.

(*Dudard tira de la manga a Berenguer, que sigue en la ventana*).

Berenguer (*gritando en dirección a los rinocerontes*): ¡Es una vergüenza! ¡Es una vergüenza esta mascarada!

Dudard: Golpean a su puerta, Berenguer, ¿no oye?

Berenguer: ¡Abra si quiere!

(*Sigue mirando a los rinocerontes, cuyos ruidos se alejan, sin decir nada más. Dudard va a abrir la puerta*).

Daisy (*entrando*): Buenos días, señor Dudard.

Dudard: ¡Cómo! ¡Usted señorita Daisy!

Daisy: ¿Está Berenguer? ¿Se encuentra mejor?

Dudard: Buenos días, querida señorita, ¿entonces viene a menudo a casa de Berenguer?

Daisy: ¿Dónde está?

Dudard (*mostrándole con el dedo*): Allí.

Daisy: El pobre no tiene a nadie. También en este momento está algo enfermo, hay que ayudarlo un poco.

Dudard: Usted es una muy buena compañera, señorita Daisy.

Daisy: Pues sí, en efecto soy una buena compañera.

Dudard: Tiene buen corazón.

Daisy: Soy una buena compañera, eso es todo.

Berenguer (*dándose vuelta, deja la ventana abierta*): ¡Oh! ¡Querida señorita Daisy! Qué gentil de su parte haber venido, qué amable que es usted.

Dudard: Eso no se puede negar.

Berenguer: ¡Sabe, señorita Daisy, el Lógico es un rinoceronte!

Daisy: Lo sé, acabo de verlo en la calle, al llegar. ¡Corría muy rápido para alguien de su edad! ¿Está mejor, señor Berenguer?

Berenguer (*a Daisy*): ¡La cabeza, siempre la cabeza! Dolor de cabeza. Es espantoso. ¿Qué parece?

Daisy: Me parece que debe descansar... quedarse en su casa unos días, tranquilamente.

Dudard (*a Berenguer y a Daisy*): ¡Espero no molestarlos!

Berenguer (*a Daisy*): Me refiero al Lógico...

Daisy (*a Dudard*): ¿Por qué nos molestaría? (*A Berenguer*). ¡Ah!, el Lógico. ¡No me parece nada!

Dudard (*a Daisy*): ¿Tal vez estoy de más?

Daisy (*a Berenguer*): ¡Qué quiere que me parezca!

(*A Berenguer y a Dudard*). Tengo una noticia fresca que darles: Botard se convirtió en rinoceronte.

Dudard: ¡Vaya!

Berenguer: ¡No es posible! Estaba en contra. Usted se debe confundir. Había protestado. Dudard acaba de decirlo, hace un instante. ¿No es así, Dudard?

Dudard: Así es.

Daisy: Ya sé que estaba en contra. Sin embargo, igual se convirtió en rinoceronte, veinticuatro horas después de la transformación del señor Papillon.

Dudard: ¡Caramba! ¡Cambió de idea! Todo el mundo tiene derecho a evolucionar.

Berenguer: Pero entonces, entonces puede esperarse todo.

Dudard (*a Berenguer*): Es una buena persona, según lo que usted afirmaba hace un momento.

Berenguer (*a Daisy*): Me cuesta creerle. Le han mentido.

Daisy: Vi cuando lo hacía.

Berenguer: Entonces él es el que mintió, lo hizo fingiendo.

Daisy: Tenía aspecto sincero, la sinceridad misma.

Berenguer: ¿Dio algún motivo?

Daisy: Dijo textualmente: ¡hay que seguir los tiempos! Fueron sus últimas palabras humanas.

Dudard (*a Daisy*): Estaba casi seguro de que iba a encontrarla aquí, señorita Daisy.

Berenguer: ... ¡Seguir los tiempos! ¡Qué mentalidad!

(*Hace un gran ademán*).

Dudard (*a Daisy*): Imposible encontrarla en ninguna otra parte tras el cierre de la oficina.

Berenguer (*continuando, aparte*): ¡Qué ingenuidad!

(El mismo ademán).

Daisy *(a Dudard)*: ¡Si quería verme, no tenía más que llamarme por teléfono!

Dudard *(a Daisy)*: ...¡Oh señorita!, yo soy discreto, discreto.

Berenguer: Y bueno, reflexionando bien, el cambio de opinión de Botard no me asombra. Su firmeza era sólo aparente. Eso no le impide, por cierto, ser o haber sido una buena persona. Las buenas personas hacen buenos rinocerontes. ¡Ay! Como tienen buena fe se los puede engañar.

Daisy: Permítame poner la cesta sobre la mesa.

(Pone la cesta sobre la mesa).

Berenguer: Pero es una buena persona que tenía resentimientos...

Dudard *(a Daisy, esforzándose en ayudarla a poner su cesta)*: Discúlpeme, discúlpenos, tendríamos que haberla ayudado antes.

Berenguer *(continuando)*: ...fue deformado por el odio que les tenía a sus jefes, un complejo de inferioridad...

Dudard *(a Berenguer)*: Su razonamiento es falso, puesto que justamente siguió a su jefe, el instrumento mismo de sus explotadores, según solía decir. Por el contrario, en su caso me parece que el espíritu comunitario se impuso a sus impulsos anárquicos.

Berenguer: Los rinocerontes son anárquicos, puesto que están en minoría.

Dudard: Todavía lo están, por el momento.

Daisy: Es una minoría ya numerosa que va creciendo. Mi primo se convirtió en rinoceronte, y su mujer. Sin contar las personalidades: el cardenal de Retz...

Dudard: ¡Un prelado!

Daisy: Mazarino.

Dudard: Ya va a ver que se extenderá a otros países.

Berenguer: ¡Pensar que el mal viene de nuestra casa!

Daisy: ...Y los aristócratas: el duque de Saint-Simon.

Berenguer *(con los brazos hacia el cielo)*: ¡Nuestros clásicos!

Daisy: Y otros más. Muchos más. Tal vez una cuarta parte de los habitantes de la ciudad.

Berenguer: Todavía somos los más numerosos. Hay que aprovechar. Hay que hacer algo antes de quedar sumergidos.

Dudard: Son muy eficaces, muy eficaces.

Daisy: Por ahora, deberíamos almorzar. Traje algo para comer.

Berenguer: Usted es muy amable, señorita Daisy.

Dudard *(aparte)*: Sí, muy amable.

Berenguer (*a Daisy*): No sé como agradecerse.

Daisy (*a Dudard*): ¿Quiere quedarse con nosotros?

Dudard: No quisiera ser inoportuno.

Daisy (*a Dudard*): ¿Qué dice usted, señor Dudard? Sabe de sobra que nos daría un gusto.

Dudard: Saben que no quiero molestar...

Berenguer (*a Dudard*): Pero claro que sí, Dudard, claro que sí. Su presencia siempre es un placer.

Dudard: Es que estoy un poco apurado. Tengo una cita.

Berenguer: Hace un momento dijo que disponía de todo su tiempo.

Daisy (*sacando las provisiones de la cesta*): Saben, me costó conseguir qué comer. Los almacenes están saqueados: devoran todo. Una cantidad de otras tiendas están cerradas: "A causa de transformación", dicen los carteles.

Berenguer: Deberían ubicarlos en grandes espacios cerrados, imponerles residencias vigiladas.

Dudard: La puesta en práctica de ese proyecto no me parece posible. La Sociedad Protectora de Animales sería la primera en oponerse.

Daisy: Por otra parte, todos tienen un pariente cercano, un amigo entre los rinocerontes, lo que complica más las cosas.

Berenguer: ¡Entonces todo el mundo está en el asunto!

Dudard: Todo el mundo está solo.

Berenguer: ¿Pero cómo se puede ser rinoceronte? ¡Es impensable, impensable!

(*A Daisy*). ¿Quiere que la ayude a poner la mesa?

Daisy (*a Berenguer*): No se moleste. Sé donde están los platos.

(*Va a buscar a un armario, de donde traerá los cubiertos*).

Dudard (*aparte*): ¡Oh!, pero ella conoce muy bien la casa...

Daisy (*a Dudard*): Entonces, tres cubiertos, ¿no?, porque se queda usted con nosotros.

Berenguer (*a Dudard*): Quédese, vamos, quédese.

Daisy (*a Berenguer*): Uno se acostumbra, sabe. Ya nadie se asombra de los rebaños de rinocerontes que recorren las calles a toda velocidad. La gente se aparta ante su paso, después retoma su paseo, va a sus negocios, como si nada pasara.

Dudard: Es lo más sabio.

Berenguer: Ah, no, yo no me puedo acostumbrar.

Dudard (*reflexionando*): Me pregunto si no es una experiencia que valdría la pena intentar.

Daisy: Por ahora, almorcemos.

Berenguer: Cómo, usted, un jurista, puede pretender que...

(Se oye desde afuera el gran ruido de un rebaño de rinocerontes, que van a una cadencia muy rápida. Se oyen también trompetas y tambores). ¿Qué es eso?

(Se precipitan todos hacia la ventana de adelante). ¿Qué es eso?

(Se oye el ruido de una pared que se derrumba. El polvo invade una parte del escenario; los personajes, si es posible, quedan ocultos por el polvo. Se los oye hablar).

Berenguer: No se ve nada, ¿qué pasa?

Dudard: No se ve nada, pero se oye.

Berenguer: ¡No basta!

Daisy: El polvo va a ensuciar los platos.

Berenguer: ¡Qué falta de higiene!

Daisy: Apurémonos a comer. No pensemos más en eso.

(El polvo se dispersa).

Berenguer *(señalando con el dedo hacia la sala):* Derribarón las paredes del cuartel de bomberos.

Dudard: Es cierto, las derribarón.

Daisy *(que se había alejado de la ventana y estaba cerca de la mesa, con un plato en la mano que disponía a limpiar, se precipita hacia los dos personajes):* Salen.

Berenguer: Todos los bomberos, todo un regimiento de rinocerontes con los tambores al frente.

Daisy: ¡Se dirigen a los bulevares!

Berenguer: ¡No se soporta más, no se soporta más!

Daisy: ¡Otros rinocerontes salen de los patios!

Berenguer: Salen de las casas...

Dudard: ¡También por las ventanas!

Daisy: Van a reunirse con los otros.

(Se ve salir de la puerta del palier, a la izquierda, un hombre que desciende las escaleras a toda velocidad; después otro hombre, con un gran cuerno sobre la nariz, después una mujer que tiene toda la cabeza de un rinoceronte).

Dudard: Ya no tenemos la ventaja del número.

Berenguer: ¿Cuántos unicornios, cuántos bicornes hay entre ellos?

Dudard: Seguro que los estadísticos deben de estar trabajando en eso. ¡Qué ocasión de sabias controversias!

Berenguer: El porcentaje de unos y de otros debe calcularse aproximadamente. Va demasiado rápido. No tienen tiempo. ¡Ya no tienen tiempo de calcular!

Daisy: Lo más sensato es dejar a los estadísticos su trabajo. Vamos, mi querido Berenguer, venga a almorzar. Eso lo calmará. Lo va a reanimar.

(A Dudard). Y usted también.

(Se apartan de la ventana. Berenguer, cuyo brazo ha tomado Daisy, se deja arrastrar fácilmente. Dudard se detiene a mitad de camino).

Dudard: No tengo mucha hambre, o más bien, no me gustan tanto las conservas. Tengo ganas de comer sobre el pasto.

Berenguer: No haga eso. ¿Sabe a lo que se arriesga?

Dudard: No quiero molestarlos, en serio.

Berenguer: Pero le hemos dicho que...

Dudard (interrumpiendo a Berenguer): Lo digo con sinceridad.

Daisy (a Dudard): Si está empeñado en dejarnos, mire, no podemos obligarlo a...

Dudard: No es para ofenderlos.

Berenguer (a Daisy): No lo deje partir, no lo deje partir.

Daisy: Bien quisiera que se quedara... sin embargo, cada uno es libre.

Berenguer (a Dudard): ¡El hombre es superior al rinoceronte!

Dudard: No digo lo contrario. Pero tampoco apruebo lo que dice. No sé, es la experiencia que lo prueba.

Berenguer (a Dudard): Usted también es un débil, Dudard. Es un capricho pasajero, que lamentará.

Daisy: Sí, en serio, es un capricho pasajero, el peligro no es grave.

Dudard: ¡Tengo escrúpulos! Mi deber me impone seguir a mis jefes y a mis camaradas, para lo mejor y para lo peor.

Berenguer: No está casado con ellos.

Dudard: Renuncié al matrimonio, prefiero la gran familia universal a la pequeña.

Daisy (sin entusiasmo): Lo extrañaremos mucho, Dudard, pero nada podemos hacer.

Dudard: Mi deber es no abandonarlos, presto oídos a mi deber.

Berenguer: Al contrario, su deber es... usted no conoce su verdadero deber... su deber es oponerse a ellos lúcidamente, firmemente.

Dudard: Conservaré mi lucidez.

(Se pone a dar vueltas en redondo sobre el escenario).

Toda mi lucidez. Si hay cosas que criticar, más vale criticarlas desde dentro que desde fuera. No los abandonaré, no los abandonaré.

Daisy: ¡Tiene buen corazón!

Berenguer: Tiene demasiado buen corazón.

(A Dudard, después precipitándose hacia la puerta). Usted tiene demasiado buen corazón, es humano.

(A Daisy). Reténgalo. Se equivoca. Es humano.

Daisy: ¿Qué puedo hacer?

(Dudard abre la puerta y se va; se lo ve descender la escalera a toda velocidad, seguido por Berenguer, que grita tras él desde lo alto del palier).

Berenguer: Vuelva, Dudard. ¡Lo queremos mucho, no vaya! ¡Demasiado tarde!

(Vuelve a entrar). ¡Demasiado tarde!

Daisy: No se podía hacer nada.

(Daisy cierra la puerta tras Berenguer, quien se precipita hacia la ventana del proscenio).

Berenguer: Se les ha unido, ¿dónde está ahora?

Daisy *(yendo a la ventana)*: Con ellos.

Berenguer: ¿Cuál es?

Daisy: Ya no podemos saberlo. ¡Ya no podemos reconocerlo!

Berenguer: ¡Son todos iguales, todos iguales!

(A Daisy). Él flaqueó. Usted tendría que haberlo retenido a la fuerza.

Daisy: No me atreví.

Berenguer: Tendría que haber sido más firme, tendría que haber insistido, él la quería, ¿no es cierto?

Daisy: Nunca me hizo una declaración oficial.

Berenguer: Todo el mundo lo sabía. Es por despecho amoroso que hizo lo que hizo. ¡Era un tímido! Quiso hacer una acción escandalosa para impresionarla a usted. ¿No está tentada de seguirlo?

Daisy: Para nada. Por algo estoy aquí.

Berenguer *(mirando por la ventana)*: Ya no hay más que ellos por las calles.

(Se precipita hacia la ventana del fondo). ¡Ya no hay más que ellos! Usted se ha equivocado, Daisy.

(Mira de nuevo por la ventana de adelante). Hasta donde alcanza la vista, ni un ser humano. Tienen la calle. Unicornios, bicornes, mitad y mitad, ningún otro signo distintivo.

(Se oyen los ruidos poderosos de la corrida de rinocerontes. Sin embargo esos ruidos están musicalizados. Sobre la pared del fondo se ven aparecer, y después desaparecer, cabezas de rinocerontes estilizadas que, hasta el final del acto serán cada vez más numerosas. Al final, se fijarán cada vez más tiempo hasta que, por fin, llenando la pared del fondo, se fijarán definitivamente allí. Esas cabezas deberán ser cada vez más bellas a pesar de su monstruosidad). ¿Daisy, no está decepcionada? ¿No lamenta nada?

Daisy: ¡Oh!, no, no.

Berenguer: Quisiera tanto consolarla. La quiero, Daisy, no me deje nunca más.

Daisy: Cierra la ventana, querido. Hacen demasiado ruido. Y el polvo sube hasta aquí. Va a ensuciar todo.

Berenguer: Sí, sí. Tienes razón.

(Cierra la ventana del proscenio, Daisy, la del fondo. Se reúnen en el centro del escenario).

¡Mientras estemos juntos, no le temo a nada, todo me da igual! ¡Ah! Daisy, creía que nunca más podría enamorarme de una mujer.

(Le estrecha las manos, los brazos).

Daisy: Ves, todo es posible.

Berenguer: ¡Cómo quisiera hacerte feliz! ¿Puedes serlo conmigo?

Daisy: ¿Por qué no? Si tú eres feliz, yo lo soy. ¡Dices que no le temes a nada y le tienes miedo a todo! ¿Qué puede ocurrirnos?

Berenguer *(balbuceando)*: ¡Mi amor, mi alegría! Mi alegría, mi amor... dame tus labios, ¡no me creía capaz de tanta pasión!

Daisy: Ahora tranquilízate, debes sentirte más seguro de ti.

Berenguer: Lo estoy, dame tus labios.

Daisy: Estoy muy cansada, mi querido. Cálmate, descansa. Instálate en el sillón.

(Berenguer va a instalarse en el sillón conducido por Daisy).

Berenguer: Para eso, no valía la pena que Dudard se hubiera peleado con Botard.

Daisy: No pienses más en Dudard. Estoy a tu lado. No tenemos derecho a mezclarnos en la vida de la gente.

Berenguer: Tú bien que te mezclaste en la mía. Sabes ser firme conmigo.

Daisy: No es lo mismo, nunca quise a Dudard.

Berenguer: Te comprendo. Si se hubiera quedado, habría sido todo el tiempo un obstáculo entre nosotros. Y sí, la felicidad es egoísta.

Daisy: Hay que defender la propia felicidad. ¿No tengo razón?

Berenguer: Te adoro, Daisy. Te admiro.

Daisy: Cuando me conozcas mejor, tal vez no me lo digas más.

Berenguer: Ganas cuando se te conoce y eres tan linda, eres tan linda.

(Se oye de nuevo que pasan los rinocerontes). ...Sobre todo cuando se te compara con esos...

(Señala con la mano en dirección a la ventana). Vas a decirme que no es un cumplido, pero hacen que tu belleza se destaque más...

Daisy: ¿Te portaste bien hoy? ¿No tomaste coñac?

Berenguer: Sí, sí, me porté bien.

Daisy: ¿De verdad?

Berenguer: Ah, eso sí, te lo aseguro.

Daisy: ¿Debo creerte?

Berenguer *(un poco confuso)*: ¡Oh!, sí, créeme, sí.

Daisy: Entonces puedes tomarte una copita. Eso te va a reanimar.

(Berenguer quiere precipitarse). Quédate sentado, mi querido. ¿Dónde está la botella?

Berenguer *(indicándole el lugar)*: Ahí, sobre la mesita.

Daisy *(dirigiéndose hacia la mesita de donde tomará la copa y la botella)*: La escondiste bien.

Berenguer: Es para no sentirme tentado de tocarla.

Daisy *(después de haberle servido una copita a Berenguer se la tiende)*: Verdaderamente te portaste bien. Haces progresos.

Berenguer: Contigo, avanzaré todavía más.

Daisy *(tendiéndole el vaso)*: Toma, es tu recompensa.

Berenguer *(bebe la copa de un trago)*: Gracias. *(Tiende de nuevo su copa)*.

Daisy: ¡Ah!, no, mi querido. Suficiente por esta mañana.

(Toma el vaso de Berenguer, va a llevarlo con la botella a la mesita). No quiero que te haga mal.

(Vuelve a donde está Berenguer). Y la cabeza, ¿cómo está?

Berenguer: Mucho mejor, amor mío.

Daisy: Entonces, sacaremos ese vendaje. No te queda demasiado bien.

Berenguer: ¡Ah!, no, no lo toques.

Daisy: Pero sí, lo vamos a quitar.

Berenguer: Tengo miedo de que haya algo debajo.

Daisy *(quitando el vendaje, a pesar de la oposición de Berenguer)*: Siempre tus miedos, tus ideas negras. Ves, no hay nada. Tu frente está lisa.

Berenguer (*tanteándose la frente*): Es cierto, me liberas de mis complejos.

(*Daisy le da un beso a Berenguer en la frente*). ¿Qué sería de mí sin ti?

Daisy: Nunca más te dejaré solo.

Berenguer: Contigo no tendré más angustias.

Daisy: Sabré apartarlas.

Berenguer: Leeremos libros juntos. Me convertiré en un erudito.

Daisy: Y sobre todo, a la hora en que haya menos gente, haremos largos paseos.

Berenguer: Sí, por las orillas del Sena, por el Luxemburgo...

Daisy: Por el jardín zoológico.

Berenguer: Seré fuerte y valiente. Te defenderé, también yo, contra toda la gente mala.

Daisy: No tendrás que defenderme, vamos. No le deseamos el mal a nadie. Nadie nos desea el mal, querido.

Berenguer: A menudo, hacemos mal sin querer. O dejamos que se extienda. Ves, tú tampoco querías al pobre señor Papillon. Pero no debiste haberle dicho tan crudamente, el día de la aparición de Boeuf convertido en rinoceronte, que tenía las palmas de las manos rugosas.

Daisy: Era cierto. Las tenía.

Berenguer: Seguro, querida. Sin embargo, podrías habérselo señalado con menos brutalidad, con más miramientos. Se quedó impresionado.

Daisy: ¿Te parece?

Berenguer: No lo demostró, porque tiene amor propio. Sin duda se sintió profundamente conmovido. Es eso lo que debió precipitar su decisión. ¡A lo mejor hubieras salvado un alma!

Daisy: Yo no podía prever lo que iba a sucederle... Estuvo mal educado.

Berenguer: Yo, por mi parte, me reprocharé siempre no haber sido más dulce con Juan. Nunca pude demostrarle, de manera patente, todo el afecto que sentía por él. Y no fui lo bastante comprensivo con él.

Daisy: No te preocupes. De todos modos hiciste lo mejor que pudiste. No se puede hacer lo imposible. ¿Qué sentido tienen los remordimientos? Así que no pienses más en toda esa gente. Olvídalos. Deja de lado los malos recuerdos.

Berenguer: Esos recuerdos se hacen oír, se hacen ver. Son reales.

Daisy: No te creía tan realista, te creía más poético. ¿Entonces no tienes imaginación? ¡Hay muchas realidades! Elige la que te convenga. Busca evadirte en lo imaginario.

Berenguer: ¡Fácil de decir!

Daisy: ¿Acaso no te basto?

Berenguer: ¡Oh, sí, ampliamente, ampliamente!

Daisy: ¡Vas a echarlo todo a perder con tus casos de conciencia! Tal vez todos tengamos fallas. Sin embargo, tú y yo tenemos menos que los demás.

Berenguer: ¿Lo crees de verdad?

Daisy: Somos relativamente mejores que la mayoría de la gente. Los dos somos buenos.

Berenguer: Es cierto, tú eres buena y yo soy bueno. Es cierto.

Daisy: Entonces, tenemos derecho a vivir. Incluso tenemos el deber, frente a nosotros mismos, de ser felices, independientemente de todos. La culpabilidad es un síntoma peligroso. Es un signo de falta de pureza.

Berenguer: ¡Ah!, sí, eso puede llevar a aquello... *(Señala con el dedo en dirección a las ventanas bajo las cuales pasan rinocerontes, a la pared del fondo donde aparece una cabeza de rinoceronte).*

...¡Muchos de ellos empezaron así!

Daisy: Intentemos no sentirnos más culpables.

Berenguer: Qué razón tienes, mi alegría, mi diosa, mi sol... Estoy contigo, ¿no es así? Nadie nos puede separar. Está nuestro amor, es lo único verdadero. Nadie tiene derecho y nadie puede impedirnos ser felices, ¿no es verdad?

(Suena el teléfono). ¿Quién puede llamarnos?

Daisy *(aprensiva)*: ¡No respondas!...

Berenguer: ¿Por qué?

Daisy: No sé. Tal vez sea mejor.

Berenguer: Quizás es el señor Papillon, o Botard, o Juan, o Dudard, que quieren anunciarnos que han revertido su decisión. ¡Como tú decías que de su parte no era más que un capricho pasajero!

Daisy: No me parece. No pueden haber cambiado de opinión tan rápido. No han tenido tiempo de reflexionar. Irán hasta el fondo de su experiencia.

Berenguer: A lo mejor son las autoridades que reaccionaron y nos piden que los ayudemos con las medidas que van a tomar.

Daisy: Me asombraría.

(Vuelve a sonar el teléfono).

Berenguer: Pero sí, pero sí, es la llamada de las autoridades, la reconozco. ¡Una llamada larga! Debo responder a su llamado. No puede ser ninguna otra persona.

(Descuelga el aparato). ¿Hola?

(Por toda respuesta, se oyen berridos que vienen del auricular). ¿Oyes? ¡Berridos! ¡Escucha!

(Daisy se pone el auricular en la oreja, retrocede y cuelga precipitadamente el aparato).

Daisy *(asustada)*: ¡Qué puede ser esto!

Berenguer: ¡Ahora nos hacen chistes!

Daisy: Chistes de mal gusto.

Berenguer: ¡Ves, te lo había dicho! Daisy: ¡No me dijiste nada!

Berenguer: Me lo esperaba, lo había previsto.

Daisy: No habías previsto absolutamente nada. Nunca prevés nada. No prevés los acontecimientos hasta que ocurren.

Berenguer: ¡Oh!, sí, preveo, preveo.

Daisy: No son amables. Es una maldad. No me gusta que se burlen de mí.

Berenguer: No se atreverían a burlarse de ti. Es de mí que se burlan.

Daisy: Y como estoy contigo, por cierto, me toca una parte. Se vengan. ¿Pero qué les hemos hecho?

(Vuelve a sonar el teléfono). Quita los plomos.

Berenguer: ¡La empresa telefónica no lo permite!

Daisy: ¡Ah!, ¡no te atreves a nada y pretendes defenderme! *(Daisy saca los plomos, cesa la llamada).*

Berenguer *(precipitándose hacia el aparato de radio)*: Encendamos la radio para saber las noticias.

Daisy: ¡Sí, hay que saber dónde estamos parados! *(Salen berridos del aparato. Berenguer gira vivamente el botón. El aparato se detiene. Sin embargo, se siguen oyendo, a lo lejos, como ecos de berridos).*

¡Esto se pone verdaderamente serio! ¡Esto no me gusta, no lo admito! *(Daisy tiembla).*

Berenguer *(muy agitado)*: ¡Calma! ¡Calma!

Daisy: ¡Han ocupado las instalaciones de la radio!

Berenguer *(temblando y agitado)*: ¡Calma! ¡Calma! ¡Calma!

(Daisy corre primero hacia la ventana del fondo, mira, después, hacia la ventana de adelante y mira; Berenguer hace lo mismo en sentido inverso, después los dos se encuentran en medio del escenario uno frente al otro).

Daisy: Esto no tiene nada de broma. ¡Realmente se lo han tomado en serio!

Berenguer: No hay más que ellos, no hay más que ellos. Las autoridades se pasaron de su lado.

(Se repiten las corridas de Daisy y Berenguer hacia las dos ventanas, después los dos personajes se reúnen de nuevo en el medio del escenario).

Daisy: No hay nadie más en ninguna parte.

Berenguer: Estamos solos, nos quedamos solos.

Daisy: Es exactamente lo que querías.

Berenguer: ¡Eras tú quien lo quería! Daisy. Eras tú.

Berenguer: ¡Tú!

(Se oyen ruidos por todas partes. Las cabezas de rinocerontes llenan la pared del fondo. Desde la derecha y desde la izquierda, en la casa, se oyen pasos precipitados, ruidosos resoplidos de animales. Todos esos ruidos aterradores tienen sin embargo un ritmo, están musicalizados. También, y sobre todo desde arriba, vienen los ruidos más fuertes, los de pataleos. Cae yeso del cielo raso. La casa se sacude violentamente).

Daisy: ¡La tierra tiembla!

(No sabe por dónde correr).

Berenguer: No, son nuestros vecinos, los perisodáctilos.

(Sacude el puño a derecha, a izquierda, en todas direcciones).

¡Deténganse! ¡No nos dejan trabajar! ¡Los ruidos están prohibidos! Prohibido hacer ruido.

Daisy: ¡No te escucharán!

(Sin embargo, los ruidos disminuyen y no constituyen más que una especie de fondo sonoro y musical).

Berenguer (también asustado): No tengas miedo, mi amor. Estamos juntos, ¿no estás bien conmigo? ¿Acaso no te basto? Apartaré de ti todas las angustias.

Daisy: Tal vez es culpa nuestra.

Berenguer: No pienses más. No hay que tener remordimientos. El sentimiento de culpa es peligroso. Vivamos nuestra vida, seamos felices. Tenemos el deber de ser felices. No son malos, no les hacemos mal. Nos dejarán tranquilos. Cálmate, descansa, instálate en el sillón.

(La conduce hasta el sillón). ¡Cálmate!

(Daisy se instala en el sillón). ¿Quieres una copa de coñac para reanimarte?

Daisy: Me duele la cabeza.

Berenguer (tomando el vendaje de hace un momento y vendando la cabeza de Daisy): Te amo, amor mío. No te preocupes, se les pasará. Un capricho pasajero.

Daisy: No se les pasará. Es definitivo.

Berenguer: Te amo, te amo locamente.

Daisy (quitándose el vendaje): Que pase lo que sea. ¿Qué quieres que hagamos?

Berenguer: Todos se volvieron locos. El mundo está enfermo. Todos están enfermos.

Daisy: No somos nosotros quienes los curarán.

Berenguer: ¿Cómo vivir en la casa con ellos?

Daisy (*calmándose*): Hay que ser razonable. Hay que encontrar un *modus vivendi*, hay que intentar entenderse con ellos.

Berenguer: No pueden entendernos.

Daisy: Sin embargo hay que hacerlo. No hay otra solución.

Berenguer: ¿Tú los comprendes?

Daisy: Todavía no. Pero debemos intentar comprender su psicología, aprender su idioma.

Berenguer: ¡No tienen idioma! Escucha... ¿llamas a eso un idioma?

Daisy: ¿Qué sabes? ¡No eres políglota!

Berenguer: Hablaremos después. Antes hay que almorzar.

Daisy: Ya no tengo hambre. Es demasiado. No puedo resistir más.

Berenguer: Pero tú eres más fuerte que yo. No te vas a dejar impresionar. Te admiro por tu valentía.

Daisy: Ya me lo dijiste.

Berenguer: ¿Estás segura de mi amor?

Daisy: Claro que sí.

Berenguer. Te quiero.

Daisy: Te repites, amorcito.

Berenguer: Escucha, Daisy, podemos hacer algo. Tendremos hijos, nuestros hijos tendrán hijos a su vez, eso llevará tiempo, pero entre los dos podríamos regenerar la humanidad.

Daisy: ¿Regenerar la humanidad?

Berenguer: Ya se ha hecho.

Daisy: En tiempos de Adán y Eva... Tenían mucho coraje.

Berenguer: Nosotros también podemos tener coraje. Por otra parte no hace falta tanto. Se hace solo, con el tiempo, con paciencia.

Daisy: ¿Y para qué?

Berenguer: Sí, sí, un poco de coraje, un poquito.

Daisy: No quiero tener hijos. La idea me fastidia.

Berenguer: ¿Entonces cómo quieressalvar el mundo?

Daisy: ¿Para qué salvarlo?

Berenguer: ¡Qué pregunta!... Hazlo por mí, Daisy. Salvemos el mundo.

Daisy: Después de todo, a lo mejor somos nosotros los que necesitamos que nos salven. A lo mejor somos nosotros los anormales.

Berenguer: Divagas, Daisy, tienes fiebre.

Daisy: ¿Ves tú otros de nuestra especie?

Berenguer: ¡Daisy, no quiero oírte decir eso!

(Daisy mira en todas direcciones, hacia todos los rinocerontes, cuyas cabezas se ven contra las paredes, en la puerta del palier y también apareciendo sobre el borde de la rampa).

Daisy: Esas son las personas. Se los ve alegres. Se sienten bien consigo mismos. No tienen aspecto de estar locos. Es muy natural. Han tenido sus razones.

Berenguer *(uniendo las manos y mirando desesperadamente a Daisy)*: Nosotros tenemos razón, Daisy, te lo aseguro.

Daisy: ¡Qué pretensión!...

Berenguer: Bien sabes que tengo razón.

Daisy: No hay razón absoluta. El mundo es el que tiene razón, no tú ni yo.

Berenguer: Sí, Daisy, tengo razón. La prueba es que me comprendes cuando te hablo.

Daisy: Eso no prueba nada.

Berenguer: La prueba es que te quiero tanto como un hombre puede querer a una mujer.

Daisy: ¡Lindo argumento!

Berenguer: Ya no te comprendo, Daisy. Mi querida, ¡ya no sabes lo que dices! ¡El amor!, el amor, veamos, el amor...

Daisy: Me da un poco de vergüenza eso que tú llamas amor, ese sentimiento mórbido, esa debilidad del hombre. Y de la mujer. No se puede comparar con el ardor, la energía extraordinaria que despiden todos esos seres que nos rodean.

Berenguer: ¿Energía? ¿Quieres energía? ¡Toma, aquí tienes energía!

(Le da una bofetada).

Daisy: ¡Oh! Jamás hubiera creído...

(Se desploma en el sillón).

Berenguer: ¡Oh!, ¡perdóname, mi querida, perdóneme!

(Quiere abrazarla y ella se suelta). Perdóname mi querida. No quise hacerlo. ¡No sé qué me pasó, cómo pude dejarme llevar!

Daisy: Porque no tienes más argumentos, es simple.

Berenguer: ¡Ay! En unos minutos hemos vivido veinticinco años de matrimonio.

Daisy: También tú me das pena, te comprendo.

Berenguer *(mientras Daisy llora)*: Y bueno, sin duda no tengo más argumentos. Crees que son más fuertes que yo, tal vez más fuertes que nosotros dos.

Daisy: Seguramente.

Berenguer: Y bueno, a pesar de todo, te juro que yo no abdicaré, no abdicaré.

Daisy (*se levanta, va hacia Berenguer, le rodea el cuello con sus brazos*): Mi pobre querido, resistiré contigo hasta el fin.

Berenguer: ¿Podrás?

Daisy: Mantendré mi palabra. Ten confianza.

(*Ruidos de los rinocerontes que se han vuelto melodiosos*).

Cantan, ¿los oyes?

Berenguer: No cantan, barritan.

Daisy: Cantan.

Berenguer: Te digo que barritan.

Daisy: Estás loco, cantan.

Berenguer: ¡Entonces no tienes oído musical!

Daisy: No entiendes nada de música, pobre amor mío, y además, mira, juegan, bailan.

Berenguer: ¿A eso le llamas baile?

Daisy: Es su forma de bailar. Son hermosos.

Berenguer: ¡Son innobles!

Daisy: No quiero que hables mal de ellos. Me da pena.

Berenguer: Discúlpame. No nos vamos a pelear por causa de ellos.

Daisy: Son dioses.

Berenguer: Exageras, Daisy, míralos bien.

Daisy: No te pongas celoso, mi querido. Perdóname tú también.

(*Ella se dirige de nuevo hacia Berenguer, quiere rodearlo con sus brazos. Ahora es Berenguer quien se suelta*).

Berenguer: Compruebo que nuestras opiniones son totalmente opuestas. Más vale no discutir más.

Daisy: No seas mezquino, vamos.

Berenguer: No seas tonta.

Daisy (*a Berenguer, que le da la espalda. El se mira en el espejo, se observa*): Ya no es posible la vida en común.

(*Mientras Berenguer continúa mirándose en el espejo, ella se dirige despacio hacia la puerta diciendo: "No es amable, verdaderamente, no es amable". Sale, se la ve descender lentamente la escalera*).

Berenguer (*siempre mirándose en el espejo*): De todos modos el hombre no es tan feo. ¡Y sin embargo, no estoy entre los más apuestos! ¡Créeme, Daisy!

(*Se da vuelta*). ¡Daisy! ¡Daisy! ¿Dónde estás, Daisy? ¡No vas a hacer eso!

(Se precipita hacia la puerta).

¡Daisy!

(Cuando llega al palier, se inclina sobre la balaustrada).

¡Daisy! ¡Sube! ¡Vuelve mi pequeña Daisy! ¡Ni siquiera has almorzado! ¡Daisy, no me dejes solo! ¡Qué me habías prometido! ¡Daisy! ¡Daisy!

(Renuncia a llamarla, hace un gesto desesperado y vuelve a entrar en su cuarto).

Evidentemente ya no nos entendíamos. Un matrimonio desunido. Ya no era viable. Pero ella no debería haberme dejado sin ninguna explicación.

(Mira por todas partes). **No me dejó ni una palabra. Eso no se hace. Ahora estoy totalmente solo.**

(Va a cerrar la puerta con llave, cuidadosamente, pero con rabia). **¡No podrán contra mí!**

(Cierra cuidadosamente las ventanas). **No podrán contra mí.**

(Se dirige a todas las cabezas de rinoceronte). **No los seguiré, no los comprendo. Sigo siendo lo que soy. Soy un ser humano. Un ser humano.**

(Va a sentarse en el sillón). **La situación es absolutamente insostenible. Es culpa mía que ella se haya ido. Yo era todo para ella. ¿Qué va a ser de ella? Otra persona más sobre mi conciencia. Imagino lo peor, lo peor es posible. ¡Pobre niña abandonada en este universo de monstruos! Nadie puede ayudarme a encontrarla, nadie, porque no hay nadie más.**

(Nuevos berridos, corridas locas, nubes de polvo). **No quiero oírlos. Voy a ponerme algodón en los oídos.**

(Se pone algodón en los oídos y se habla a sí mismo en el espejo). **No hay otra solución que convencerlos, ¿convencerlos de qué? ¿Y son reversibles las mutaciones? Eh, ¿son reversibles? Sería un trabajo de Hércules, por encima de mis fuerzas. Primero, para convencerlos hay que hablarles. Para hablarles hay que aprender su lengua. ¿O que ellos aprendan la mía? ¿Pero qué lengua hablo? ¿Cuál es mi lengua? ¿Es castellano esto? Tiene que ser castellano. ¿Pero qué es el castellano? Se lo puede llamar castellano, si se quiere, nadie puede oponerse, soy el único que lo habla. ¿Qué digo? ¿Acaso me comprendo, acasome comprendo?**

(Va hacia el centro del cuarto). **¿Y sí, como dijo Daisy, fueran ellos los que tienen razón?**

(Vuelve hacia el espejo). **¡El hombre no es feo, el hombre no es feo!**

(Se mira pasándose la mano sobre el rostro). **¡Qué cosa más rara! ¿A qué me parezco ahora? ¿A qué?**

(Se precipita hacia un armario del que saca fotos; las mira).

¡Fotos! ¿Quiénes son esas personas? ¿El señor Papillon, o más bien Daisy? Y ese, ¿es Botard o Dudard, o Juan?, ¿o tal vez yo?

(Se precipita de nuevo hacia el armario de dónde saca dos o tres cuadros). **Sí, me reconozco, ¡soy yo, soy yo!**

(Va a colgar los cuadros sobre la pared del fondo, al lado de las cabezas de rinocerontes).

Soy yo, soy yo.

(Cuando cuelga los cuadros, se ve que representan a un viejo, una mujer gorda, otro hombre. La fealdad de estos retratos contrasta con las cabezas de rinocerontes que se han vuelto muy hermosas. Berenguer se aparta para contemplar los cuadros). No soy hermoso, no soy hermoso.

(Descuelga los cuadros, los tira al suelo con furia, va hacia el espejo). Ellos son los hermosos. ¡Me equivoqué! ¡Oh! Cuánto quisiera ser como ellos. No tengo cuerno, ¡ay! Qué fea es una frente lisa. Me harían falta uno o dos para destacar mis rasgos hundidos. Tal vez me salga uno no sentiré más vergüenza, podré ir a reunirme con todos ellos. ¡Pero no me sale!

(Se mira las palmas de las manos). Tengo las manos húmedas. ¿Se volverán rugosas? (Se levanta el saco, se abre la camisa, contempla su pecho en el espejo). Tengo la piel fofa. ¡Ah, este cuerpo demasiado blanco y peludo! ¡Cuánto quisiera tener una piel dura y ese magnífico color verde oscuro, una desnudez decente, sin pelos, como la de ellos!

(Escucha los berridos). Sus cantos tienen atractivo, un poco áspero, pero un atractivo indudable. Si pudiera hacer como ellos.

(Intenta imitarlos). ¡Ahh! ¡Ahh! ¡Brrr! ¡No, no es así! ¡Intentemos de nuevo... más fuerte! ¡Ahh, ahh, brrr! No, no, no es así, ¡qué débil es, cuánto vigor le falta! No consigo barritar. Solamente aúllo. ¡Ahh, ahh, brrr! Los aullidos no son berridos. Cuántos remordimientos tengo, debería haberlos seguido a tiempo. ¡Ahora es demasiado tarde!

¡Ay, soy un monstruo, soy un monstruo! ¡Ay, jamás me convertiré en rinoceronte, jamás, jamás! Ya no puedo cambiar. Quisiera, lo quisiera tanto, pero no puedo. Ya no me puedo ver. ¡Me da demasiada vergüenza!

(Le da la espalda al espejo). ¡Qué feo que soy! ¡Pobre del que quiere conservar su originalidad!

(Tiene un brusco sobresalto). ¡Y bueno, tanto peor! ¡Me defenderé contra todo el mundo! ¡Mi carabina, mi carabina!

(Se pone frente a la pared del fondo donde están fijadas las cabezas de rinoceronte mientras grita). ¡Me defenderé contra todo el mundo! ¡Soy el último hombre, seguiré siéndolo hasta el fin! ¡No capitulo!

TELÓN

Índice

Personajes	3
Acto I	4
Acto II.....	36
<i>Primer cuadro</i>	36
<i>Segundo cuadro</i>	56
Acto III	71

Impreso en el mes de enero de 2009 con Sagrafic, S. L., Plaza Urquinaona, 14, 7º 3ª. Barcelona, España.

© Traducción - Cristina Piña

© Corrección editorial del texto - Matteo Difumato (Quadrom, Te@tro Rural), Roquetas de Mar, España, 2023.

95 páginas. ISBN 978-80-909083-1-4. www.teatrorural.es (www.quadrom.eu)

ISBN 978-80-909083-1-4

